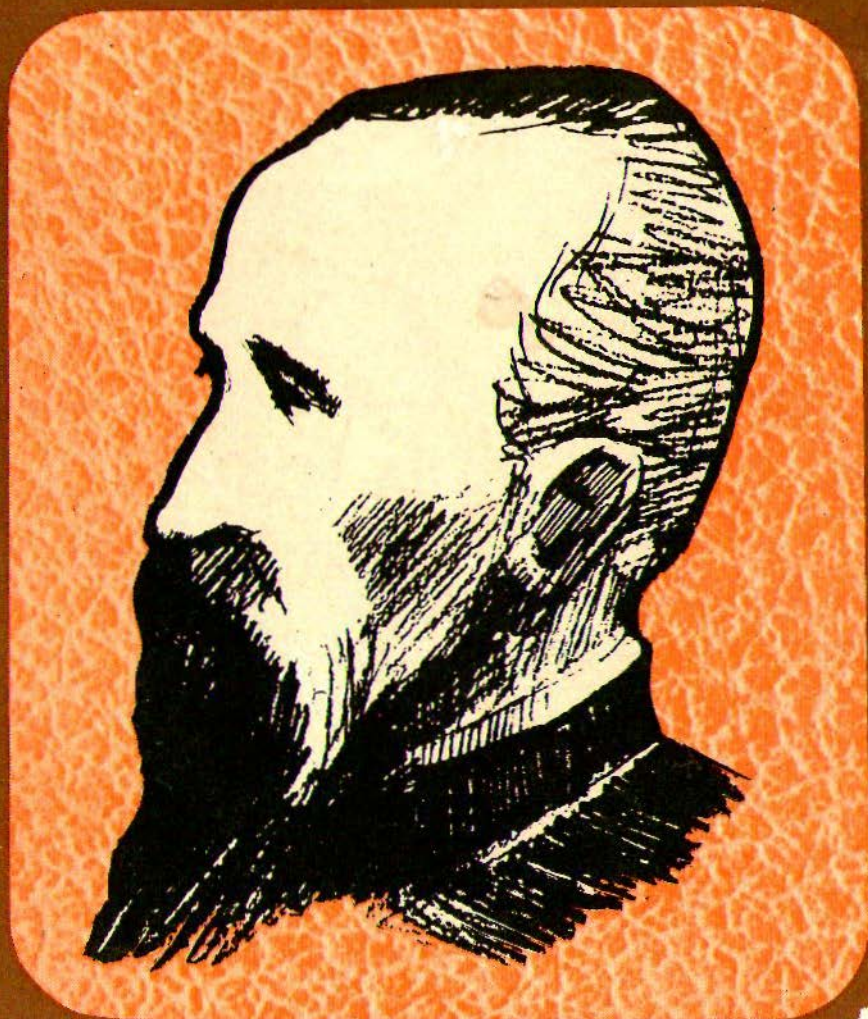


washington lockhart

LEANDRO GOMEZ

la defensa de la soberanía



ediciones de la banda oriental

6

HISTORIA URUGUAYA
LOS HOMBRES/6

HISTORIA URUGUAYA

SEGUNDA SERIE - LOS HOMBRES/6

WASHINGTON LOCKHART

LEANDRO GOMEZ

la defensa de la soberanía



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

CAPITULO I

SU NIÑEZ EN LA MONTEVIDEO SITIADA

Fue grande la conmoción que provocó en Montevideo, en aquellos meses de marzo de 1811, la noticia de que la Capilla Nueva de Mercedes y la vieja villa de Soriano habían sido asaltadas y ocupadas por un numeroso contingente de criollos. No se trataba esta vez de "salteadores", como los mismos ocupantes insistieran en establecer, sino de una rebelión en regla, la primera con que los naturales manifestaban un abierto apoyo a la Junta Revolucionaria de Buenos Aires. Y esta vez venía de los campos, integrada por hombres de toda condición, desde estancieros hasta gauchos sueltos. No pudo menos que asociarse el hecho a la deserción que, pocos días atrás, había consumado Artigas en Colonia, y ya se sabía lo que significaba Artigas para el paisanaje, su inmenso prestigio y el impulso que, por consiguiente, habría de dar seguramente al curso de la insurrección.

Dicho levantamiento estaba dirigido, según se pregonaba, contra los "tiranos" de Montevideo, ciudad que bajo la severa conducción de Elío se mantenía fiel al Consejo de Regencia instalado en la España que avasallaba Napoleón. El conflicto se planteaba pues entre criollos y europeos, y la guerra, por lo tanto, se convertía en una contingencia inminente, para la que había que aprestarse sin dilaciones de ninguna clase.

Uno de los primeros que ofreció su concurso a Elío fue Roque Antonio Gómez, principal del importante comercio en ramos generales situado en la céntrica esquina de las calles San Juan y San Gabriel, actualmente Ituzaingó y Rincón, en la misma cuadra de la Iglesia Matriz, en una finca de dos plantas con balcones en el piso superior.

Don Roque A. Gómez, hijo de Tomás Gómez y de María Antonia Pérez, era oriundo de Galicia, Arzobispado de Santiago, nacido

ISBN 84-8291-073-6

© EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL SRL
Yi 1364 — Teléfono: 98 28 10 — Montevideo

Queda hecho el depósito que marca la ley.
Impreso en el Uruguay — 1977.

en Queiruga el 3 de diciembre de 1767. Había venido muy joven a Montevideo, en donde pronto conquistó con gallega tenacidad una posición desahogada con el negocio que estableciera apenas llegado. No demoró tampoco en contraer matrimonio, el 26 de octubre de 1795, con María Rita, hija natural de Domingo Fructuoso Calvo, quien recién la reconoció como suya el mismo día en que se le casó con Gómez, sin que conste en los libros parroquiales el nombre de la madre. Este Domingo Calvo era hijo legítimo de Alonso Calvo y Angela López Núñez, nacido en Santa María del Tosado, jurisdicción de Betanzos, y había contraído enlace con Margarita Gutiérrez el 28 de marzo de 1789, cuando su hija María Rita contaba ya 14 años, circunstancia que casi llegó a impedir su casamiento, pues la madre de Margarita, residente en el Pintado y que había enviudado del porteño Pablo Gutiérrez, tardó en avenirse a que su hija se casara, aduciendo "motivos que por sí tenía reservados", según reza el expediente de la Curia, motivos que no eran otros que la existencia de una hija natural, y para peor no reconocida, por lo que costó muchas idas y venidas a Don Domingo sacarla de su negativa.

Prolífico matrimonio resultó el de Roque Gómez y María Rita Calvo. Tuvieron en efecto 18 hijos en total, diez varones y ocho mujeres, todos en Montevideo: José María en 1796, Andrés Atanasio en 1798, Luisa María en 1799, Pedro Anselmo en 1802, Rafael en 1803, María del Carmen en 1805, Marcelino Antonio en 1808, y María Patricia en 1809, con la que ya iban nueve. El décimo, José María Leandro, que pasaría a la historia como Leandro Gómez, nació el 13 de abril de 1811, predestinado a pasar los primeros y los últimos meses de su vida en una ciudad sitiada, desde que en mayo de ese mismo año Artigas iniciaba el asedio de los patriotas a Montevideo.

Después de Leandro, Don Roque y Doña Rita tuvieron otros ocho vástagos: Francisco Antonio en 1813, Dolores Andrea en 1814, Roque Casimiro en 1816, Joaquina María en 1817, María Bartola en 1818, María Antonia en 1820, Juan de Dios Ramón en 1822, Manuel Damián en 1823, y María Mercedes en 1825, todos con bautismos registrados en la vecina Iglesia Matriz.

Era Don Roque hombre de carácter recio e ideas inquebrantables. Y supo así conducir su familia con el rigor y estrictez que le imponía su alma hispana y gallega por añadidura, respetuoso y acérrimo súbdito ante la autoridad jamás cuestionada de su Rey y de su Dios, tal cual lo demostrara invariablemente con sus obras, tanto en lo político como en lo religioso. Participó en efecto activamente, junto con su esposa, en cofradías y hermandades católicas de las que fue diligente conductor y generoso sostén moral y material, poniendo en

ello tanto celo como en los negocios de esta tierra, a fuer de activo comprador y vendedor de frutos del país.

Fue en todo tiempo, como decimos, consecuente servidor de la corona, en cuyos ejércitos prestará servicios desde el 91, actuando como cabo 1.º contra los ingleses en junio de 1806, a cargo de la batería San Carlos. Contribuyó con largueza, además, en las colectas para la reconquista de Buenos Aires, y militó como segundo del capitán Rodríguez, siempre como artillero, en la posterior defensa de Montevideo, salvándose de milagro, por no querer abandonar su puesto, al tomar su batería los ingleses el 3 de febrero de 1807, rasgo de carácter y de circunstancia que, cabe anotar, pasaría sin menguas a su hijo Leandro. Tres años después Elío tuvo a bien certificar, no sólo que Don Roque Gómez había peleado sin cobrar sus sueldos desde 1800, sino también que se le debía además "la carne tasajo" para alimentar a los defensores españoles de Montevideo.

Habíale concedido en justicia Elío despachos de capitán a los pocos días de Las Piedras, por lo activo, arrojado y constante que se mostrara Don Roque en su misión defensiva, armando por sí cuatro compañías y organizando un cuerpo de vecinos para servir la batería de extramuros, entre cuyos integrantes hizo que participara su hijo mayor José María, que tenía tan solo quince años. Destino muy distinto eligió el hijo segundo; ya en aquellos días se producían con frecuencia escisiones en las familias españolas, y así fue que Andrés Atanasio Gómez, un muchacho de apenas trece años, se evadió de la disciplina paterna y se unió en Las Piedras al ejército de Artigas, según lo afirma el erudito historiador Yabén. Habría de ser también Andrés Gómez soldado en Sarandí e Ituzaingó, llegando posteriormente a ocupar las posiciones militares más elevadas en una larga actuación de más de medio siglo.

Nuevos servicios y sacrificios prodigó Don Roque en el segundo sitio de Montevideo, sin hacer por cierto abandono del comercio, aportando más de una vez víveres de sus almacenes para proveer a los vecinos y a los navegantes que recalaban en Montevideo. Fue nombrado entonces Comandante del Cuerpo de Comercio por su valor y por sus méritos, acreditando entre ellos el haber ofrecido las habitaciones de su propia casa para albergar a algunos de los expedicionarios que paraban algún tiempo en la ciudad. El propio Acuña de Figueroa certificó en 1816 el notable desprendimiento con que Don Roque proveyera de víveres y vestuarios a los defensores de Montevideo con serio detrimento de sus intereses, por el extremado celo con que atendía, sin reparos y sin límites, la afligente situación de los

atiados, llegando incluso a mantener a su exclusiva costa cuatro mozos defensores, y atendiendo sin descanso, con la ayuda de su esposa, las heridas y el hambre de los sitiados.

Ocupada Montevideo por los porteños de Alvear en 1814, no quiso aprovechar Don Roque Gómez la amnistía concedida, prefiriendo quedarse con sus diez hijos, con los cuales no se animaba a emprender el largo viaje de regreso a España. El jefe porteño, desconfiando de Don Roque, cuyo fervor hispano conocía, lo puso entonces en prisión y le impuso una contribución de tres mil pesos, aparte de una pensión de setenta que Don Roque debió seguir abonando durante ocho meses. Inflexible en sus convicciones, tuvo todavía la audacia de tramar y lograr, corriendo grave riesgo, la fuga de varios oficiales españoles así como la de algunos soldados. Y llegó 1815, entró el ejército oriental al mando de Otorqués, y de nuevo fue Don Roque requerido y puesto en prisión, hasta por tres veces, a raíz de las informaciones que Rivera había recibido a su respecto acerca de su fanática adhesión a España. Si no fue enviado entonces al Hervidero, atribúyase a sus muchas amistades, y quien sabe si también a la intercesión de su intrépido hijo Andrés, quien había hecho ya sus méritos en el ejército patriota. También debieron influir los 1.264 pesos que le sacaron a Don Roque en géneros para vestir soldados, amén los 150 de un préstamo a que se forzara a todo el vecindario, a lo que debe agregarse un esclavo que debió entregar para saldar sus cuentas.

Leandro era todavía un niño de apenas seis años cuando entró en Montevideo el ejército portugués al mando del Barón de la Laguna. Recibió así, como experiencia que habría de inscribirse en su conciencia con rasgos perdurables, la visión de la ciudad en que vivía sojuzgada por un poder extraño. ¿Quién podría decir hasta qué punto esa visión determinó entonces algunas predisposiciones de su carácter que lo acompañarán hasta su muerte, que incluso provocarán su muerte? ¿Y acaso su culto a Artigas, en él tan hondo y tan intenso, no nació en aquellos años, desde los siete a los nueve años de su edad, en que la resistencia del héroe oriental se prolongó hasta su definitivo sacrificio? En tan cruciales circunstancias, entre el fragor de las bombas y en un clima de guerra casi permanente, en medio de cuadros de violencia, muerte y desazones de toda clase, fue así que pasó su infancia Leandro Gómez, recibiendo el notable ejemplo de la sacrificada y férrea conducta de su padre, así como del espíritu de entrega y devoción de sus dos progenitores. Singular enseñanza, y harto sugestiva si pensamos en los días finales de la vida de Leandro Gómez, fue en efecto la que recibió en aquellos días en que empezó a tomar conciencia de la vida, de la muerte, y de la sociedad en

que vivía. Aprendió entonces, o más bien las vivió, sin poder entenderlas cabalmente aún, dos cosas que habrían de inscribirse honda e indeleblemente en su temperamento: una, la apremiante situación que supone defender una ciudad rodeada de enemigos; y la otra, la entereza indeclinable que requiere la asunción de dicha responsabilidad ante toda clase de amenazas exteriores. Su padre Roque fue ejemplo insuperable en esos dos aspectos, y aunque Leandro era apenas un párvulo, bien debió ver desde entonces cuanta entereza suponía enfrentar esa ineludible alternativa. Nació en ella, y en ella se crió. Y lo que se aprende entonces no se olvida, como de aquellas cosas que se aprenden sin saberlo.

Suscribimos de este modo la concepción de Max Scheler, quien sostiene que, antes de toda educación, hay una imitación inconsciente, casi un contagio, en donde "se esboza un esquema del destino futuro, tanto más intenso cuanto más temprano". Sobre la impronta de esas primeras experiencias, se desarrollarán las propensiones esenciales. Esas disposiciones básicas determinarán luego las preferencias concretas, convirtiendo la existencia en una manifestación homogénea de la esencia. Y en ciertos casos, como en el de Leandro Gómez, se condensarán en actitudes que tienden irresistiblemente a un más allá de la conveniencia pasajera, de las utilidades y agrados momentáneos. El heroísmo nace entonces como una desmesura, como una "exaltación", cualidad con que todos cuantos lo conocieran caracterizaran a Leandro Gómez, y que lo elevan por sobre las motivaciones deleznales de la vida egoísta, para servir ideales superiores que prolongan, convertidos casi en obsesión, aquellas direcciones iniciales. El héroe necesitará entonces convertir su necesidad en hecho, en hazaña. El éxito no le importa; "no es el éxito lo que determina su heroísmo, sino el ímpetu de sus actos", dice precisamente Scheler.

CAPITULO II

AÑOS DE LUCHA BAJO LA EGIDA DE ORIBE

En su adolescencia y juventud vivió Leandro Gómez los años tensos del dominio lusitano y brasileño. Pudo recibir en ese período, al mismo tiempo, una educación cuidadosa que completó con lecturas frecuentes, tal como lo atestiguan los numerosos libros que se encontraron como de su pertenencia en ambas capitales del Plata, libros que nos revelan su afición por los clásicos españoles, en la que incluso se ha creído poder rastrear el origen de su estilo de elaborada altisonancia y giros castizos que singularizarán en tiempos de guerra sus manifiestos y sus partes.

En 1824, como tantos otros orientales que padecían las limitaciones impuestas por el régimen imperial, decidió emigrar a Buenos Aires. El pasaporte que utilizó en esa ocasión lo describe como "de estatura baja", "cuerpo delgado", cutis de "color blanco", con profundos "ojos pardos" y "cabello rubio". Seguía al emigrar el camino tomado por Oribe, frustradas las tentativas de independencia que encabezara el Cabildo montevideano, y en las cuales Oribe fuera pieza de primera importancia. Siendo como era un adolescente de 14 años, la personalidad de Oribe, por lo demás, con cuya familia tuvo tempranos y frecuentes contactos, ejerció desde entonces decisiva influencia, influencia que en años posteriores se evidenciará con rasgos elocuentes.

Aunque desde temprano debió abrirse camino iniciándose en actividades comerciales que conocía a fondo por su experiencia de auxiliar en tareas menores en el negocio de su padre, no pudo permanecer como espectador indiferente de los acontecimientos que conmovieron en 1825 a la ciudad de Buenos Aires, entre ellos la noticia de la decisiva victoria de Ayacucho, festejada con grandes demostraciones populares. Posteriormente la Cruzada Libertadora de Lavalleja y, ya a fines de año, la declaración de guerra contra el Imperio del Brasil.

Empleado en un comercio desde 1825, adquirió nuevas experiencias en un registro importador, por lo que años después estuvo en condiciones de establecerse por cuenta propia, en cuya gestión pasó por alternativas que, aunque no suficientemente conocidas, se sabe le aparejaron no pocas contrariedades y quebrantos. Su situación material pareció sin embargo encaminarse mejor al establecer sociedad en noviembre de 1833 con su hermano Francisco, cuyo negocio giraba en Montevideo, encargándose Leandro de la sucursal porteña. En febrero del 36 fallecen en Montevideo dos de sus hermanos, víctimas de la escarlatina, diciéndole su padre D. Roque al notificarlo: "Tú no te aflijas, porque lo que Dios manda, debe cumplirse". Sobrevinieron de nuevo circunstancias adversas; factores imprevistos, relacionados con la situación política en que se vivía, obligaron a liquidar el negocio a fines de 1837, lo que dio lugar en Montevideo a algunos "comentarios injustos, ligeros y calumniosos". En un suelto publicado en "El Universal" del 16 de enero de 1838, Leandro rebate esos infundios, poniendo en claro "hasta la evidencia que la causa de los quebrantos sufridos habían provenido de pérdidas reales, y no por mala versación ni falta de inteligencia de parte de [su] hermano, como así de la poca subsistencia a que están sujetos los mejores cálculos, ya por las repetidas variaciones de los cambios, como también por otros motivos que están al alcance de todos los que se dedican a la azarosa carrera del comercio". Avalaba su alegato el testimonio de comerciantes responsables de Montevideo, Platero y Ojer, todo lo cual permitió a Leandro reivindicar la conducta de su hermano Francisco en un informe que hizo firmar por escribano.

Pero eran otras las inquietudes que iban predominando entonces en la actitud del joven Leandro. Su vinculación con la familia de Oribe se iba estrechando en esos años. Siendo Oribe presidente, tuvo ocasión de expresarle su solidaridad en aquellos problemas en que las instituciones legales debían enfrentar la influencia creciente de Francia y de Inglaterra, consustanciado con las mismas intenciones de nacionalidad y autonomía que habrían de constituir en adelante un credo indeclinable. Incorporado a la Guardia Nacional como soldado en noviembre del 37, alcanzó el grado de alférez en la Primera Compañía en 1838, para ser ascendido a teniente primero el 23 de octubre de ese mismo año. Su nombre desaparece al resignar Oribe el mando presidencial al día siguiente de recibir Leandro Gómez dicha distinción, abandonando el país junto con quien resumía en ese entonces con más fidelidad sus ideas políticas. Junto con él emigraba su hermano Andrés, revolucionario en julio de 1832 bajo el mando del general Garzón contra el presidente Rivera. Dado de baja entonces, Andrés Gó-

mez llegó a actuar con Oribe, ya con grado de teniente coronel, como agregado al Estado Mayor en octubre de 1838, para obtener su baja el 4 de diciembre y emigrar a la Argentina.

Lejos de permanecer inactivo, Leandro intervino en diversas gestiones políticas, viajando de incógnito en varias oportunidades entre Buenos Aires y Montevideo, a fin de promover y coordinar los movimientos revolucionarios que intentaban llevar a cabo los partidarios de Oribe. Según afirma el Dr. Ferreiro, efectuó incursiones en el interior del país "para establecer enlaces y reunir nuevos prosélitos en favor de una causa que identifica con la patria, causa nacional, causa de Artigas". Mientras su hermano Andrés sirvió en el ejército federal de Echagüe en julio de 1839, peleando en Cagancha, para cruzar el 1.º de enero del 40 el Río Uruguay e incorporarse a Oribe en Entre Ríos, Leandro se limitó a militar para ese entonces en el ejército de Oribe, actuando en la campaña contra el Ejército Libertador. Durante dos años, por lo menos hasta mediados del 41, continuó en sus trabajos tendientes a restaurar el gobierno de Oribe, sin que la índole secreta de tales intentos nos haya permitido precisar con más detalles en qué consistieron sus intervenciones.

En la colección que perteneciera al Dr. Luis A. de Herrera existe una carta del 16 de junio de 1841, remitida a Oribe por Leandro Gómez desde Buenos Aires, que nos revela cuáles eran entonces sus actividades:

"Mi distinguido amigo: hace tres meses que he tenido la satisfacción de dirigir a V.E. mis comunicaciones, en razón de haber estado en el campo, de donde regresé hace un mes a Montevideo. En la primera oportunidad de fines de ésta le dirigí las noticias exactas que he adquirido de nuestra campaña para su conocimiento y satisfacción. Sólo me circunscribiré a participarle que no siéndome posible permanecer ya por más tiempo en nuestro país, en donde he cumplido con mi deber trabajando en sostén de nuestra sagrada causa y en honor de V.E., de quien me considero un fiel amigo, hice un viaje a esta Capital a fin de evitar la repetición de las persecuciones que he sufrido antes de ahora y que me inutilizarían. Durante mis temporadas en Montevideo he visto a la respetable familia de V.E. incesantemente. Y a mi partida de allí la dejé perfectamente buena. Su esposa, mi Señora Doña Agustina, me entregó la adjunta que le incluyo, suponiendo que pasaría a unirme a V.E., mas habiendo reflexionado debidamente, he suspendido el realizarlo, esperando que el Señor Presidente se dignara avisarme si me considera con aptitudes suficientes para serle útil a su lado con los únicos títulos de un joven Patriota amigo decidido

y fiel a V.E., que aspira al honor de merecer su confianza proponiéndose darle una prueba de su decidida adhesión a su persona y a la gran causa a cuyo frente se ostenta V.E. cubierto de inmarcesible gloria. En fin, amigo y Sr. Presidente, dignese comunicarme francamente su modo de pensar a este respecto, en la inteligencia que no encontrará en mí una capacidad pero sí la mayor actividad, y el ardor de un joven animado del deseo vehemente de comprenderlo para servir a la Patria y a V.E.

Dirijo al Sr. Gobernador de la Provincia de Córdoba un estuche de servicios de mesa y otros utensilios para que se sirva dirigírselo a V.E.

Mi señora Doña Agustina me lo entregó para que lo remitiese al Salto a don Leandro Velázquez con el objeto de hacerlo pasar al otro lado del Uruguay y tenerlo a su disposición", etc.

Luego de acusar recibo de dos cartas de Oribe fechadas el 4 de febrero y el 11 de marzo, así como otra de "uno de los mejores amigos" de Oribe residente en Montevideo, le comunica que ha escrito a "porción de Patriotas que [le] comunicaron cuanto convenga a nuestra causa y a V. E., tan identificado con ella. De todo le daré noticias con oportunidad". Le transmite saludos de "Artagaveytia y otros patriotas", y le reitera sus "sinceras felicitaciones por sus victorias gloriosas que ocuparán una página preferente en la Historia de las Repúblicas del Plata y ofrecerle a la vez mi sincera y fiel amistad, con que tiene el honor de saludarlo su amigo y atento servidor. Leandro Gómez". Carta expresiva por varios conceptos, y reveladora de su actitud y disposiciones, así como de su devoción por la que llama "gran causa", la de Oribe, en aquellos años de imprevisibles inminencias.

No participó pues Leandro de la campaña de Oribe a las provincias argentinas, en las que tuvo intensa intervención su hermano Andrés. Pero en el 42 sentó plaza con el grado de capitán en las fuerzas que actuaron bajo su mando en Entre Ríos. Intervino así en la ardorosa y sangrienta victoria de Arroyo Grande, obtenida por Oribe sobre las fuerzas coaligadas de Rivera y Entre Ríos, y que le abriera las puertas de nuestro país. Por algunas respuestas de sus amigos Ignacio Oribe y Carlos Anaya, en las que se leen entusiastas expresiones ante lo que allí se denomina "brillantísimo y valiente ejército", se infiere que Leandro Gómez les había enviado un detallado relato del victorioso encuentro. Actuó en dicho combate como ayudante de campo de Oribe, mereciendo la distinción de figurar en el parte correspondiente por su honroso comportamiento. Hizo así sus primeras armas poco después de la muerte de su padre, Don Roque, fallecido en mayo del 42, a los 74 años de edad.

El 19 de febrero de 1843, el ejército del brigadier general Manuel Oribe ponía sitio a Montevideo. Junto a él estaba indeclinablemente el capitán Leandro Gómez, a quien conservó como su ayudante, distinción que da fe de la confianza que inspiraba a su jefe. Leandro Gómez distribuía su tiempo entre sus obligaciones militares y sus funciones en la Aduana del Buceo, según consta en numerosos despachos y permisos de su firma. Por varias notas de Tomás Guido, se sabe que se encomendaron a Leandro Gómez diversas misiones confidenciales de importancia. En 1845 fue designado Capitán del Puerto, sin que se conserven referencias de especial interés acerca de su actuación en aquellos ocho largos años que duraría el asedio de Montevideo. Desempeñó en ese período numerosas comisiones con inalterable eficacia, valiéndose muchas veces de su ayudante Manuel Cabrera. Viajó a Buenos Aires como agente confidencial, quedando constancia del último pasaporte que se le expediera el 20/VIII/1847, extensivo a su sirviente negro José Terán. Esos viajes se interrumpieron en agosto del 48, fecha en la que Leandro Gómez contrajo enlace con Faustina Lenguas, hija del general Pedro Lenguas, en la iglesia de San Agustín de la Unión. Los casó el P. Domingo Ereño, con quien conservará larga amistad, actuando Oribe como padrino. Dio pruebas en esos años de gran actividad y valentía en muchas ocasiones, obteniendo varios éxitos en acciones de guerra. Su temperamento exaltado y el calor con que defendía sus ideas no dejaron por otra parte de provocar desavenencias y choques con algunos compañeros de causa, tal como años después, sin especificar circunstancias, se le habría de observar por aquellos mismos que le prodigaban sus elogios. Su amigo de muchos años, Avelino Lerena, expresará así en 1884 que "la Guerra Grande fue una época vertiginosa en la que comprometió su fama"; pero —agregará— después de cada "error irreflexivamente cometido, borraba la huella al punto con alguna acción noble y generosa". La paz de 1851 lo encontró así "sin carrera ni posición social", como una consecuencia del "rechazo de sus enemigos políticos y el desvío de sus propios correligionarios". No hubo sin embargo de arredrarse, sino que confió siempre en su propia conducta y en su sinceridad incuestionable, para lograr lo que Lerena llama "su rehabilitación".

Firmada la paz el 8 de octubre de 1851, Leandro Gómez volvió a desempeñar durante corto tiempo sus actividades civiles. Durante el gobierno de Giró no abandonó empero su empleo militar, figurando en el 52 como agregado al Estado Mayor General. Desde marzo de dicho año representó al mismo tiempo al proveedor del ejército Avelino Lerena, junto a quien emprenderá diversas actividades comerciales.

Bajo la presidencia de Giró, propicia a sus ideas y a sus sentimientos partidistas, Leandro Gómez, que en 1842 había conseguido en la Argentina la espada que la provincia de Córdoba regalara a Artigas en 1815, la ofreció al gobierno de la república, acompañándola con una nota en julio del 53. Lo indujeron a hacerlo entonces algunas frases laudatorias que se pronunciaron en el Senado, y que señalaban un comienzo de reivindicación del héroe, cuyo nombre padecía aún los estragos causados por la campaña de difamación iniciada por los políticos centralistas de Buenos Aires. Gómez rendía un verdadero culto a quien consideraba, como dice en su nota, "*uno de los primeros guerreros de la Independencia Sudamericana*", y al ofrecer su espada, expresa que en sus manos "*fue el terror de los enemigos de la Independencia y de la soberanía*". Por Artigas —agrega— "*todos los hijos de esta tierra deben sentir la más profunda gratitud y veneración*". El culto de la grandeza de Artigas se acentuó en Leandro Gómez a raíz de investigaciones y lecturas de documentos que había realizado con particular empeño, así como del testimonio de antiguos soldados que en esos años era posible todavía entrevistar. Señalaba Avelino Lerena que la adquisición de la espada de Artigas la había concretado en momentos en que padecía verdadera pobreza; "compilador activo" —agrega— recuperó asimismo muchos "documentos históricos" de indudable valor. En su veneración por la personalidad de Artigas, se ratificaba ese modelo que preanunciara, tal como ya hemos expresado, en sus experiencias más tempranas. Artigas se le aparecía, no tanto en su genialidad, cuanto en su dimensión heroica, como defensor indeclinable de la independencia de su pueblo y de su existencia solidaria; las murallas de Montevideo, junto a las cuales naciera, adquirirían una significación trascendente; eran la defensa, la independencia y la fuerza puesta irrevocablemente a su servicio.

El ofrecimiento de la espada de Artigas no pudo sin embargo concretarse. El motín de julio del 53 y la consiguiente caída de Giró, lo obligaron a desistir de su actitud. Desde 1851 se vivía un proceso ininterrumpido de inestabilidad política. Dentro de esa serie de motines y conmociones cuya historia no corresponde detallar aquí, Leandro Gómez no constituía por cierto pieza principal, aunque no dejara de colaborar con todo movimiento nacido en tiendas blancas, en especial aquellas que tenían a Oribe como conductor.

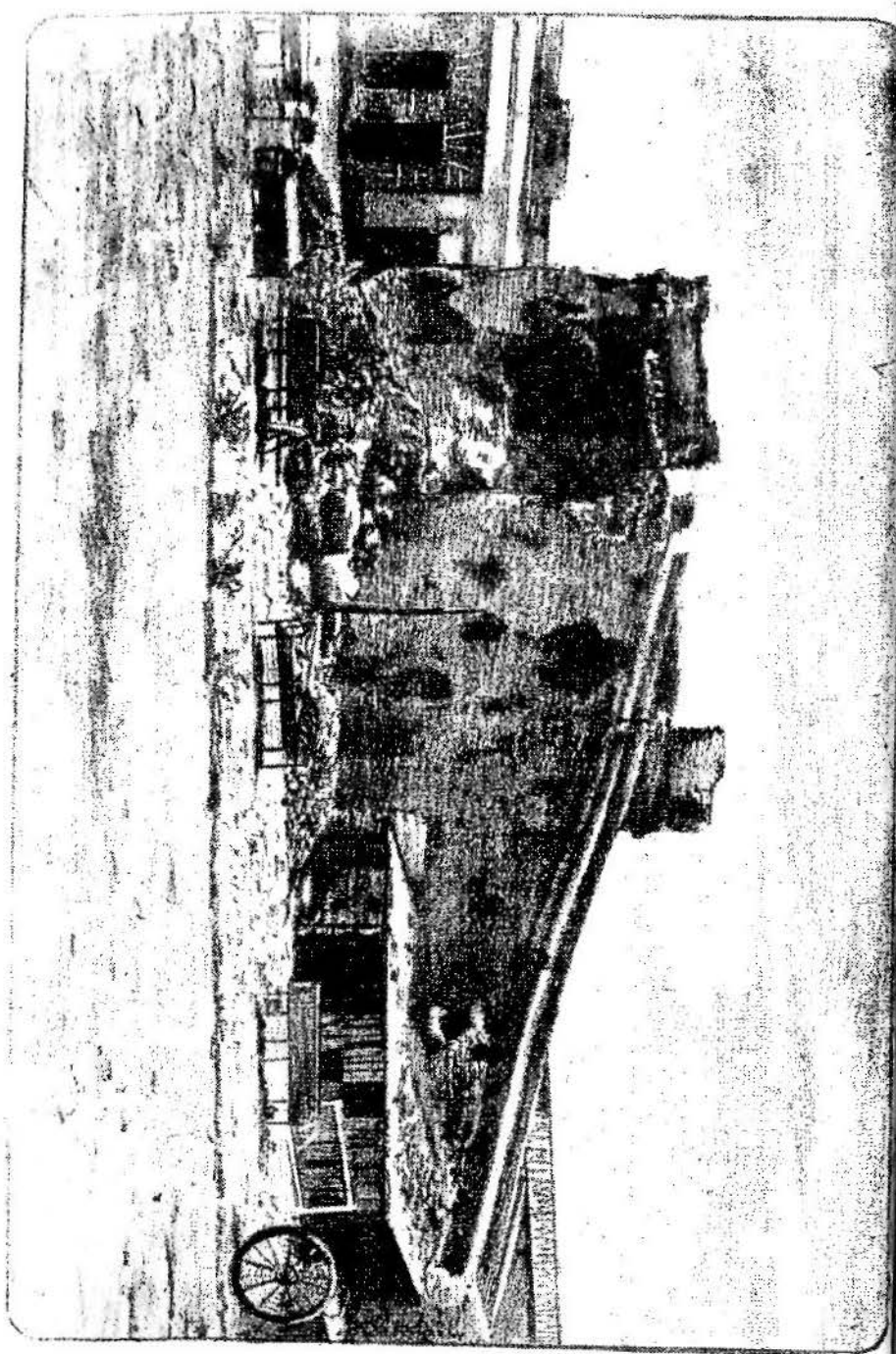
Fue a raíz de una de esas conmociones que Giró, en setiembre del 53, debió buscar asilo en la Legación de Francia haciendo abandono del gobierno, luego de reclamar en vano del Embajador del Brasil el apoyo que, de acuerdo a lo estipulado en los tratados del 51, debía conceder el Imperio a las autoridades constituidas. Aducía

el representante del Brasil que el gobierno de Giró no había cumplido por su parte con las promesas formuladas, considerándose incluso que el alejamiento de Oribe, de viaje entonces por España, no parecía sino un expediente poco definido.

Como consecuencia de la caída de Giró, Leandro Gómez fue dado de baja al poco tiempo y, sofocado en enero del 54 un movimiento revolucionario de los blancos en el que no tuvo prácticamente tiempo de intervenir, debió reiniciar sus actividades comerciales. Se trasladó para ello a la ciudad de Salto, en donde estableció sociedad con Lereña, dedicándose principalmente a la compra de ganado vacuno y caballar. Sus actividades fueron como siempre intensas, realizando numerosos viajes por el litoral uruguayo y argentino. Adquirió al poco tiempo el saladero propiedad de su hermano Juan Ramón, y logró así una situación de relativo desahogo. Fallecida su primera esposa, de la cual tenía dos hijos, Leandro y Faustina, el 19 de marzo se casó en segundas nupcias con Carmen Lenguas, hermana de Faustina, con la cual tendrá otros dos hijos, César Andrés y Luz Elena.

Lejos estuvo de perder contacto con los círculos y personalidades políticas que buscaban una coyuntura favorable para socavar el poder que ejercía entonces Venancio Flores. Ausente Oribe, Gómez entró en conversaciones con los sectores principistas del Partido Blanco, así como los representantes del sector colorado denominado "conservador", nombre que expresaba el deseo de "conservar" los principios liberales postulados durante la Defensa de Montevideo. Fue así que el 28 de agosto del 55, con los conservadores José M. Muñoz y Lorenzo Batlle como cabezas visibles del levantamiento, la conjunción principista se apoderó del Gobierno previa ocupación del Fuerte, en tanto Flores debía salir a campaña en busca de apoyo. Los revolucionarios contaron con la indisimulada complicidad del Brasil, inveterado defensor de todo movimiento que creara problemas al Gobierno, con lo que buscaba alentar sus propias conveniencias, que no eran otras que la ocupación permanente del país. Fue así que el elemento "doctoral", como empezó a calificarse a sus componentes, pudo hacerse cargo del poder sin mayor esfuerzo. Como expresión de sus propósitos de una unidad ajena a toda divisa, fundan entonces el "Partido Nacional", siendo Leandro Gómez uno de los firmantes del Manifiesto, junto con colorados como Manuel Herrera y Obes y Luis Lamas, y blancos como Luis de Herrera y Joanicó. Creía ver en dicha emergencia una posibilidad de solución para disidencias que amenazaban socavar la independencia de la patria. Participa también en tal sentido en la constitución de la "Unión Liberal", tendiente a eliminar "los odios y preveniciones de partido" y establecer un régimen de efectiva tolerancia. Se





reincidía de ese modo en la experiencia del 52, año en que se fundara con idéntico programa la "Sociedad Amigos del País", fracasada a poco de nacer.

Es de señalar que Flores solicitó en vano, entre tanto, la ayuda del Brasil, remiso en cumplir con los compromisos contraídos, del mismo modo que Berro, cuando era Ministro de Relaciones Exteriores de Giró, reclamara también dicho auxilio, lo que interesa consignar aquí a cuenta del enjuiciamiento que deberemos hacer de los sucesos que ocurrirán una década después. Si la situación de Flores llegó a tomar en el 55 un sesgo favorable, se debió al inesperado regreso de Oribe, con quien, a poco andar, firmó sorpresivamente, en el mes de noviembre, el llamado Pacto de la Unión, réplica de la unión doctoral, como decisión de liquidar también los odios de partido. El Presidente en ejercicio como presidente del Senado, Manuel B. Bustamante, recibió en esta ocasión el apoyo del prestigioso binomio roji-blanco; volvió entonces a entrar en efervescencia el recalcitrante grupo de los conservadores, del cual Gómez, adscripto a Oribe, debió separarse, y se llegó a pelear en las calles de Montevideo; todo terminó, al menos por el momento, con el fracaso de los insurrectos y la definitiva desintegración de la "Unión Liberal". Anotemos al margen que, mientras los principistas creían posible una "fusión", los caudillos, más atentos a su respectiva singularidad, no concebían sino un "pacto", como única manera de que todo siguiera como estaba, aparentando superar de hecho un partidismo que no podían superar como sentimiento.

CAPITULO III

LA PRESIDENCIA DE PEREIRA

El triunfo de Oribe y Flores aparejó como solución inmediata la elección como Presidente en marzo del 56 de Gabriel A. Pereira, en quien ambos caudillos creyeron encontrar un instrumento dócil, aprovechándose además el prestigio de que gozaba el nuevo mandatario. Y en cuanto a Leandro Gómez, su vinculación con Oribe facilitó su propósito, que no era otro que el sumarse a los sostenedores de Pereira, cuyo programa de concordia y de fusión satisfacía sus deseos de paz y acuerdo nacional. La suprema autoridad de Oribe había sido siempre para él criterio decisivo, y a su consejo se atuvo entonces con solidaridad total, entendiendo en buena lógica que, en aquellas circunstancias confusas, más valía atenerse a una personalidad que conocía y cuya rectitud admiraba, antes que a principistas que hablaban de paz y vivían continuamente en guerra.

La nueva situación política le permitió por otra parte volver a filas, obteniendo en febrero del 56 los despachos de sargento mayor graduado de caballería con destino en el Estado Mayor, lo que no le impidió seguir desarrollando sus actividades comerciales.

El momento pareció propicio a Leandro Gómez para reiterar su ofrecimiento de la espada de Artigas. La memoria del héroe resurgía en esos años con creciente fervor. El parentesco de Pereira con Artigas, el trabajo publicado en 1850 por Isidoro De-María, también emparentado con el héroe, y la devoción que, de un modo u otro, se manifestaba en no pocos de los orientales, creaba un clima favorable, aún cuando no se había concretado todavía la exhumación de documentos que, años después, habrían de poner en evidencia el significado trascendente que tuviera Artigas como defensor de los más altos ideales de republicanismos, soberanía popular y federalismo. Las palabras Patria e Independencia eran las que Leandro Gómez unía entonces con especial énfasis, al asociar el nombre de Artigas con dichos ideales.

En la nota del 8 de noviembre que dirige a Pereira, Leandro Gómez llama a Artigas "*Patriarca de la Libertad e Independencia de mi Patria*". Con fecha 17 de noviembre, Pereira agradece dicha ofrenda, y lo felicita por "el noble civilismo" que trasuntaba dicho gesto. La espada —dice— "simboliza en parte las glorias del Patriarca de nuestra Independencia, el Fundador de la nacionalidad Oriental".

Fue así Leandro Gómez uno de los principales reivindicadores de Artigas, en momentos en que, distraídos por las contiendas cívicas que trastornaban casi a diario las calles de Montevideo, los restos del prócer habían permanecido olvidados en la Capitanía del Puerto, en donde habían sido depositados luego de que fueran traídos desde Ibiray por el Dr. Estanislao Vega, enviado por el gobierno uruguayo. A un mes del desembarco, en un editorial publicado en "*La Nación*", Gómez pedía que los restos de Artigas no se dejaran un día más "en el rincón de la oficina pública" en que yacían abandonados, que se decretaran "unos funerales modestos" y se los hiciera conducir al cementerio, mandando esculpir "en la misma losa que servía de mausoleo en la Asunción" las siguientes palabras: "*Siempre patriota, siempre honrado, siempre pobre hasta en el sepulcro*". En su emotivo alegato agregaba que se trataba "*del primero y más heroico campeón, del primero y más eminente ciudadano, de la primera y más grande de nuestras glorias, del que fue siempre modelo de abnegación y del más puro patriotismo*". Nada consiguió sin embargo Leandro Gómez por el momento, en aquellos tristes días en que la diplomacia brasileña continuaba enconando a los orientales en sus luchas internas, tratando de provocar la circunstancia favorable para poder hacer presa de nuestro territorio, so pretexto de la anarquía que ellos mismos fomentaban. Y fue inútil que, poniendo por encima de todo su sentimiento patriótico, alzara su voz y exhortara a rendir a Artigas el homenaje de su pueblo: ni el pueblo ni el gobierno tomaron entonces ninguna determinación, y dejaron que durante muchos meses los restos del prócer continuaran arrinconados en la Capitanía.

Recién en noviembre del 56 se trasladaron los venerados restos del Protector al Cementerio Central, realizándose entonces solemnes exequias fúnebres en la Matriz. Leandro Gómez publicó entonces en "*La República*", el 20 de noviembre, un fervoroso escrito exaltando la personalidad de Artigas, diciendo, con visionaria intuición, que la vida de Artigas "*formará parte de la educación de nuestros hijos*". Textos como el de Francisco Berra, aún años después, continuarán difundiendo una imagen falseada del héroe, presentándolo a nuestros estudiantes como un ambicioso y un malvado; pero tal cual lo previera Gómez, los traba-

jos de Carlos M. Ramírez, Fregeiro, Eduardo Acevedo, Zorrilla de San Martín y tantos otros, lograrían al fin restablecer la verdadera magnitud de nuestro héroe nacional, en lo que coincidirán, por otra parte, los más eminentes historiadores argentinos. Momento, éste, en la vida de Leandro Gómez, que no fue mera efusión de sentimientos ocasionales, sino manifestación profunda de su más auténtica personalidad, forjada en el culto de valores superiores, a los que su temperamento arrebatado obligaba a elevar por encima de toda otra consideración o conveniencia de la hora.

Tuvo Leandro Gómez participación activa en las campañas políticas del presidente Pereira, en una época, sea dicho de paso, en que el primer mandatario era en cierto modo el primer elector, haciendo valer la influencia que emanaba de su cargo. Se conoce una carta que Leandro Gómez enviara a Pereira el 29/XI/1856. Aprovechando un viaje que debió efectuar a Maldonado, le encomendó Pereira que sondeara las posibilidades electorales de sus propios candidatos; la respuesta vale como testimonio elocuente de la índole de tales gestiones y de los entretelones a que debía recurrirse en aquellos años de incipiente y en cierto modo desvalida democracia: *"Como amigo de V. E. —escribía— cumplo con el deber de manifestarle que a pesar del empeño del señor don Juan Barrios de Rocha y el Sr. Cnel. D. Antonio Acuña, de ésta, con algunos otros señores, el candidato de V. E. por este depto. no saldrá electo, según los datos que he adquirido de este último señor y de algunos otros sujetos, a no ofrecerse algún incidente que haga mudar este estado de cosas ya demasiado adelantado. Esto ha sido para mí tanto más extraño cuanto que se me aseguró en la misma casa de V. E. que el Jefe Político de aquí había dado seguridades a V. E. que no podía temer sobre la expresada candidatura. Hoy ya no hay tiempo para nada, pues los amigos de V. E. ni siquiera han recibido las listas impresas de los electores por quienes debían votar y que debieron remitirle en tiempo de esa. En tres o cuatro días salgo para Minas a concluir el negocio mercantil que allí me lleva, y en breves días regresaré a ésta, y entonces ofreceré a V. E. y a su señora Doña Dolores mis afectos personalmente. Yo hubiera deseado, Sr. Presidente, que V. E. hubiese confiado en los sentimientos de lealtad de su atento y respetuoso amigo Q.B.L.M. de V. E. — Leandro Gómez"*.

En la frase final se trasluce la prevención con que Pereira controlaba las actitudes políticas de Leandro Gómez; y es que conocía bien su antigua amistad con Oribe, de cuya tutela supo Pereira desligarse. Resumiendo la situación, digamos pues que Pereira, hombre de más personalidad de la que muchos le atribuían, se había desembarazado de los andadores, Flores y Oribe, atinando a actuar con habili-

dad y prudencia, y según algunos con "suerte", por lo que Flores, sintiéndose aislado, sin el pan y sin las tortas, no había encontrado otra salida que la que llevaba a la Argentina, yéndose a Entre Ríos en julio del 56. Tiempo después pasó a radicarse a Buenos Aires, en donde habría de constituirse en puntal militar de Mitre, no sin antes haber sido dado de baja por Pereira a mediados del 59. En cuanto a Oribe, aún sin romper abiertamente, intentó seguir agrupando en torno de sí a sus incondicionales, haciendo valer su influencia para las elecciones del 56, en las que contrapuso sus candidatos a los de Pereira. Por declaraciones epistolares del ministro Paranhos, se sabe que llegó a entrar en "conversaciones privadas" con agentes brasileños sobre "objetos políticos", ratificando así, aunque algo elusivamente, los rumores de tentativas revolucionarias que, como era táctica usual en los brasileños, tendían a socavar la autoridad constituida. Pereira llegó a dirigir a Oribe severas advertencias, haciéndolo "responsable de cualquier alteración del sosiego público". Oribe debió mantenerse entonces al margen en su quinta del Miguelete, en donde falleció en noviembre de 1857.

Menudo conflicto debió habersele presentado a Leandro Gómez ante la virtual segregación de Oribe consumada por quien, como Pereira, no era sino su hechura. Agradecido a Pereira por las distinciones que le confiriera, su adhesión a Oribe fue sin duda más fuerte, y atestigua la situación penosa por la que debió pasar lo que dirá Lerena años después: *"En 1857 Leandro Gómez fue un sacrificado de la campaña"*, sin más aclaraciones. Aunque mantuvo su grado entonces en el escalafón militar, lo cierto es que debió buscar una posición más segura dedicándose a diversas actividades comerciales, en tanto su padre político, el Gral. Lengua, hacía gestiones ante Pereira para que le concedieran un puesto de receptor en el puerto de Salto. Efectuó negocios entonces con el saladero que su hermano Juan Ramón tenía en el Cerro, adonde enviaba con frecuencia tropas de novillos desde Salto.

Como expresión de la multiplicidad de actividades a las que su carácter desbordante lo impulsara siempre, consta el destacado papel que le cupo en 1857 en Montevideo, en donde durante los cuatro meses en que cundió la fiebre amarilla desarrolló una intensa labor en auxilio de la población de la capital. Según nota suscrita por el embajador francés Maillefer, le llegó por intermedio del ministro Walewsky "el agradecimiento de S. M. Napoleón III", distinción que habla a las claras de los méritos acumulados entonces.

A comienzos del 58, la facción conservadora organizó un nuevo movimiento revolucionario bajo la jefatura de César Díaz. Fracasado

un primer intento de ocupar Montevideo, en donde contaban con el mayor número de partidarios, la internación en campaña los condujo a un rápido descalabro. La derrota culminó con el famoso fusilamiento de Quinteros, en donde más de treinta jefes y oficiales, incluidos los generales César Díaz y Manuel Freire, perdieron la vida, en un hecho cuya culpabilidad no ha podido ser nunca seriamente delimitada. Hubo una orden de suspensión impartida por Pereira, y hubo intervenciones, entre las cuales la de Luis de Herrera, atribulado por la reciente muerte de uno de sus hijos, que se consideraron decisivas en la consumación del cruel ajusticiamiento. Se atribuyó la culpa al Partido Blanco, pero pudo argüirse que tanto Pereira como Medina, que fue el brazo ejecutor, provenían de filas coloradas. Lo cierto es que la llamada "*Hecatombe de Quinteros*" no dejará de utilizarse como argumento de combate, y habrá así de servir, cinco años después, como motivo, o como pretexto, para el movimiento revolucionario de Venancio Flores.

En cuanto tiene relación con Leandro Gómez, no tuvo en realidad ninguna intervención en dichas circunstancias. No así su hermano Andrés, quien, como Ministro de Guerra, hizo llegar a Medina la orden "de pasar por las armas" a jefes y oficiales hasta la clase de coronel, quintando a los oficiales de clase inferior, remitiéndose para ello a un decreto del 1.º de enero. El 2 de febrero Pereira enviaba orden de suspender la ejecución, mientras ese mismo día Andrés Gómez ordenaba: "*A pesar de las órdenes que haya recibido V. S. posteriores al acuerdo que se le remitió, V.S. procederá a mandar fusilar en el acto mismo de recibir ésta a todos los rebeldes que comprende el acuerdo del Gobierno del 30 del ppdo.*"; agregaba que debían ser "*inmediatamente fusilados cualesquiera que hayan sido las condiciones en que cayeran en su poder*"; "*el Gobierno no retrocederá en su resolución de justicia*"; "*V.S. dará cuenta inmediatamente de su ejecución*". Todo con impresionante contundencia, lo que no olvidarán los que combatirán en 1864 contra los efectivos que tenían al mismo Andrés Gómez como Jefe del Estado Mayor. Berro no se quedó atrás: al abrirse las sesiones del Senado, expresó que enviaba en nombre del cuerpo sus "*cordiales felicitaciones al Presidente Pereira, y sus agradecimientos por la firmeza y energía con que [...] ha sabido vencer y escarmentar la rebelión*". Énfasis que puede en parte explicarse por el clima de pasión en que se vivía entonces. Y que tenía un antecedente cercano en el propio César Díaz, quien pocos días antes escribía a Tomás Gomensoro: "*Es preciso usar el rigor con los enemigos y con los indiferentes [...] Es preciso que corra sangre [...] y hasta es moral que no se demore el castigo de los crimina-*

les [...] No haya lástima, no, con esos bandidos que nos degollarán a todos si pudieran; severidad, amigo, y mano de hierro con esa canalla. Fusile Ud. a todo el que no quiera plegarse a nuestras ideas". Y había sido también César Díaz quien, siendo Gobernador delegado en el 53, dictara un decreto contra Berro, promotor de la llamada "reacción de Noviembre", ordenando su aprehensión y "*pasarlo por las armas, sin más justificación que la identidad de su persona*". Como se ha dicho, pues, no eran los hombres los culpables, sino los vientos tempestuosos que corrían en aquellos años.

El 1.º de marzo del 58 Leandro Gómez era promovido a teniente coronel, sin que por eso abandonara sus negocios ganaderos, en especial en Entre Ríos, según consta en su correspondencia con Leonardo Olivera y los estancieros de Tacuarembó Tristán Azambuya y Juan M. Puertas. El 7 de abril de ese mismo año debió intervenir como fiscal militar en un proceso por asesinato de dos industriales franceses, siendo los culpables dos oficiales de milicias de Canelones, condenados a muerte por el tribunal que integraban Gómez, Medina y otros jefes. La sentencia se ejecutó en la Plaza Treinta y Tres, entonces Artola, con la asistencia de tres mil franceses e italianos. En ese mismo año fracasó un proyecto de vasto alcance, entre cuyos sostenedores estaba Leandro Gómez junto con Luis Lerena, Guani, Basaño y Patricio Vázquez, integrantes de la "Empresa de Balización del Uruguay". Viajó con tal motivo a Paraná, se obtuvo la aprobación de la Cámara de Diputados argentina, pero el gobierno de la Confederación negó su asentimiento, aduciendo la imposibilidad de aumentar los gravámenes que pesaban sobre el cabotaje. Por esos años intervino asimismo en la empresa que tuvo a su cargo la pavimentación de la Plaza Constitución.

El establecimiento de los ferrocarriles en el Uruguay tuvo también en Leandro Gómez un importante propulsor. Participó en efecto a fines del 58 en la organización de una empresa junto con Hocquard, Carlos Navia y Pablo Duplessis, con el propósito de construir un ferrocarril de Montevideo a La Unión, en donde se pensaba concentrar las tabladas. Aceptada dicha propuesta por decreto ministerial del 14/IV/1859, las circunstancias políticas desbarataron la iniciativa, así como tantas otras, en tiempos en que las disidencias políticas eran un serio impedimento para aunar voluntades en empresas de algún aliento.

Electo Berro presidente, Leandro Gómez, que el 29 de febrero había sido ascendido a coronel graduado de Caballería, llegó a contar con la total confianza de la superioridad, y a figurar en el Estado Mayor General en julio de ese mismo año. Se le encomendaron en esa

época diversas comisiones de carácter reservado, recibiendo el 12 de enero de 1861 el nombramiento de Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina. Se hizo además acreedor de expresiones de congratulación por parte del Gobierno, por intermedio del ministro Cnel. Diego Lamas, a raíz de su decidida y eficaz intervención en el incendio que se produjo en el edificio del ministerio en la noche del 11/IV/1861. Dicha distinción no impidió sin embargo que pocas semanas después, el 3/VI/1861, se le declarara cesante como Oficial Mayor, siendo reemplazado por el coronel Pantaleón Pérez. Tan arbitraria sustitución, sin motivos a la vista, provocó en Leandro Gómez la consiguiente reacción, según se advierte en la nota escueta y punzante que hizo llegar a su reemplazante: *"Dígnese V.E. agradecer a S.E. el Presidente de la República el haberse anticipado a mi deseo"*.

Pagó tributo en aquel momento a la política de neutralidad y complacencia con el gobierno de Mitre que indujo a Berro, con el apresuramiento en que solía incurrir, a eliminar de sus cuadros a cuantos pudieran inquietar por su extremosidad al presidente argentino, ya por un blanquismo demasiado neto, ya por mantener alguna clase de relación con Urquiza, con quien Leandro Gómez mantenía antigua amistad. Así fue que en el mes de junio eliminó de su elenco ministerial a Eduardo Acevedo y a Villalba. Berro se sabía estrechamente vigilado por el Dr. Pico, agente de Mitre, y fue para desvanecer toda suspicacia que designó ministros a Pantaleón Pérez, Arrascaeta y Antonio M. Pérez, quienes, por otra parte, tampoco habrían de durar mucho. Empezaba a manifestarse de ese modo la debilidad en los mandos que habría de caracterizar al Gobierno en esos años.

* * *

Entramos a considerar ahora la etapa final de la vida de Leandro Gómez. Abarca apenas poco más de un año, pero fue en ese corto período cuando su personalidad se manifestó en toda su notable singularidad. Muy poco hubiera significado para la historia si nos atuviéramos a los cincuenta años que llevaba vividos. Había dado muestras ya, es cierto, de virtudes y cualidades peculiares que incluían su propensión a adoptar resoluciones a veces excesivas, pero no se le habían presentado circunstancias que le permitieran revelarse en su dimensión más cabal. No era hombre de política, sino de acción; no era un pulseador de lo posible, como cabe definir a los políticos, sino un defensor incondicional de realidades superiores; en todo caso un defensor de lo imposible, es decir todo lo contrario de un político. No intentemos por lo tanto indagar su índole en los tejemanejes de la estrategia partidaria, pues si llegó a enzarzarse en

ellos, fue para pasar por sobre ellos, atento a una devoción que se llamaba Oribe, pero cuyo nombre esencial era Artigas. Aunque servidor leal en menesteres menores, fue al suscribir iniciativas más ambiciosas, como la Unión Liberal o el Partido Nacional, cuando estaba más cerca de lo que él mismo era, aunque esas vastas empresas, fueran políticas o materiales, ya se tratara de partidos, balizas o ferrocarriles, fracasaron como casi todas las que acometiera. Su vocación no era el triunfo en campos restringidos, sino en ese ámbito más amplio que prometía la perduración de su ideal. Su adhesión a la Ley, a la Independencia y a la Patria, será de ese modo inquebrantable. De ahí que se nos aparezca fundamentalmente como el actor de un episodio; la defensa de Paysandú será la peripecia que revelará por entero su personalidad, un acontecimiento al que parecía estar predestinado.

Es así a ese singular episodio que nos referiremos con especial atención. Y no sólo porque en él se expresara plenamente su personalidad, sino también porque se trata de un momento culminante de nuestra historia, al evidenciarse allí virtudes eminentes de los orientales, con la connotación de valentía que todos reconocían entonces en los habitantes de este suelo, de esta "tierra de valientes", como la denominara el brigadier Martín Rodríguez en 1826. "Acuérdense de que son orientales", recordaba Lavalleja a sus hombres en 1825. Y bien se entendía entonces que ser valiente es cualidad que incluye todas las demás, pues nada, en ningún terreno, puede llevarse a cabo sin alguna clase especial de valentía. Empecemos pues por describir en sus rasgos principales la situación de base, aquella confabulación de circunstancias que condujo a la revelación de Leandro Gómez como un paradigma de valor intemporal.

CAPITULO IV

LA REVOLUCION DE VENANCIO FLORES

Venancio Flores había conquistado en sus años de exilio la valiosa consideración de Mitre. Puesto al servicio del Gobierno de Buenos Aires en su lucha contra la Confederación Argentina que tenía a Urquiza como jefe indiscutido, Flores había combatido en 1859 y en 1861, cabiéndole destacadísima actuación, en especial en las batallas de Cepeda y en Pavón, decisiva esta última para la consolidación de Mitre como Presidente de la Nación al fin unificada.

La seguridad de contar a partir de entonces con el tácito visto bueno del gobierno argentino, así como el del Imperio del Brasil y en especial de la provincia de Río Grande, decidió a Flores a volver a su país en son de guerra, aún sin contar con el asentimiento de prácticamente ninguno de los dirigentes más prestigiosos del Partido Colorado.

La invasión de Flores tuvo la particularidad de producirse en una situación que podríamos calificar paradójicamente de hipotética. No disponía en efecto de un ejército, sino de algunos supuestos que le permitían confiar en que podría conseguirlo en plazos más o menos breves. Venía además a combatir a un gobierno que, dentro del país, no tenía enemigos enconados. El gobierno de Berro se ejercía, en efecto, a satisfacción de la gran mayoría de los orientales, tal como lo reconocía Ferreira y Artigas en "El Pueblo", afirmando que a "la época de desquicio" seguía otra de "reorganización", bajo gobernantes con "integridad e inteligencia". "El Comercio del Plata" señalaba el arribo de 1.200 inmigrantes en un solo día como prueba de la confianza que inspiraba la nueva situación. Mucha prensa argentina anotaba las "prácticas liberales y protectoras" que imperaban "en lo económico y comercial", la desaparición de "la fiebre partidista", y el "sentido venturoso" —acotaba "La Confederación"— con que reac-

cionaba el Estado Oriental. La población del país se había duplicado en diez años, el campo se había repoblado, el ganado abundaba, el comercio se intensificaba.

No todo, sin embargo, era paz y armonía. No podía serlo, en un país tan hondamente socavado por disensiones, intereses y recuerdos recientes que exacerbaban toda discrepancia. Berro sólo podía aspirar —como él mismo expresara— a "echar los cimientos"; no podía ser aún "la hora de edificar". Imbuido de ideales superiores que intuía con claro criterio, vivía más en las cosas que para las relaciones personales. Veneraba la Ley como el marco augusto de una organización que soñaba ecuanime y racional. Era por lo tanto anti-partidista y anti-caudillista, con una inflexibilidad que no pudo dejar de suscitar las consiguientes reacciones.

Entre los blancos, el grupo de Olid, caudillo y estanciero, se rebelará contra él, y Berro lo destituirá. Con igual estrictez desterrará al obispo Vera en octubre del 62, en defensa de los fueros del Estado. Se opuso así a la conciliación entre la Iglesia y el Estado como se había opuesto a la conciliación entre los blancos. Su culto impersonal por los valores y por las condiciones que consideraba indispensables, unido a su carácter pronto, lo predispusieron a precipitar conflictos que pudo haber soslayado fácilmente.

La virtual amenaza de los colorados conservadores exiliados en Buenos Aires, y sobre todo la de Venancio Flores, lo obligaron sin embargo a proceder con especial cautela. Decretó amnistías que fueron consideradas insuficientes. Cambió ministros que pudieran disgustar a Mitre. Dejó enfriar la simpatía que convocaba Urquiza, latente opositor de Mitre. Conocía además los propósitos expansionistas de Mitre; bastaba leer la prensa mitrista de esos días: "El Partido Blanco —decía "La Tribuna" a fines del 61— es el mismo Partido Federal, sus mismas tendencias, sus mismos crímenes y sus mismas infamias", y está además "al Servicio del partido vencido en Pavón". "La Nación Argentina" adoctrinaba en octubre del 62: "Las nacionalidades americanas deben tender a ensancharse, porque ésta es la ley natural"; deben así procurar "la anexión de las repúblicas limítrofes" y derogar el "localismo" que propiciara "la independencia de la República Oriental. ¡Triste fecha!".

De este modo se abría a Flores vía libre para una empresa a la que todo parecía predisponerlo. Sabía que no contaba con la aprobación de los conservadores, pero no era de los conservadores, in-existentes en campaña, de quienes podía esperar ayuda militar. Contaba en cambio con la segura cooperación de importantes jefes orien-

tales, en tanto los jefes blancos, entre los cuales los más temibles eran los "amapolas", aparecían desorganizados y divididos.

Y estaba además su carta principal: el Brasil. No era un secreto para nadie las miras del Imperio respecto al Paraguay, entonces el país más desarrollado de América Latina, y para cuya sumisión necesitaba contar en el Uruguay con un gobierno aliado. Los proyectos de Flores se ajustaban a esos propósitos como anillo al dedo, en una ocasión más propicia que nunca para aplicar la inveterada táctica imperial de incomodar al gobierno establecido. Tenía ahora otro motivo: la tácita alianza de Flores con Mitre, y el peligro de que Argentina se le adelantara en sus afanes de anexión. En cuanto a pretextos, los había en abundancia. Más de 40.000 brasileños se habían radicado en el país, a favor de la protección que les garantizaban los tratados del 51. Habían ocupado de ese modo 45.000 kms. cuadrados con 428 estancias, la cuarta parte de nuestro territorio nacional, la mitad del norte del Río Negro. Algunos casos aislados y discutibles de "violencia" contra súbditos brasileños, proveerán al Imperio de un argumento efectista. Pero había otra situación más importante para Flores: la presencia en Río Grande, junto a la frontera, en el Cuareim y en Santa Ana, del brigadier Canavarro, así como la del general Souza Netto, fastuosos señores feudales de gran poder material y político, dueños además de numerosas estancias en el Uruguay, y que necesitaban un gobierno oriental que amparara sus vitales intereses. Solamente en Paysandú, Souza Netto era dueño de 18 suertes de estancia. No es así de extrañar que corriera por su exclusiva cuenta la preparación y equipamiento de regimientos enteros, los primeros que se incorporarán a Flores. En resumen, tanto el Brasil como Argentina necesitaban un gobierno amigo, que no obstaculizara el proyectado ataque al Paraguay; amigo, además, que no lo fuera demasiado del otro, pues ni Argentina podía aceptar que el Brasil recuperara su Provincia Cisplatina, ni Brasil que se recompusiera la alianza rioplatense que lo derrotara en Ituzaingó. Berro no era así sino un obstáculo a eliminar, y demasiado hizo Flores, arrastrado por los acontecimientos, con preservar al fin y al cabo la independencia del país, convirtiendo en Triple Alianza la triple desconfianza que perturbaba las relaciones entre los tres países.

La invasión se produjo el 19 de abril de 1863, por el arroyo Caracoles, al norte del Río Negro. Apenas tres acompañantes trajo el caudillo colorado, quien dejara una carta a Mitre lamentando, al anunciarle que se entregaba a su "destino", que no le hiciera llegar el apoyo inmediato de que se sentía merecedor. La corrección con que Berro había mantenido la neutralidad durante los conflictos de Mitre

con Urquiza, hacía que una ayuda franca de Mitre apareciera como demasiado desleal. Flores debió por tanto dar su primer paso confiando en que sus previsiones habrían de cumplirse. Y así ocurrirá, aunque no dentro de los plazos breves que tal vez había esperado.

La proclama de Flores no contenía sino las reclamaciones previsibles sobre los "vejámenes" que la "tiranía" infligía a muchos compatriotas, en tanto "se aplaudía y continuaban los escándalos originados de la bárbara Hecatombe de Quinteros". Se enarbolaron banderolas blancas ostentando una cruz roja, con lo cual se incorporaba el motivo religioso a propósito de la destitución del vicario Vera. Empezaba así la que llamarían "Cruzada Libertadora". Aparte su programa reivindicatorio, carecía de propósitos constructivos expresos. Lo que traían eran hombres, un caudillo, un cintillo y una cruz. Y Berro, en cambio, rehuía todo cintillo y todo caudillo; y en cuanto a catolicismo, lo practicaba más y mejor que los colorados, que eran casi todos masones. No podía ofrecer además una resistencia homogénea; sus jefes usarán divisas distintas: los oribistas, blancas; el ejército de línea, celeste; Timoteo Aparicio, los colores del pabellón nacional. Y reunirá católicos y ateos. Y alineará caudillos con doctores. El ejército disponía solamente, en el 61, de 900 plazas, en su gran mayoría vagos, criminales, o negros que habían cambiado de esclavitud. Su mayor reserva era la Guardia Nacional, distribuida en los pueblos, totalizando 16.500 milicianos. Su armamento era anticuado; recién en el 61 Diego Lamas obtuvo fusiles de fulminante para casi todos los infantes.

Al invadir Flores, Diego Lamas, entonces jefe político de Salto, dejó pasar al pequeño grupo revolucionario sin atinar prácticamente a nada; hasta se dio el caso de que uno de sus comisarios, informado de la cercanía de Flores con ocho compañeros, postergó su persecución un día por asistir a una penca y no perder el depósito que ya había efectuado. Flores pudo así acercarse a la frontera norte y recibir el aporte de las tropas preparadas en Argentina por el Cnel. Cáceres, y en el Brasil por Canavarro. Borges, Aguilar, Caraballo, Gregorio Castro y otros jefes de gran fuste; pronto incorporados, llegaron a congregarse mil hombres, muchos de ellos brasileños; unos invasores, y otros ya afincados en el país.

El Gobierno, entre tanto, dividió la campaña en cuatro grandes zonas, asignando a Diego Lamas la jefatura al norte del Río Negro, en donde pronto sería sustituido por Lucas Moreno. La entrada de Flores, aunque esperada, no dejó de constituir una sorpresa. Se intensificaron las gestiones diplomáticas en Buenos Aires, obligando a

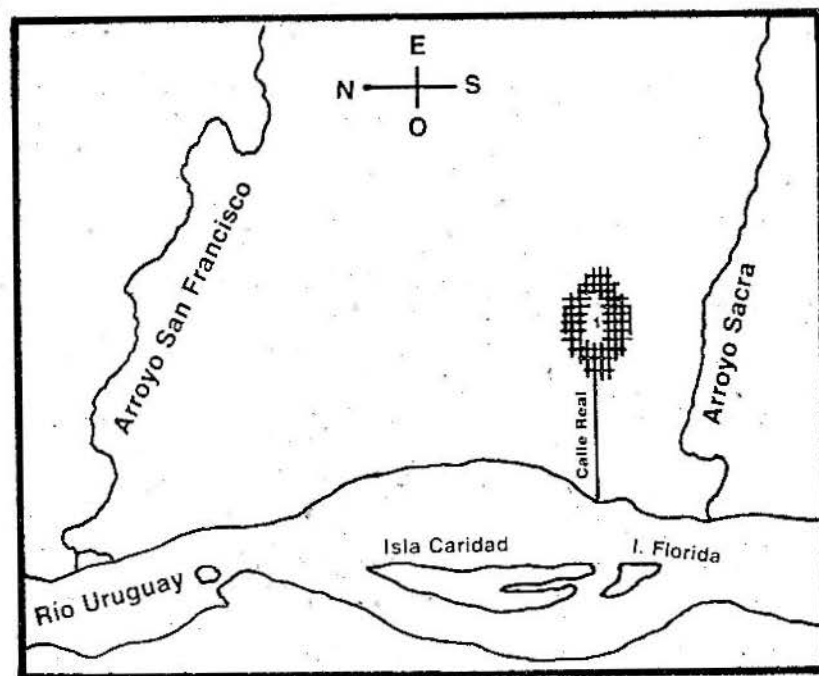
Mitre a decir que no y que sí, a negar que ayudaba a Flores pero a afirmar que era un militar a quien apreciaba altamente y que no necesitaba ayuda alguna. Lo admitía así como beligerante, hasta que, a raíz de ruidosos incidentes entre barcos orientales y barcos argentinos que traían pertrechos para Flores, la ayuda, ya a fines del 63, se hará ostensible, desde la isla Martín García adoptada como base.

En vano gestionó Berro el apoyo de diplomáticos extranjeros, y sobre todo del Paraguay, cuyo presidente López no se mostraba dispuesto a jugarse por quien, como Berro, había pecado en su concepto de excesiva blandura, a título de neutralidad, ante quienes López denominaba "anarquistas" de Mitre. Se esperó siempre el apoyo del Paraguay, a cambio de la ayuda que podría prestarle después el Uruguay. Vana espera. Y para colmo, Berro debía enfrentar las cada vez más apremiantes reclamaciones de los brasileños por cualquier motivo, mientras con la mano que le quedaba libre debía mantener a distancia a los diplomáticos ingleses y franceses que urgían el pago de viejas deudas, buscando así consolidar su predominio económico en un país cuyos productos y comercio podían serle tan beneficiosos. En cuanto a la otra carta que Berro podía esperar que se volcara a su favor, la del poderoso entrerriano Urquiza, si bien era de suponer su oposición a Flores por su extracción mitrista, la derrota del célebre "Chacho" Peñaloza, que había levantado el poncho contra el presidente, lo llamó a sosiego, e incluso en junio del 63 llegó a enviar a Mitre una nota de total adhesión, lo que no impedirá que su hijo Waldino invada por ese entonces nuestro país para enfrentar a Flores, llevando sus hombres un pintoresco atuendo, con gorras de manga y camisetas y chiripáes punzó con peto blanco.

Aunque en un principio se desestimó el peligro que suponía la invasión de Flores, Berro no dejó de adoptar una política de apaciguamiento adaptada a cada una de las circunstancias mencionadas. Formalizó la amnistía ofrecida a los colorados expatriados por Pereira. Su diplomacia intensificó contactos. Derogó en agosto del 63 la destitución del vicario Vera, y logró que regresara desde Buenos Aires. Constituyó equipos ministeriales que no inquietaran al Brasil ni a la Argentina.

Pero la guerra fue tomando cuerpo. Flores vencía en Coquimbo en mayo del 63 a un ejército en el que Olid y Servando Gómez adolecieron respectivamente de imprevisión e indolencia. La conscripción obligatoria aumentó sus efectivos, pero sus ejércitos, pesados y mal dispuestos, nada podían contra un Flores que, dueño ya de abundantes caballadas, con no más de dos mil hombres, se les escabullía fácilmente, peleando donde y cuando se le antojaba, aunque, eso sí, sin

fuerzas suficientes como para atacar Montevideo. En sus cartas a Berro y a su concañado Cándido Juanicó, Leandro Gómez intentó alertar sobre el "completo desquicio" que imperaba en los ejércitos gubernistas, la necesidad de reunir los grupos dispersos y de crear una fuerza organizada al norte del Río Negro que impidiera a Flores "pasarle y repasarle cuando quiere".



Alrededores de Paysandú y de su recinto atrincherado (1).

CAPITULO V

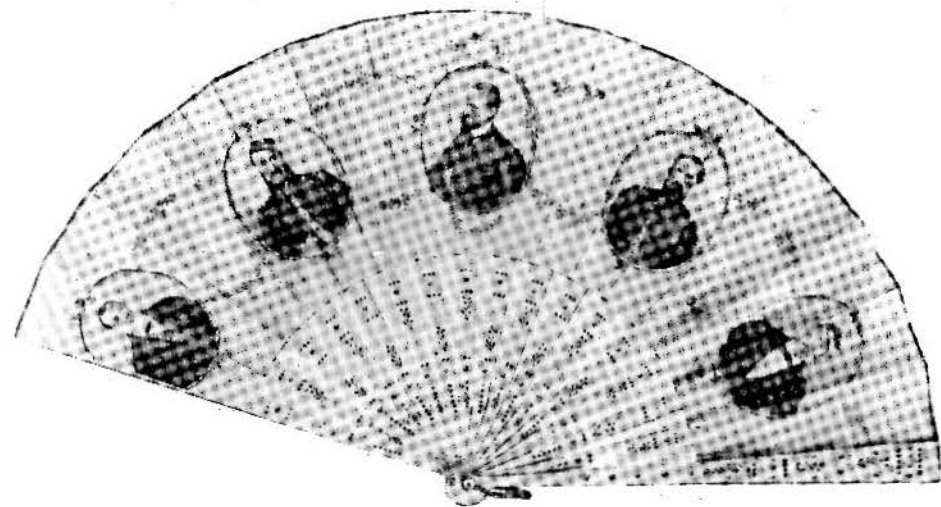
LAS PRIMERAS INTERVENCIONES DE LEANDRO GOMEZ

Veamos ahora la parte que le tocó a Leandro Gómez en aquella situación. Tanto Leandro como sus hermanos Andrés y Juan Ramón fueron colaboradores del Gobierno de Berro desde el primer momento y en puestos de responsabilidad. Andrés había sido designado el 30/1/1863 Inspector General de Armas, será Ministro de Guerra el 9/VII/1864 con Aguirre como Presidente, y finalmente Jefe del Estado Mayor desde el 20/IX/1864. Juan Ramón integró desde 1861 una importante Junta Consultiva integrada por blancos y colorados, integrando después la Comisión Nacional de Víveres. En cuanto a Leandro, teniente coronel desde el 59, actuó como adjunto al Estado Mayor del ejército de operaciones en campaña, abandonando así las ocupaciones civiles que estaba desempeñando en Montevideo. Insistía entonces en "el dominio de los ríos", que para él era "el triunfo"; y que además podía influir en las decisiones de Urquiza, con quien mantenía amistad, y que le había enviado una carta de felicitación al ser designado Oficial Mayor del Ministerio de la Guerra.

El 25 de mayo del 63 el coronel Lenguas, apostado en Salto, comunicaba al Ministro de Guerra Cnel. Miró que el Cnel. Basilio Pinilla, Jefe Político de Paysandú, le había pedido "un Jefe" para que organizara la defensa de la ciudad, con las miras puestas ya en Leandro Gómez, de quien se ocupaban algunos corresponsales colorados, llamándolo "Leandrejo", "el de las 500 onzas", aludiendo así en tren de vituperio, aunque sin explicitarlas, a circunstancias pasadas de quien consideraban un calificado contrincante.

Pronto habría de demostrar Leandro Gómez que por algo se hacían tan intencionadas referencias sobre su persona. A mediados de junio del 63, las fuerzas de Flores, luego de tomar por el sur y apoderarse de Florida, se corrieron inesperadamente hacia el Salto esquivando al poderoso ejército de Anacleto Medina, y allí, cerca del

Abanico conmemorativo de la Defensa de Paysandú. / Comandancia Militar y Plaza Constitución. Este edificio era conocido como "La Azotea de Paredes". Las fotografías de Paysandú que aparecen en este volumen fueron tomadas el 3 de enero de 1865.





paso Vera en el arroyo Las Cañas, sorprenden el 25 de junio a la división de Diego Lamas, cuya caballería se dispersa íntegramente sin pelear. Quedaron entonces los infantes que debieron batirse en retirada contra los mil hombres que traía Flores, logrando llegar, luego de azaroso itinerario y sin mayores pérdidas, al pueblo de Constitución, en donde atacaron y desalojaron a la guarnición que habían dejado los revolucionarios, para pasar luego a territorio argentino, desde donde repasaron el río cruzando a Salto. Según el comunicado de Lamas, fueron solamente cien infantes y 133 guardias nacionales de caballería "los que tuvieron el coraje de echar pie a tierra resueltos unos y otros a sostener el honor de las armas del ejército nacional". Los jefes que permanecieron en el campo de batalla en heroica y desigual resistencia, fueron, además de Lamas, los coroneles Leandro Gómez, Lucas Piriz y Juan E. Lenguas, en un "hecho glorioso que recogerá más tarde nuestra historia nacional", según reza el Mensaje con que el Gobierno pidió a la Asamblea el ascenso para dichos jefes.

Desde julio del 63 Leandro Gómez fue puesto al frente de la división de Salto, cargo de responsabilidad, en una región en donde las amenazas provenientes de los dos países vecinos se hacían sentir continuamente. De su prestigio, y de la consideración en que lo tenían sus propios adversarios, hay pruebas sobradas; correspondencias que transcribe Conte en "La Cruzada Libertadora" mencionan como los jefes más temibles, "séquito" que según los autores respaldaba al Gobierno, a "Lucas Moreno, Olid, Cames, Leandro Gómez, satélites de Oribe, y Medina, el traidor y verdugo de Quinteros". Ya en mayo del 63 una carta anónima de un informante comunicaba con preocupación que "el célebre Leandrejo Gómez, el de los parches y moñas del Cerrito, anda por allá haciendo sus habilidades", respaldando en el norte a Lamas y a Lenguas, a los que dicho N.N. califica de "maulas".

En setiembre del 63 no quedaban al norte del país sino Salto y Paysandú en manos del Gobierno. Fidelis Pais da Silva, con su ejército de brasileños que había invadido dos meses antes, campeaba por sus respetos en la zona norteña. Noticias de algunas victorias gubernistas que fueran llevadas a Paysandú por el "Villa del Salto", suscitaron ruidosos festejos, con un desfile encabezado por la banda de música, con dianas, cohetes, tiros de cañón y "salvaje grito", según relataron las patrullas de Flores, que atribuyeron la dirección de aquella "canibólica efervescencia" a "Leopoldo Arteaga, segunda edición de su tío el bandido Leandro Gómez".

Pocos días después, el 15 de octubre, Lamas y Waldino eran derrotados en Puntas del Salto sufriendo muchas muertes y dispersión.

Fue en esos días que "Landrejo" se incorporó a la plaza de Paysandú, cuyo mando estaba a cargo del teniente coronel Benjamín Villasboas. Ante la ineficiencia de Lamas, se encomendó a Leandro Gómez en esos días la Comandancia Militar de Salto, todo un presente griego ante la conducción irresoluta de las fuerzas que podían provenir desde la lejana Montevideo. Gómez tomó sin embargo todas las providencias para poner la región en estado de guerra. El 27 de octubre efectuó una salida llevando incluso dos cañones; más de dos mil sitiadores apostados en las cercanías no aceptaron dicho desafío, prefiriendo replegarse y guardar a buen recaudo los cinco mil caballos que tenían reunidos. Gómez siguió entonces por tierra hasta Salto, en donde, según José C. Bustamante, que militaba con Flores, "siguió haciendo de las suyas", desempeñando "el mismo dignísimo papel que en Buenos Aires y el Cerrito", agrega irónicamente.

A principios de noviembre vuelve Leandro a aparecer en Paysandú, en cuyos alrededores acechaba Francisco Caraballo. En una de sus incursiones Leandro Gómez logró tomar prisionero a un oficial brasileño. Lo reclamó el vicecónsul brasileño en Paysandú, y desatendió su pedido Leandro Gómez, fundándose en que el prisionero tenía dos entradas en la cárcel como ladrón y como cuatrero convicto y confeso, sin contar que un día antes de su arresto había escrito a su hermano instándolo a degollar a un servidor del Gobierno.

El 3 de noviembre, Gómez, junto con Piriz, Waldino y Azambuya, hizo una nueva salida que determinó el alejamiento de los sitiadores. Versiones de fuente florista dan fe de la eficacia de estas intervenciones; en una carta del 22/XII/1863, se informa desde Salto que había pasado más de un mes sin que ningún acontecimiento de importancia viniera a perturbar *"la quietud en que nos dejó la ausencia de Landrejo, que anda haciendo prodigios por Paysandú"*. Y algo de eso había, ironías aparte, desde que el Gobierno resolvió sustituir a Villasboas por Leandro Gómez a fines del 63 como Comandante Militar de Paysandú, reconociendo una situación de hecho, cuya dirección ya estaba virtualmente en manos de quien se había constituido en el más eficaz de los jefes que podían oponerse tierra adentro a los avances revolucionarios.

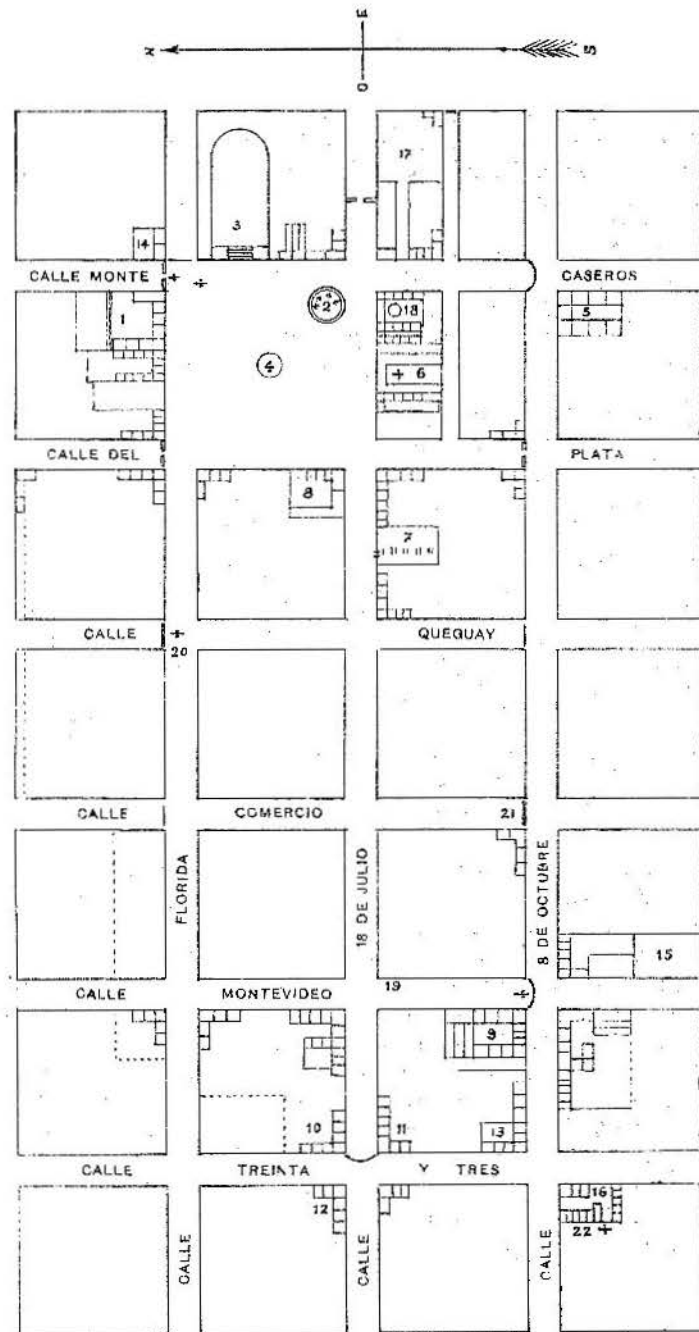
* * *

Paysandú, ahora con Leandro Gómez a su frente, no era la primera vez que debía afrontar el asedio de un ejército. Ya en 1811, en efecto, Francisco Bicudo había debido pagar con su vida la defensa del pueblo ante el ataque de los españoles, muriendo junto con los cincuenta patriotas que se habían atrincherado heroicamente en la pla-

za. En 1825 era el coronel Laguna quien atacaba y tomaba la ciudad por pocas horas, abandonándola después a fuerzas brasileñas. En los comienzos de la Guerra Grande, en 1843, las fuerzas federales de Oribe la ocuparon sin resistencia. Y a fines de 1846, fue Rivera quien logró reconquistarla para el gobierno de Montevideo, luego de varias horas de bombardeo a cargo de la escuadra francesa, rompiendo su espada el jefe de los defensores, el heroico Argentó, al ser tomado prisionero. "La población era un volcán", dice Rivera en su parte. Hubo 314 muertos en total, siendo la gran mayoría de los defensores, pero corresponde agregar que, ocupada la plaza, no hubo ni una sola ejecución.

Paysandú tardó desde entonces en recuperarse. Recién con el coronel Pinilla, jefe político en el 60, entró en un franco camino de progreso. Su población era en 1863 de unos 5.000 habitantes, sobre 17.000 que tenía todo el departamento, que comprendía al actual de Río Negro. El cuadrículado de su caserío se orientaba sobre la suave loma que apunta hacia el río, del que distaba unas veinte cuadras, construyéndose un ancho camino arbolado, o calle Real, entre el puerto y el pueblo que recibió ese año el título de ciudad. Levantó Pinilla edificios como la Jefatura, la Cárcel, el Teatro, el Hospital, la Aduana, que se destacaban por su volumen y su buen estilo arquitectónico. Hizo colocar el primer empedrado de cuña en algunas calles, todas hasta entonces de tierra, por las que entraba una vez por semana la diligencia que venía desde Montevideo, gran acontecimiento, luego de los cinco o seis días que duraba el viaje. Algunos faroles a aceite atenuaban con su luz amarillenta la oscuridad de las noches sin luna.

Pinilla estaba en todo. Hombre culto, experimentado, de 60 años, oriundo de Maldonado, se vio mezclado de joven en los conatos revolucionarios contra el dominio imperial. Residió en Buenos Aires, fue amigo de Rivera, aunque militó indeclinablemente con los blancos. Jefe Político de Paysandú en el 33, intrigas avicsas hicieron que a poco lo sustituyera el coronel José M. Raña. Volvió como interino y fue diputado en el 35. Estuvo en el campamento de Oribe cuando la Guerra Grande como proveedor del ejército, y en el 57 volvió a la Jefatura de Paysandú, en donde su obra de organización fue extraordinaria. En el 60 dio inicio a la construcción de la iglesia. Se le veía arremangándose la levita para acarrear ladrillo y calicanto, ejemplo que todos se veían obligados entonces a seguir. Organizó una banda de música famosa, dirigida por José Debali, hijo del autor del Himno Nacional, banda que desfilaba uniformada y seguida por el



batallón de morenos y por el mismo Pinilla, gallardamente montado, siempre expansivo y cordial con todo el mundo. Iniciado el asedio de Paysandú al comienzo del 64, Pinilla ocupó su lugar en los puestos avanzados como un soldado más, y allí se le veía en los encuentros más encarnizados.

RECINTO FORTIFICADO DE PAYSANDU

- 1 Comandancia Militar.
- 2 Torreón: Baluarte de la Ley.
- 3 Iglesia Nueva.
- 4 Pirámide de la Libertad.
- 5 Hospital.
- 6 Iglesia Vieja,
- 7 Escuela-Hospital de Sangre.
- 8 Cuartel de la Gdía. Nacional.
- 9 Jefatura de Policía.
- 10 Banco Mauá.
- 11 Cantón Azambuya.
- 12 Aduana.
- 13 Ancla Dorada.
- 14 Cuadra de la Artillería.
- 15 Mercado.
- 16 Casa de don Maximiano Rivero.
- 17 Línea del Cnel. Emilio Raña.
- 18 Aljibe polvorín.
- 19 Punto donde fue herido L. Píriz.
- 20 Línea del Cdte. Aberastury.
- 21 Punto donde detuvieron a Leandro Gómez y compañeros antes de llevarlos a donde fueron ultimados.
- 22 Lugar del fusilamiento.

CAPITULO VI

EL PRIMER SITIO DE PAYSANDU

Ante la proximidad de las fuerzas de Flores, Leandro Gómez había enviado chasques al Salto ordenando el embarque de una compañía del batallón "Defensores", más conocido como el batallón "Lenguas", por el nombre de su jefe. Dicha compañía se embarcó para Paysandú junto con cien hombres de caballería en el Villa del Salto, llevando a remolque un pallebot con dos cañones. Avisado Flores de antemano, había apostado un cantón en varias azoteas cercanas al puerto, desde donde en la madrugada del 8 de enero recibió a los viajeros con algunos cañonazos que causaron varias muertes. Luego de desembarcar algunos heridos en la cercana isla Almirón, cuarenta hombres lograron cruzar a las cuatro de la tarde en un barco a vela y desembarcar cerca del puerto, entablándose de inmediato un primer combate en el que hubo muchas bajas de ambas partes. Los otros 300 hombres que traía Lenguas, conminados a retirarse por el vapor de guerra argentino 25 de Mayo luego de intercambiarse un fuego nutrido, tuvieron que acatar dicha orden por no precipitar un conflicto internacional para cuya eventualidad no se disponía de instrucciones. Debe agregarse que, posteriormente, el 25 de Mayo desembarcó cincuenta infantes, dos cañones y cinco cajones de fusiles para el ejército florista.

Apenas se apercibió del desembarco de los cuarenta soldados del batallón Lenguas, Leandro resolvió salir de inmediato en auxilio de aquellos hombres, a los que rodeaban fuerzas muy superiores mandadas por Regules y Caraballo. *"Hice una salida —dice en su parte al día siguiente— con 110 infantes y 30 caballos", y "se puso en movimiento la infantería enemiga (como 250) y de 800 a 1000 de caballería que nos cargaron en la retirada de una manera brusca, pero*

conseguí realizar la operación con un riesgo inmenso. Hace tres días que estamos sitiados rigurosamente. Moriremos todos antes de rendirnos".

Así, con espartana brevedad, y como si fuera una noticia más, comunica la que ya era una firme determinación. El trayecto de la ciudad al puerto debió hacerse a paso de carga, llegando en contados minutos y acorralando a las guerrillas en las casas altas del lugar, cuyas puertas y ventanas habían intentado tapiar con colchones obtenidos de un hotel cercano. Los floristas fueron desalojados a balazos, lo que permitió el desembarco del destacamento gubernista. Los defensores tuvieron una pérdida de treinta hombres entre muertos y heridos, habiendo infligido tal vez más a los asaltantes. La caballería la mandaba el sargento mayor Estomba y el ala izquierda llevaba al frente al coronel Pinilla, quien recibió un balazo en una mano. Durante una hora debieron combatir duramente para regresar a la ciudad por la calle Real con Leandro Gómez abriendo camino, veinte cuadras rechazando cargas continuas de caballería y una nutrida balacera, a lo que respondían en algunos casos desde las zanjas laterales, amagando contracargas para despejar el trayecto, lo que al fin se logró a pesar de combatir en la proporción de uno contra quince, no sin trenzarse más de una vez en sangrientas luchas cuerpo a cuerpo. Cubiertos de sangre entraron en la ciudad llevando consigo los heridos y los muertos. Como dijera uno de los combatientes, *"ni un muerto cayó en poder del enemigo"*. Flores los persiguió *"hasta las líneas de fortificaciones del Oeste —le escribe al jefe político de Soriano, Braga— que defendía nuestro valiente amigo el Cnel. Pinilla, y fueron rechazados de un modo terrible"*.

A todo esto, Servando Gómez anunciaba con fecha 14 de enero que había cruzado el Río Negro por el Yapeyú y por Mercedes, apresándose, siempre lerdo, a socorrer Paysandú, en donde el asedio continuaba con intensas guerrillas, una de ellas a raíz de una salida que efectuara Lucas Píriz a fin de desbaratar un peligroso avance de los sitiadores. El día 13, creyendo Flores que la defensa no podía seguir, envió un parlamento exigiendo que la plaza se rindiera dentro de las 24 horas, amenazándola con atacarla y ofreciendo garantías para la vida y propiedad de todos y permiso para los que quisieran emigrar; en la frase final deslindaba responsabilidades. *"Caerá sobre V. S. la sangre que se derrame por su obstinación"*. Un corresponsal anónimo afirma que la respuesta de Leandro Gómez fue la misma o parecida que la de Cambronne en Waterloo. Su contestación verbal, según otros, fue de que *"atacase cuando quisiere, que lo recibirían en las puntas de las bayonetas"*. Gómez comunicó después al ministro Pérez que

Flores había *"pretendido ridículamente amedrentarlo, como si los hombres de corazón que guarnecen este pueblo y yo a su frente, que defendemos la más justa de las causas, supiéramos otra cosa que vencer o morir"*. Tal era su "obstinación". Uno de los cañonazos de los sitiadores entró ese día en la habitación misma que ocupaba Gómez, quien siguió tomando sus disposiciones como si nada hubiera sucedido.

El coronel Lenguas, entre tanto, cansado del acosamiento con que el 25 de Mayo trababa sus movimientos, decidió embestir de frente al barco argentino, al que obligó de ese modo a retirarse. Pudo así desembarcar el día 13 los 360 hombres que traía a bordo, refuerzo que consolidó la situación de Paysandú. Enterado Flores de esta novedad, así como de la proximidad de Servando Gómez, el 18 de enero decide abandonar el sitio, luego de lanzar algunos cañonazos a modo de despedida a la ciudad que había resistido tan denodadamente todos sus intentos.

Muchas de estas peripecias las conocemos por las crónicas ágiles y fieles que enviaba Rafael Hernández, hermano del autor de "Martín Fierro", joven entonces aunque ya periodista de gran capacidad, y que posteriormente tendría una larga y destacada actuación en diversos campos de la política y la ciencia. Había ido a Paysandú atraído por la dignidad e ideales que allí se defendían, dejando páginas de insuperable expresividad. En carta del 21 de enero incluye algunos datos de interés: *"Después de 18 días de riguroso sitio en que el Sr. Flores no consintió pasar al pueblo ni un animal ni una botella de agua a pesar de la espantosa seca que reinaba, jurando rendir o matar a la población de hambre y sed, se ha visto al fin forzado a tomar las de Villadiego"*. *"Afortunadamente no hemos tenido que soportar ni defecciones ni tibiezas. La guarnición de este pueblo, más entusiasta cuanto más crítica fue la situación, puede decir con orgullo que le ha tocado la parte más activa en el hecho de armas más glorioso de que hay memoria en los fastos de la guerra de estos países"*. Se quemaron más de 30.000 cartuchos; jamás, ni de día ni de noche, pasaron tres horas seguidas sin pelear. Fuera de las trincheras, todos los pobladores emigraron, a la isla o a Entre Ríos, y sus casas fueron saqueadas y destruidas. Las altas torres de la nueva iglesia ostentan la huella de los cañonazos. Y el héroe principal —dice Hernández— ha sido Leandro Gómez, por *"su actitud y su energía"*, y por su capacidad *"para colocar la plaza en actitud de resistir tres meses más las estrecheces del sitio"*.

Alejado Flores, la seca también llegó a su fin; grandes aguaceros clausuraron un período de tres años de escasísimas lluvias, lo que se aprovechó para acopiar buena provisión de agua.

En nota del 16 de enero, el ministro de Guerra comunica a los sanduceros que el combate del día 8 *"ha sido uno de los sucesos que más han ilustrado nuestras armas en la presente guerra"*, informando que todos los cuerpos de guarnición de Montevideo habían dado un viva a *"esos valientes hijos de la Patria"*. En días en que todo parecía tan inseguro, la exitosa defensa de Paysandú había retemplado los ánimos de los gubernistas. Se destacó también la caballería con que Gómez había accedido a un pedido de Flores de que recibiese y atendiese a algunos heridos de los colorados, contestando ese mismo día *"al señor Flores"*, a quien negaba así todo título militar, agradeciéndole que le hubiese devuelto dos de los defensores heridos que habían sido tomados prisioneros.

Al día siguiente de su alejamiento, estando Flores acampado a cuatro leguas de Paysandú, salió Gómez en su persecución, entablándose varias escaramuzas con algunas partidas enemigas, entre ellas la de Caraballo, quien debió fugar en dirección a Tacuarembó. Mientras Flores desaparecía, Leandro Gómez tomó contacto el día 20 con Servando Gómez, quien, después de una entrevista junto al Sacra, partió en seguimiento de los insurrectos, tan infructuosamente como siempre.

Pocos días después se conocía el decreto del 23 de enero por el cual se premiaba *"la heroica resistencia"*, concediéndose a los combatientes una medalla con la inscripción *"Defensa de Paysandú"*, de oro para los jefes, de plata para los oficiales y de bronce para la tropa. *"Muchas glorias le esperan a Ud."*, escribía premonitoriamente Berro a Leandro Gómez en carta confidencial, comentando Gómez en una nota que apareció en *"La Situación"*, que la confianza presidencial *"debe ser correspondida con la consumación de la gran obra que tenemos a mano: la salvación de Paysandú"*. Desde ese día encabezará todas sus notas con la leyenda *"Defensa de Paysandú"*, expresión que simbolizaba ya para él un ideal al que se obligaba a servir con decisión irrevocable.

Comunica así el 24 de enero que, mientras *"la guarnición descansa de las fatigas pasadas, yo me ocupo de hacer reparar las trincheras y demás que tiene relación con la guerra"*. A unas catorce manzanas se reducía el recinto atrincherado, la parte más alta de la población, cuya edificación compacta permitía una mejor defensa. Fue necesario cavar trincheras en quince bocacalles, así como, en algunos sitios baldíos, zanjas de tres metros de profundidad por tres de ancho, construidas con ladrillos asentados en barro, en tres de las bocacalles formando semicírculos salientes. Como únicas entradas, se improvisaron en los extremos de la calle 18 de julio, a seis cuerdas uno de otro, dos portones de hierro con un puente levadizo que se echaba sobre el foso

por medio de roldanas. Los cercos y alambrados linderos fueron aspilleros, reforzándose los puntos débiles. En muchas manzanas la única resistencia la oponía la propia pared, cerrándose las aberturas con colchones y con fardos de lana.

En la esquina sudeste de la Plaza Constitución se levantó un torreón de ladrillo y cal de unos ocho metros de altura, con una larga rampa de acceso a la parte superior. El "Baluarte de la Ley", como lo bautizó Leandro, servía no sólo de atalaya, junto con la iglesia cuya cúpula y sus torres inconclusas eran el punto más alto del sitio fortificado, sino también como emplazamiento para tres toscos cañones de calibres 6 y 8. En su parte inferior estaba ubicado el polvorín. La Comandancia Militar, en donde estaba instalado Leandro Gómez, se constituyó en un viejo edificio del ángulo nordeste de la plaza, conocido como "la azotea de Paredes".

Flores había tomado rumbo al este, para doblar luego hacia el norte hostigado por Raña, a quien Leandro, luego de hacer que remontara la caballada indispensable, ordenó el 25 de enero salir en su persecución.

Llegaba entre tanto a su fin el período presidencial. No habían podido realizarse las elecciones en noviembre del 63, pero Berro, dispuesto a cesar en el mando, resolvió convocar a un grupo de caracterizados ciudadanos, quienes estuvieron de acuerdo en cumplir con las exigencias constitucionales y recabar del Presidente del Senado que quedara al frente de la situación a pesar de las disidencias, deserciones y destierros que dificultaban el funcionamiento de dicho cuerpo, y del levantamiento de Olid, jefe "amapola" que, por decreto del 23 de enero, fue exonerado de su cargo militar.

Leandro Gómez hizo llegar a Berro su aprobación de lo actuado entonces. En carta fechada el 14 de febrero le expresa: "*Ha llegado a mis manos La Tribuna de Buenos Aires del día 10, en que apareció la publicación de distinguidos ciudadanos que V. E. llamó a su casa con el objeto de prever la situación que asumiría el país después del 1.º de marzo. El proceder digno, honorable y patriótico de V. E., con ese paso, es el timbre más grande con que se ha elevado en su vida pública, y tanto el Señor Jefe Político como la guarnición y el pueblo de Paysandú, y yo entre ellos, nos honramos en declararlo así; y viva V. E. seguro que, sea quien sea el que represente al Gobierno después de aquel día, será obedecido, acatado y defendido por las fuerzas que tengo a mis órdenes*". En carta de igual fecha enviada a su amigo Nin Reyes, llamaba la atención de los amigos sobre la ruina a que estaba expuesto el país si el gobierno no ponía remedio a tiempo. Escribía también a su hija, por cuyos estudios en Montevideo se interesa,

y le dice: "*creo que puedo decirte que realizada la paz tendré la dicha de verte y manifestarte cuanto es mi cariño hacia ti*". A su hijo César le dice que pronto lo verá.

Con fecha 13 de marzo emitió Leandro Gómez una "Orden General" en Paysandú, en la que elogiaba "*la marcha acertada*" del presidente cesante, por haber logrado "*la unión del gran partido nacional*" contra "*los infames traidores que llevan por negro pendón la anarquía y el bruto caudillaje*". Informa además que el gobierno acababa de hacer llegar "*gran cantidad de proyectiles de guerra*", con lo que se asegura que "*el pueblo de Paysandú no será nunca pisoteado por el vaso de los caballos de la horda de los bandidos traidores que acaudilla el imbécil Venancio Flores y el grupo que forma el Comité de traidores de Buenos Aires*". Reafirma en otra Orden su confianza en el nuevo presidente Atanasio C. Aguirre; dice que "*el cambio de personas nada significa*", y que pronto llegará a su culminación "*la política salvadora*" que restaurará "*el imperio de las instituciones*".

El 28 de mayo, casi junto con la guarnición de Tacuarembó al mando de Azambuya, regresaba el coronel Raña de su campaña por el departamento, que había recorrido hasta sus límites con el Río Negro, habiendo desbaratado varias partidas revolucionarias luego de infligirles algunas muertes y de haber capturado siete prisioneros en los combates de Queguay y Arroyo Grande. Flores, que a fines de marzo había amagado con volver a Paysandú, estaba entonces por el sur con unos 1.800 hombres, cada vez más movedido, luego de sustituir las pesadas carretas por cargueros para transportar su artillería. Gómez había lanzado una proclama apenas se creyó en la nueva aproximación de Flores; encabezada "*Defensa de Paysandú, Marzo 28 de 1864*"; anunciaba la cercanía de Flores y concluía con una exhortación:

"*Mis bravos compañeros: son los mismos cobardes y traidores que un grupo de vosotros hizo huir despavoridos en el puerto de esta ciudad; son los mismos que a balazos arrojasteis de nuestras líneas; son los mismos, en fin, que siguiendo su destino fatal, encontrarán la muerte o la fuga, si es que intentan atacarnos. Soldados todos: Cada uno en su puesto, prontos a las armas*".

Durante varios meses mantuvo Leandro Gómez una situación de latente conflicto con las autoridades militares, en especial con el Comando del Litoral que tenía su sede en Salto. Debió en más de una ocasión contradecir órdenes del coronel Lenguas, urgido por circunstancias que, en virtud de la lentitud e inconvenientes de las comunicaciones de entonces, se veía obligado a resolver por cuenta propia. Influyó en su actitud la prevención con que la Guardia Nacional solía recibir en esos años las directivas que le imponía el ejército regular.

Respetuoso empero de la ley y de toda autoridad, Leandro Gómez no podía avenirse con esa situación de forzosa desobediencia. Y fue así que, apenas se alejara Flores de la ciudad, resolvió presentar a las nuevas autoridades nacionales una memoria en pro de una modificación que consideraba indispensable. En marzo fue con ella a Montevideo el coronel Pinilla, no bien restablecido aún de su herida en una mano. Largos meses, hasta agosto, debió prolongarse su gestión, trabado por la morosidad de un ministerio que adolecía de insidiosas divisiones. Gómez solicitaba el cese del Comando del Litoral, el envío de pertrechos, la concentración de los efectivos y el pago regular de los haberes, atrasados entonces en seis meses, incluido el suyo propio. Ante aquellas demoras y omisiones, llegó a pensar que el Gobierno no era merecedor de tanto sacrificio, aunque públicamente hacía cuanto podía por mantener alta la moral de la tropa, a la que asistía en sus necesidades con solicitud verdaderamente fraternal. En carta a Pinilla le relata las penurias que padecían los familiares de sus soldados, para quienes lograba "raciones abundantes" a falta de un sueldo que no les llegaba nunca. *"El guardia nacional no tiene como alimentar a su familia"*, escribe, y es natural entonces que piense en desertar, por hallar la manera de ganar algo para que sus hijos coman. En marzo pudo conseguir una suma de 2.300 pesos abonada a Pinilla por Villasboas con destino a los efectivos de Paysandú, a quienes se distribuyó enseguida dicho envío. Más de una vez agregó Leandro parte de su propio sueldo para aumentar en algo esos aportes, que en el mes de julio se redujeron increíblemente a "una astilla" por soldado, con la que se suponía podrían entrar en calor en ese invierno. No había ya comerciante en Paysandú, todos ellos extranjeros, que concediera créditos, y si Gómez pudo solventar los gastos que demandaban las fortificaciones, fue gracias a la dadivosidad de algunos amigos pudientes, entre los cuales el comandante de guardias nacionales Federico Aberastury, también estanciero, fue quien efectuara los aportes más considerables. *"Ruda tarea"* la suya, le escribe al P. Ereño el 19/VI/1864, que hacía quince meses había asumido costándole "grandes disgustos"; desea la paz, pero no efímera como la del 51, fuente de un cúmulo de males; y nada espera de la Argentina y del Brasil, pues —dice— las tradiciones de esos gobiernos nos aleccionan terriblemente; *"pero nuestros amigos de Entre Ríos, ¿permanecerán impasibles ante la invasión de Flores y el Brasil?"*.

En carta del 3 de agosto se lo dirá al propio Urquiza. Empieza por expresarle su resolución: *"Esté seguro, mi querido amigo, que no he de ceder una línea"*; aunque sólo tengo 300 hombres —agrega— *"con ellos pienso sepultarme en las ruinas de esta ciudad, antes de*

ver deshonrado el Pabellón de esta pobre Patria". Y después: *"El pueblo de Entre Ríos a cuyo frente indudablemente está V.E. no ha de mirar impasible que sus hermanos orientales luchen solos y a muerte con los soldados esclavos de un Imperio que pretende sojuzgarnos [...]. Hoy sucumbirá el pueblo oriental y mañana una lucha sangrienta del pueblo argentino hará correr la sangre de sus hijos a torrentes, lo que no sucedería así si el pueblo argentino y el oriental se reúnen, como debe ser, y por ello expresen olvidar las pasiones de partido"*. Pero Urquiza optará por la paz, abandonando a Leandro Gómez a su suerte, como había hecho Ramírez con Artigas.

La situación de estrechez material no fue el inconveniente mayor padecido en el penoso invierno del 64. Lo realmente grave fue la actitud que adoptaron entonces los gobiernos de Argentina y el Brasil. A la "neutralidad" oficial, a la ayuda más o menos solapada que se hacía llegar a los revolucionarios, sucedió en efecto una franca actitud de apoyo. El 6 de mayo llegaba a Montevideo el consejero Saraiva. Ya no se trataba solamente de la presión fronteriza de Netto y Canavarro; ya no eran únicamente los intereses de los riograndenses los que se intentaba defender: ahora era el Imperio el que hacía suyas las reclamaciones interpuestas por el propio Souza Netto en Río de Janeiro, en donde urgió que se tomasen medidas correctivas. Los socorridos "63 casos" de "atropellos" a brasileños ocurridos en 12 años, y que se denunciaban como motivo principal, no pasaban de ser un ridículo pretexto. El propio vicecónsul brasileño en Paysandú, en ese mismo mes de mayo, reconocía en nota dirigida a Pinilla que *"el proceder de esa jefatura para con los brasileños ha sido siempre regulado en justicia"*, no existiendo "quejas graves que hacer ante la autoridad". Lo mismo expresaron otros vicecónsules, y podían haber agregado alabanzas a la paciencia con que se toleraban excesos de algunos brasileños que abusaban de la prudente complacencia oriental.

El cambio de actitud imperial tenía su explicación: la presión de la diplomacia argentina, la visita en marzo del 64 del ministro José Mármol a Río, según informaba el ministro Elizalde al ministro inglés en Buenos Aires, llevando instrucciones de averiguar hasta cuándo iban a tolerarse los "serios perjuicios" que "las conmociones intestinas" del Uruguay causaban a "los numerosos residentes argentinos y brasileños", y "si sería posible llegar a un arreglo con el gobierno brasileño para una acción encaminada a poner fin al desorden existente en la República Oriental mediante el ejercicio de su influencia,

o, si fuese necesario, mediante la fuerza". Será el propio Marmel quien, años después, escribirá que "la alianza con el Brasil no proviene de abril de 1865, sino de mayo del '64". Y tan era así, que no fue sólo Saraiva quien se apareció, sino que en los mismos días, sin más dilaciones, la escuadra brasileña del vice-almirante Barón de Tamandaré entraba en el Río de la Plata, y los ejércitos de Netto y Mena Barreto se arrimaban significativamente a la frontera.

Por debajo de los pretextos invocados, operaban sin duda motivos más profundos: aquellos propósitos anexionistas de vieja data que, para guardar las apariencias, los llevaban a aprovechar los litigios internos de nuestro país, en acciones que, como explica el general brasileño Bormann, pretendían no ser sino "guerras de intervención", "a favor de un partido", pero no contra la nación. Paralelamente, la intervención argentina, nacida también del cálculo y de la necesidad, se tenía que contraponer a lo que pudo ser anexión lisa y llana de parte del Brasil. Y el acuerdo diplomático buscado tendía a impedir, según ya vimos, que la influencia de uno u otro país predominara con exceso. Todo induce a pensar que Flores no deliberó muy a fondo una ayuda de carácter nacional, un conflicto de países que menoscabara nuestra soberanía; esperaba solamente lo que en un principio consiguió: es decir, el aporte indispensable, la ayuda en hombres y pertrechos, y la consolidación de su poder una vez establecido en el Gobierno. Pero los acontecimientos fueron irremisiblemente más allá, y Flores no podía desaprovechar sus consecuencias. Argentina y Brasil no podían quedar atrás uno de otro, y así fue que la revolución de Flores se convirtió en una lucha entre naciones. El caudillo colorado no fue entonces sino un instrumento que les sirvió a los dos países para determinar un cambio en la política oriental, eliminando un gobierno que les era reacio. Para Mitre, era indispensable eliminar todo posible brote de federalismo, todo vestigio de oposición que evocara, aunque fuera de lejos, la memoria de Artigas y de su insobornable autonomismo. En ese sentido, Uruguay y Paraguay eran igualmente los enemigos natos. Pacificado el frente interno con la neutralización de Urquiza, la batalla debía dirimirse en esos dos países vecinos que pretendían escapar a su influencia. No corresponde aquí ahondar en tales problemas, ni aludir a las derivaciones a que dieron lugar, tales como la Triple Alianza contra el Paraguay y, al fin de cuentas, la preservación de nuestra independencia. No es creíble que lo acontecido haya entrado en las previsiones de Flores ni de nadie. Pero limitemonos ahora a nuestro tema, del que sólo hemos salido un instante a fin de señalar los factores que gravitaron en el desarrollo de una revolución que estaba ya por entrar en su fase decisiva.

La misión Saraiva dio lugar a breve tregua y a negociaciones que no podían conducir a ninguna solución. Inútilmente nuestro canciller Juan José de Herrera rebatió punto por punto las reclamaciones del Brasil. Los dados estaban echados. Tampoco se logró la participación del Paraguay, cuyo gobierno apenas si pudo insinuar una ayuda que mucho se esperó, pero que finalmente no se concretó. La intervención brasileña fue tomando entonces un carácter cada vez más apremiante. El 4 de agosto, luego de un corto viaje a Buenos Aires, Saraiva presenta un ultimatum al gobierno oriental. Formulado en estilo arrogante, daba un plazo de tres días para que se acordaran las satisfacciones exigidas, pasados los cuales "el ejército brasileño estacionado en la frontera recibiría orden para proceder a represalias". Aguirre devolvió la nota por improcedente, y Saraiva comunicó entonces que se impartirían órdenes de inmediato a Tamandaré y al ejército de la frontera para que tomaran a su cargo la protección de sus connacionales. Por su parte Flores, luego de apoyar la actitud imperial, intensificaba sus operaciones.

Elizalde y Saraiva firmaban el 22 de agosto un protocolo por el cual se daba al Brasil atribuciones para intervenir en nuestros asuntos internos. El clima de guerra subió de punto. Asambleas multitudinarias llevadas a cabo en Montevideo culminaron en votos de unión nacional y de lucha contra el invasor. Tres mil asistentes a la concentración efectuada en el Teatro Solís aprobaron por aclamación la unificación de los dos grandes grupos en que estaba dividido el Partido Nacional. Tomando la bandera de Artigas como emblema, los oradores proclamaron la necesidad de "unirse como un solo hombre", unión que tendría que abarcar a todos los orientales. Terminado el acto, una gran columna de manifestantes se dirigió hacia el domicilio de Aguirre, en donde se expresó a viva voz el deseo general de que se procediese con toda decisión y energía. El Presidente, asomado al balcón, prometió actuar con la energía que correspondía a la gravedad de las circunstancias. Se enviaron representantes al Paraguay. Se recurrió a los servicios del general argentino Saa, cuyo nombre verdadero era Shaw, pero que era más conocido como "Lanza Seca", a raíz de un famoso parte en el que anunciaba haber corrido al enemigo "a lanza seca". Dicha elección estuvo lejos de ser un acierto. Y vino a culminar la serie de errores que se cometieran al designar para el mando general, primero a Servando Gómez, que ya no era el capitán alerta y combativo de cuarenta años atrás; después a Lucas Moreno, peor que peor; luego otra vez a Servando Gómez con Anacleto Medina, desplazándose al poco tiempo a Medina, el único realmente útil, para terminar con el irascible Saa, que ni siquiera contaba con la buena voluntad de muchos jefes orientales.

CAPITULO VII

EL SEGUNDO SITIO

Siete mil soldados brasileños se aprestaban entre tanto a invadir por el norte, mientras la escuadra de Tamandaré remontaba el Uruguay. Dicha invasión enfervorizó a una opinión oriental que hasta entonces se manifestara tibiamente. No fue por azar que un periódico estudiantil se titulara "Artigas"; Artigas —decían— es el "símbolo del pensamiento que preside su fundación"; "el padre glorioso de esta independencia que amamos"; "Queremos la Patria como Artigas la concebía" —decía finalmente— "digna de su fundador"; eran casi los mismos términos, los mismos sentimientos e ideales, de Leandro Gómez.

Fue coincidencia, pero significativa, que el mismo día, 4 de agosto, en que Saraiva presentaba su ultimatum, Flores ocupaba Florida. La decisión de tomar la ofensiva se manifestaba de ese modo simultáneamente. Los siete jefes de Florida tomados prisioneros fueron fusilados. Irritado Flores por la muerte de su hijo Venancio, intentó justificar su conducta por "el silencio despreciativo con que se ha mirado la indicación que hice al Gobierno de hacer menos cruel la guerra"; "Nos llamaron cobardes, cuando fuimos tolerantes"; "empiecen pues a sentir la guerra". El espíritu de revancha, la sombra de Quinteros, empezaba a imponer sus duras consignas.

Leandro Gómez expresó su respuesta en una orden del día emitida el 25 de agosto: "*Debemos jurar en presencia de Dios y a la vista de nuestra patria amenazada morir mil veces luchando con extranjeros y traidores, sin mirar el número, antes de consentir que la libertad del pueblo oriental y su independencia sean pisoteadas*". Como escribía a B. Vidal, a Francisco Gómez, y a M. de Espina en esos días, él peleará "*hasta morir*" por "*conservar la Independencia*", "*hasta donde me ayude Dios*".

Desplazándose con rapidez, Flores se apoderó de Porongos y el 28 de agosto de Mercedes, cuyos defensores efectuaron una evacuación llena de dificultades, bajo el fuego enemigo y con mucha escasez de embarcaciones. Ante un pedido de auxilio del coronel Jeremías Olivera, Leandro Gómez debió resolver una situación difícil, por cuanto Tamandaré había ordenado que los dos barcos orientales, el General Artigas que estaba en Montevideo y el Villa del Salto en aguas del Río Uruguay, fueran desarmados e inmovilizados, procediendo además a bloquear los puertos de Salto y Paysandú, ante lo cual Leandro Gómez le hizo llegar una enérgica respuesta: "*El Comandante Militar del departamento de Paysandú no reconoce más autoridad que la del Presidente de la República y, firme en el cumplimiento de sus deberes, la fuerza material, la amenaza en fin, no le causa otro efecto que una profunda y firme indignación, y en este caso ni él ni las fuerzas a sus órdenes se arredrarán jamás*".

No pudo detenerlo entonces la presencia de tres cañoneras del Imperio; respaldado por el hecho de que aún no se habían roto las relaciones entre los dos países, ordenó al capitán español Tudurí que acudiera en auxilio de la guarnición mercedaria, con la expresa recomendación de "*salvar a todo trance la bandera de la patria que Ud. ha tomado por suya*"; "*¡Fuego contra los infames que nos quieren humillar! Fuego, y si es necesario morir, nunca lo haría Ud. con más gloria*"; "*en el último caso, pegue fuego al buque antes de verlo presa de los enemigos*", actitud que el ministro de Guerra, entonces su hermano Andrés, aprobó en todos sus términos.

Cumpliendo lo ordenado, el Villa del Salto navegó hacia el sur hasta llegar a las bocas del Río Negro, recogió a varios integrantes de la guarnición de Mercedes que venían en pequeñas embarcaciones, desoyendo la orden de detenerse de una cañonera brasileña, la que además efectuó un cañonazo intimidatorio. El capitán brasileño Pereira Pinto se dirigió entonces a Paysandú el día 27, desde donde envió una solicitud a Leandro Gómez para que el Villa del Salto quedara fondeado en dicho puerto, comprometiéndose en tal caso a no hostilizarlo. Gómez contestó al día siguiente aceptando la propuesta, aunque se negó a acudir a una entrevista que le pidiera Pereira Pinto, enviándole en cambio una nota que, según el capitán brasileño, estaba "*redactada en términos inconvenientes y altamente provocativos*".

A pesar de que Tudurí recibió órdenes de Gómez de cumplir lo dispuesto, el capitán español optó por seguir de largo rumbo al norte, yendo finalmente a buscar refugio en el puerto argentino de Concepción; no cumplió de esa manera lo pactado, lo que Pereira atribuyó equivocadamente a informalidad de Leandro Gómez, quien, en

realidad, estaba indignado ante el desacato de Tudurí, enviando de inmediato al capitán de guardias nacionales Pedro Ribero con catorce hombres para que se hiciera cargo de la embarcación y la trajera a Paysandú. Ribero cumplió con lo ordenado, y el día 6 de setiembre pudo salir de Concepción al mando del barco. Al día siguiente, aniversario del Grito de Ipiranga, se cruzó con dos cañoneras brasileñas, las que abrieron amenazadoramente sus portales dejando los cañones a la vista. Ribero hizo formar su gente, mandó clavar un pabellón patrio en la popa y otros dos en los mástiles y, aprovechando que el río estaba crecido, pasó por aguas argentinas entre las cañoneras y la costa, con lo que evitó que lo cañonearan, inhibidos los brasileños ante la eventualidad de un conflicto con la Argentina. La gente de Ribero venía encaramada en las jarcias con las espadas y machetes desenvainados, gritando clamorosos vivas al Presidente de la República y al pabellón oriental, e insultantes mueras a "los macacos rabudos, esclavos del Emperador del Brasil".

No fue tan fácil la continuación aguas abajo: la cañonera Jaquinhonha, apostada a una legua de Paysandú les lanzó un disparo a bala rasa, contestando el Villa del Salto con metralla y fuego de fusilería. El barco brasileño les lanzó entonces cinco cañonazos, y el Villa del Salto, que por disponer de un solo cañón fijo no podía responder, debió virar y dirigirse a Paysandú, embicando en un bajo junto al puerto cuando era ya la una de la tarde. Aunque las tres cañoneras imperiales, embanderadas en arco como festejo por la fecha, estaban cerca, Ribero pudo desembarcar la tripulación, la artillería y el bagaje, así como las tres banderas, tras lo cual procedió a incendiar el barco, ante la actitud pasiva de los barcos enemigos, que siguieron viaje al sur hasta la boca del Sacra. Leandro Gómez, mientras tanto, enviaba a Aberastury con su batallón a proteger a los expedicionarios y a defender el barco en caso necesario.

El regreso fue triunfal. Se homenajeó en la plaza al "bravo y patriota oriental Pedro Ribero", cuyo valor y "serenidad ejemplar" ensalzó Leandro Gómez en un "bello discurso" destinado a exaltar el "comportamiento heroico de los hijos de nuestra amada patria", que habían desafiado el poderío imperial con lo que no era sino una cáscara de nuez, trayendo en sus hombros las banderas indemnes, las que fueron solemnemente depositadas en la Comandancia General. En una breve misiva enviada al cura Ereño, párroco de Concepción, gran amigo y correligionario, expresaba Leandro Gómez sus sentimientos acerca del heroico episodio con real emoción: "*Le escribo a Ud. llorando de gozo y de orgullo*"; "*Ya no existe el Villa del Salto, pero hemos salvado el honor de la bandera*".

Testigos de aquellos ruidosos festejos fueron también las fuerzas de Flores, que el día anterior, 6 de setiembre, habían restablecido el sitio a la ciudad, aunque manteniéndose a una legua de distancia, sobre el arroyo Sacra. Frente a su campamento, en el Río Uruguay, los barcos argentinos 25 de Mayo y Salto desembarcaban pertrechos bélicos, entre ellos dos cañones rayados de regular calibre. Flores aprovechó esa situación para ponerse al habla con Pereira Pinto, a quien hizo llegar su ofrecimiento para "todo aquello que pudiera llenar la necesidad de la fuerza naval a su mando". Aunque sin declaración de guerra, y conservándose las formas protocolares de rigor, Brasil y Argentina intervenían abiertamente desde entonces en apoyo de las fuerzas revolucionarias. Así lo expresaba Pereira Pinto en su contestación a Flores, en la que revelaba tener instrucciones de Tamandaré para proteger muy especialmente a quienes habían demostrado simpatía hacia los brasileños, "tales como los que rodean al Sr. General".

Pocas horas antes de que Flores iniciara el asedio, llegaban a Paysandú 200 hombres de la guarnición fugitiva de Mercedes, a los que había precedido su jefe el comandante Juan M. Braga. "*El infatigable Cnel. Gómez —escribía un corresponsal anónimo— es un patriota benemérito que se hace cada día más recomendable por su actividad, decisión y probado valor; los soldados de esta guarnición lo quieren más cada día, lo mismo que los de Mercedes, a los cuales ha tratado como a hijos*". En una proclama del 8 de setiembre, Gómez, luego de anunciar "*gloria inmortal al valiente capitán don Pedro Ribero*", se dirige a quienes llama "*hermanos y amigos*", exhortándolos a combatir al "*asesino y traidor Flores y sus hordas que, siervos del infame gabinete brasileño, se han mostrado hoy alrededor de este heroico pueblo*". "*En vuestras hermosas frentes leo independencia, instituciones o muerte. Nada os pido, porque cada uno está en su puesto*".

Al comunicar al ministro de Guerra que Flores había iniciado el sitio y que el puerto de Paysandú estaba ocupado por la escuadrilla brasileña, Leandro Gómez describía su actitud en términos radicales de vida o muerte, única alternativa que podía concebir para sus ideales de patria y libertad: "*Una tumba existe en esta heroica ciudad abierta por la mano de sus defensores y en la que han de caer el asesino traidor Flores y sus hordas, o en ella han de bajar cubiertos de gloria los soldados que defienden la independencia nacional a mis órdenes, puesto que la lucha que ha de tener lugar ha de ser a muerte necesariamente*": insuperable expresión de su casi delirante patriotismo, en la que identifica vida y conducta al punto que, de no poder ser así, la muerte se convierte para él en una "necesidad".

El asedio de Flores dio lugar en aquel mes de setiembre a diversas escaramuzas en las que cupo en general la iniciativa a los sitiados, manteniéndose expectantes los sitiadores, a pesar de contar con un ejército de 2.500 hombres, con el refuerzo en armas y pertrechos que le procuraban los barcos argentinos y brasileños. El día 20, una compañía de 150 hombres de caballería y cien infantes hicieron una salida sorpresiva a las dos de la tarde, atacando a las vanguardias enemigas que estaban al otro lado del Sacra, a las que despojaron de sesenta caballos, así como de armas, aperos y bagajes, luego de causarles varios muertos y heridos.

Al día siguiente, 21 de setiembre, el propio Gómez salió a campo abierto al frente de 400 infantes y 200 de caballería, con dos piezas de artillería, mientras Pinilla quedaba con 300 hombres defendiendo la ciudad. Fue un desafío formal, y a pesar de que llevaba fuerzas muy inferiores a las de Flores, no logró que éste se decidiera a combatir. Los sanduceros formaron en orden de batalla al norte del Sacra, frente por frente al enemigo, con Aberastury al centro, Estomba a la izquierda y a la derecha Massaroti junto con el coronel Raña. La caballería era mandada por Leandro Gómez, y la infantería por el mayor Estomba. Gómez les dirigió una entusiasta arenga, la que fue respondida con vítores y aclamaciones. Los floristas llegaron a formar línea y el combate pareció inminente, pero se mantuvieron a tiro de cañón durante más de cuatro horas, sin adelantar sino algunas guerrillas que fueron rechazadas. *"Entonces —dice Leandro Gómez en su parte— hice desfilar mi columna, y me retiré a la ciudad, desengañado de que el asesino Flores no era capaz de tratarse con los defensores de la Independencia Nacional cuando forman la resolución que yo había tomado de batirme a muerte con ellos"*. Al oscurecer, Flores levantó por su parte el campo, y se alejó algo, tal vez en previsión de una sorpresa, amaneciendo al norte de Paysandú, en la cuchilla San Francisco.

Llegó en esos días la noticia de una victoria obtenida por el Cnel. Rafael Rodríguez en Don Esteban, cerca del Río Negro, sobre Máximo Pérez, que se había acercado con 400 hombres. En la Orden General con que el 24 de setiembre comunica esa victoria, termina Gómez destacando que los vencedores habían demostrado *"el valor heroico, el valor sublime de los hijos del inmortal Artigas, fundador de la Nacionalidad Oriental"*. *"Constancia, valientes hijos de Artigas"*, dice en otra frase. En aquellas invocaciones, el gran artiguista que era Leandro Gómez sentía revivir la gesta de cuatro años, del 16 al 20, en la que el Jefe de los Orientales debió luchar contra el invasor nortño y el centralismo bonaerense. Las circunstancias ofrecían demasiado paralelismo como para no sentirse continuador de la misma empresa, y como para

no ver en Flores, no únicamente al enemigo, sino al "traidor", pues era la gloriosa tradición de Artigas la que sentía que Flores estaba traicionando. La ayuda que le prestaban las cañoneras brasileñas enviando lanchas armadas al arroyo San Francisco, era así, como lo expresaba en su comunicado del día 27, un *"ultraje a nuestra nacionalidad"*, un *"escándalo inaudito"*; que *"llevaba por objeto proteger y amparar al asesino y traidor Flores y sus hordas, auxiliarlas con municiones, vestuarios y recibir carne diariamente de las haciendas que mandaban robar a aquél"*. *"Sin ese auxilio, ese traidor ya hubiera sucumbido"*, y ese auxilio —termina diciendo— *"algún día ha de emponzoñar al Imperio Brasileño"*.

El sitio de setiembre no duró sino quince días. La salida de Leandro Gómez el día 21 tuvo la virtud de mostrar que Paysandú disponía de efectivos y de espíritu suficientes como para que la empresa de apoderarse de la ciudad pareciera demasiado difícil. Enterado además de que Servando Gómez volvía a acercarse a Paysandú, Flores resolvió un día levantar el sitio y efectuar una nueva incursión por el sur, para aparecerse a mediados de octubre en el Cerrito al frente de 1.500 hombres. El alejamiento del jefe colorado dio lugar a una nueva proclama de Leandro Gómez: *"A la vista de vuestras lanzas y bayonetas no han hecho otra cosa que dar la espalda cual la han dado ante vosotros siempre los traidores y cobardes."* *"El desafío a muerte a que los habéis provocado el día 21, ha sido bastante para desanimar al vil asesino de Florida, pues que sólo un pueblo indefenso e inerme era capaz de avasallar"*. Y termina diciendo: *"Mientras tanto, envainad vuestras espadas, poned en pabellón vuestros fusiles, y aceptad del coronel Gómez una sonrisa de cariño, una demostración más del profundo afecto que os profesa"*.

La tregua que significó para Paysandú el alejamiento de los revolucionarios, no desvaneció sin embargo la intranquilidad que suponía la actitud agresiva de los dos países vecinos, pues si bien no se había pronunciado ninguna declaración de guerra, la situación de la ciudad, expuesta a hostilidades, que ya se hacían sentir, bloqueada como lo estaba por la escuadra brasileña, y las dificultades que suponía la llegada de algún socorro desde el sur, obligaba a permanecer en constante pie de guerra, prontos para cualquier contingencia. En carta del 11 de octubre a su hermano Francisco, le dice: *"a mí me encontrarán en mi puesto hasta morir"*.

En ese mes de octubre, los conflictos con el Comando del Litoral establecido en Salto y con su titular Dionisio Trillo, resurgieron con particular intensidad. Alegaba el comandante Trillo que la ayuda inconsulta que se prestaba a Paysandú desde Montevideo vulneraba sus

derechos propios, como responsable principal de la región. Pero pese a las fundamentadas exposiciones que elevara ante el ministro de Guerra, general Andrés Gómez, éste no solamente aprobó lo actuado por su hermano Leandro, sino que acusó a Trillo de indolencia y descuido de sus obligaciones, en lo que pudo ser una consecuencia de su precario estado de salud. El conflicto quedó resuelto el 1º de noviembre, al resolverse la destitución de Trillo y al designarse en su lugar a Leandro Gómez como Comandante del Litoral, asignándose la jefatura de Salto, poco después, al coronel José Gabriel Palomeque.

En esos mismos días, el 20 de setiembre, se concretaba en Puntas del Rosario el convenio firmado por Flores y Tamandaré. La alianza militar era así un hecho concreto. A los 2.500 hombres con que había llegado a contar Flores se agregaban los 7.000, de los cuales 2.500 de caballería con doce baterías de campaña, que tenía listos en la frontera el mariscal Mena Barreto; y estaban además, navegando ya en nuestras aguas jurisdiccionales, las doce naves de guerra de Tamandaré. El gobierno oriental, por su parte, disponía de los 1.500 hombres que mandaba Lanza Seca al sur del Río Negro, los 2.500 de la guarnición de Montevideo, los mil de Leandro Gómez en Salto y Paysandú, y las pequeñas guarniciones que guardaban otros pueblos. El ataque al Villa del Salto del 4 de setiembre, demostraba que no se consideraba necesaria una declaración formal de guerra. La respuesta de Aguirre, al enviar su pasaporte al ministro Loureiro, y al desconocerles representación a los cónsules brasileños, no hacía sino confirmar la situación de hecho.



EMILIO RANA

CAPITULO VIII

PAYSANDU BLOQUEADA POR LA ESCUADRA BRASILEÑA

La primera providencia adoptada por Leandro Gómez como Comandante del norte del Río Negro, fue estrechar relaciones con los comandantes y oficiales de dos cañoneras inglesas surtas frente a Paysandú, a las que invitó a un almuerzo, pronunciándose en dicha ocasión discursos alusivos a las circunstancias. Intentaba de ese modo atenuar y contrarrestar el opresivo control que imponía a la ciudad la escuadrilla brasileña. La respuesta de Tamandaré no se hizo esperar. Cuatro días después del referido banquete, uno de los oficiales brasileños hacía conocer a la comandancia militar de Salto la orden impartida por Tamandaré, imponiendo el bloqueo a dicho puerto y al de Paysandú, bloqueo que empezó ese mismo día por medio de seis cañoneras. La comunicación enviada entonces por Leandro Gómez al Ministro rebosa de indignación contra una orden que —decía— *"viola de una manera atroz las disposiciones generales de todos los países cultos del globo"*, *"acto de piratería"* al cual contestó en su carácter de Jefe Superior del Norte, expresando: *"no puedo consentir"* (al comandante brasileño) *que entre en este puerto después de los hechos inauditos de las fuerzas imperiales de mar y tierra"*, ni que fondeen cerca de la costa, pues si lo hiciera quedaría expuesto a un ataque repentino que el Gobierno no podría excusar. En la extensa y enérgica nota que dirigiera a Tamandaré, le advierte que con el bloqueo estaba perjudicando intereses particulares de extranjeros, a quienes el comandante brasileño diera un plazo de doce días para abandonar el puerto con sus barcos. Le señala Leandro Gómez que dicha *"impertinente intimación"* correspondía hacerla a los representantes extranjeros destacados en la capital, y que en el ínterin, él garantizaba todo comercio *"haciendo uso de todos los medios de que puedo disponer"*. Alude asimismo a *"la vandálica e inicua violación del territorio de esta"*

república" que se estaba efectuando en Cerro Largo, so pretexto de reclamaciones "calumniosas". "Así, pues, Sr. Comandante, tengo que prevenir a Ud. que rechazo ese inicuo bloqueo [...] secundando las miras del gobierno imperial, cuyas tradiciones están grabadas con letras de sangre en el pecho de los orientales, que han jurado morir mil veces antes que consentir ver ultrajada la dignidad de su país y atacada su independencia". Era el espíritu de Artigas el que así revivía en toda su patética grandeza. Sin atenuar un solo sentimiento, agrega que adoptó la "firme resolución" de impedir todo bloqueo, responsabilizando a los brasileños por "la sangre que tal vez pueda correr", como expresión de "la indignación pública, tanto de nacionales como de extranjeros", que se pronunciará "de una manera terrible" contra "el acto injusto" de la armada imperial "que bien pudiera su gobierno ocupar en acciones más honorables".

Al mismo tiempo, durante una breve visita al Salto, difundía una vibrante proclama en su carácter de Comandante General que empezaba con las siguientes frases:

"¡Soldados del norte del Río Negro! ¡Defensores de la Independencia Nacional!

Yo lo estáis viendo; las aguas del Uruguay en este puerto y en el de Paysandú, se encuentran en este momento turbias por la presencia en ellas de las cañoneras del Imperio Brasileiro."

Denunciaba después los propósitos "de vasallaje y conquista con que pretende el Imperio dominar a la patria del inmortal Artigas; a la patria de esos héroes que la historia gloriosamente denomina ya con el dictado de los Treinta y Tres, y cuyos hijos somos nosotros: nosotros en cuyas venas circula la sangre altanera de nuestros antepasados y en cuyas frentes hemos escrito con esa misma sangre: INDEPENDENCIA O MUERTE".

Luego de extenderse en ardientes frases de exaltación patriótica y críticas al "inicuo Gobierno Brasileiro", termina diciendo:

"El Coronel Gómez manda al Norte del Río Negro y al Coronel Gómez no le domina otro pensamiento que la muerte o la Independencia Oriental, y ése es el vuestro, compañeros de armas, morir antes que ver a vuestros hijos y a vuestras mujeres ruborizadas con la asquerosa presencia de la soldadesca, constituida en vil instrumento de la dominación de ese infame gobierno."

Y finalmente: *"¡Guerra a muerte a los bárbaros que quieren dominarnos y a los viles y traidores sus aliados!"*

Señalaba así apasionadamente el comienzo de una nueva etapa, en una guerra que ya no era simplemente una contienda civil entre orientales, sino ahora una guerra internacional. No se limitaba a de-

fender la ley y las instituciones, sino la soberanía y la independencia nacional. La guerra civil y la personalidad de Venancio Flores quedaban relegadas ahora a un segundo plano, a una mera complicidad con los planes del Imperio.

Una circunstancia dolorosa se produjo entonces en Paysandú, en ausencia de Leandro Gómez: el 11 de noviembre, luego de breve enfermedad, fallecía el coronel Basilio Pinilla. "Todo el pueblo parecía estar de luto", escribía Rafael Hernández, "cada uno cree haber perdido un padre, un amigo". Al dictar su testamento días antes, "se había despedido de sus amigos y distribuido entre ellos todas sus alhajas y objetos de aprecio, acompañándolas de frases afectuosas y aún a veces, admirable parece, espirituales y picantes". Antes de morir oyó repicar las campanas y las salvas con que se celebraba la noticia de una derrota de Flores; pidió que se le dieran detalles, y lamentó no seguir viviendo para participar del triunfo de su causa. Ya casi a punto de expirar, formuló votos por la felicidad de su patria. Moría con él un hombre de notable personalidad, un gobernante progresista a quien Paysandú debía casi todos los adelantos alcanzados. En su lugar fue designado pocos días después como Jefe Político Pedro Ribero, de tan valiente comportamiento en el mando del Villa del Salto.

El bloqueo brasileño se hizo sentir en esos días con extraordinario rigor. De las naves extranjeras, sólo una logró salir de Paysandú, capitaneada por un español que zarpó izando el pabellón de su patria, y a quien los brasileños no se animaron a detener. El barco Río Uruguay, que solía establecer contacto con Salto, intentó hacer llegar a tierra correspondencia y pasajeros por la mala, no lográndolo sino una vez, pues a la siguiente fue interceptado por los sitiadores. El ministro Andrés Gómez hizo llegar a su hermano Leandro la aprobación de lo actuado: "El Gobierno, Señor Coronel, no puede menos que aplaudir con grata satisfacción, la actitud digna y enérgica, al mismo tiempo, en que V.S. se ha colocado"; agregaba que la prohibición de acercarse a los puertos orientales que hiciera llegar Leandro Gómez a los comandantes brasileños, les demostraría con elocuencia "la decisión con que estamos resueltos a rechazar la agresión injustificable que aquel gobierno hace a la soberanía e Independencia de la República".

El día 13 de noviembre, estando Leandro Gómez en Salto, en donde permaneció desde el 7 al 16 a fin de tomar todas las providencias necesarias para el caso de un ataque enemigo, expidió tres proclamas encabezadas por el lema "Independencia o Muerte". Por propia resolución, dicho lema debía encabezar todo escrito oficial y usarse como divisa de guerra en una cinta celeste. "Todo oriental desde la edad de 14 años para arriba" debía concurrir a la Comandancia de Armas de

Salto o Paysandú al toque de generala, siendo deber de todo oriental *"desenvainar una espada, cargar un fusil o empuñar una lanza, defender la Independencia Nacional y salvar su dignidad y con ella el honor de las familias de los habitantes del Estado"*. Si alguien no lo cumpliera, *"además de ser castigado discrecionalmente por la autoridad superior, se publicará su nombre por 30 días consecutivos con el negro dictado de infame y cobarde"*. También serían aceptados los servicios de *"todo vecino a quien sea simpática la Independencia del Pueblo Oriental"*.

En la tercera de sus proclamas del día 13, establece Leandro Gómez la prohibición de comunicarse con los buques brasileños *"sin algún motivo inocente y plenamente justificado"*. Quien infringiese lo mandado, reconocida sumariamente su identidad y la verdad del hecho, *"será inmediatamente pasado por las armas, y si fuese oriental llevará a la vez al sepulcro el infame dictado de Traidor a la Patria"*. Igual castigo correspondería a quien estableciere *"cualquier género de relación verbal o epistolar"* con Flores o con alguno de sus subordinados, o con cualquier fuerza brasileña *"que cometa la iniquidad de violar el territorio de la República"*.

Al regresar de Salto el día 16, Gómez dejó al Cnel. José G. Palomeque como comandante del departamento, con precisas instrucciones para la defensa del pueblo. El 23 fueron avistadas algunas partidas floristas en las cercanías. Volvían de una incursión relámpago a Montevideo, a donde habían sido conducidas por barcos brasileños, en lo que se consideró como una mera demostración de fuerza y de la limitación de medios de los efectivos gubernistas. Hubo algunas escaramuzas y algún disparo de cañón, pero el jefe revolucionario no intentó ninguna ofensiva formal contra Paysandú, tomando rumbo al Salto. Dispuso Leandro Gómez entonces la salida de Lucas Píriz, quien venía de ser designado por decreto presidencial Jefe de las caballerías pertenecientes a Salto, Paysandú y Tacuarembó. Flores salió al encuentro de Píriz con todas sus fuerzas, más de dos mil hombres, debiendo las caballerías sanduceras reintegrarse a Paysandú el día 27, sin haber logrado incorporarse a la guarnición de Salto, cuya situación era crítica. El riguroso bloqueo a que la sometían Flores y la escuadra imperial, determinó su total aislamiento, al igual que en Paysandú, donde no se recibían cartas, oficios ni periódicos desde hacía veinte días. Y gracias que el Gualaguay, barco "pirata", como le llamaban, lograba introducir algunas mercaderías al amparo del pabellón argentino o brasileño que izaba en tales casos.

Dispuesto a apoderarse de Salto, Flores hizo llegar una intimación perentoria el día 28, dando a Palomeque un plazo de cuatro ho-

ras para su rendición, ofreciendo garantías para la guarnición y pasaportes para jefes y oficialidad. Palomeque contestó que defendería el pueblo hasta morir envuelto en la bandera, pero ante un nuevo ultimatum convino en entregar la plaza, expresando que si bien tenía la convicción de que *"morir en el puesto es la honra más estimable que puede conquistarse sobre la tierra"*, padecía *"la desgracia de estar contrariado, guereado, hostilizado y aún notificado del bombardeo por poderes que no puedo resistir; y a esa razón obedezco, y obedezco no para salvarme, sino para salvar un pueblo manso que no merece ese sacrificio"*. Puso como única condición que se le concediera *"el pabellón oriental y todos los honores de la guerra"*, y que se ocupara la plaza después de ser evacuada.

En nota elevada desde Concordia, a donde fuera conducido por el barco argentino 25 de Mayo, Palomeque, que había salido de la ciudad envuelto en una bandera oriental, narraba lo sucedido al Ministro de Guerra: disponía solamente —dice— de 350 hombres contra 1.500 atacantes, que contaban con cuatro piezas gruesas de artillería, un buque con bandera nacional y tres cañoneras brasileñas. La primera propuesta de Flores había sido rechazada, conviniéndose luego la entrega tal como se ha dicho, pasando entonces a Concordia 200 soldados y 55 oficiales, *"además de los treinta que nos encontramos detenidos a bordo del 25 de Mayo"*. Flores había entrado en la plaza antes de ser evacuada, violando lo convenido. Palomeque llegó a Montevideo varios días después, solicitando ser juzgado por un Consejo de Guerra. Resulta indudable que Flores, enterado de que Mena Barreto ya había entrado por Cerro Largo, apuraba sus ofensivas, a fin de conservar para su movimiento un carácter lo más nacional posible. Y así fue que, apenas dueño de Salto, orientó sus esfuerzos contra Paysandú.

La entrega de Salto sin pelear provocó en Leandro Gómez una irreprímible indignación; tal como lo revela desde la primera frase de su proclama, que dice así: *"He recibido aviso de que el pueblo de Salto ha sido entregado al asesino traidor Flores sin disparar un tiro; el puñado de valientes que lo defendía ha sido traicionado indudablemente. Allí dejé a mi salida para esta ciudad un Jefe que responderá de su conducta. Sin embargo, debo decirles que si yo hubiese permanecido en el Salto, o el bravo coronel Píriz hubiese llegado a tiempo con su bizarra columna, aquel asesino traidor hubiera sido rechazado, pero mi presencia entre vosotros era necesaria; vine, y aquí me tenéis para pelear a vuestro frente contra aquel asesino y la horda de bandidos que lo acompaña"*.

"¡Soldados! Unidos a las fuerzas de este departamento las de Salto y Tacuarembó, mandadas por el valiente Cnel. Piriz y los bravos campeones López, Azambuya, Benítez, Orrego, etc., constituyen una falange que ha de regar con sangre de los traidores el baluarte sagrado que se llama Paysandú, en donde el estandarte de la Patria será sostenido con gloria, con dignidad, recordando al miserable que somos descendientes de aquellos grandes Orientales que nos entregaron la República libre e independiente, como la hemos de legar también a nuestros hijos, libre, independiente y sin mancilla".

Les recuerda luego "el santo amor a la Patria y el valor tradicional de los hijos del inmortal Artigas", evoca la hazaña del 8 de enero, cuando "un puñado de bravos entró a sangre y fuego en el puerto de esta ciudad por entre esas mismas hordas que huían despavoridas, y de esos mismos soldados vencedores que sois vosotros. Vosotros, a quienes miro con placer y a quienes contemplo con orgullo."

No hay duda que la rivalidad entre los guardias nacionales y el ejército regular fue factor importante en la caída de Salto. La ambigua referencia de Palomeque a su "desgracia de estar contrariado, guereado, hostilizado", alude inequívocamente a dichas disidencias. Una correspondencia anónima que transcriben Pons y Erausquin, expresa que "varios cantones hubieron de sublevarse contra el Cnel. Palomeque", y que "todos culpan a ese jefe y lo califican de flojo y cobarde". Algunos recordarán tal vez que bajo la presidencia de Pereira había sido militante colorado. Al aludir Leandro Gómez a "ese puñado de valientes" que había sido traicionado, formula una censura que parece excesiva; la inferioridad en efectivos y en recursos era demasiado grande como para que todo intento de defensa no significara un inútil derramamiento de sangre. Lepro dice con cierta verdad que el de Leandro Gómez era "otro sistema, otra tónica", pero esta expresión resulta sin embargo demasiado exigua para calificar su sentido de la heroicidad. En cuanto a la tentativa de ayuda de Piriz, las informaciones son contradictorias: según unas, Gómez le habría dado orden de regresar a Paysandú antes de que llegara a destino; según otras, las más creíbles, habría sido rechazado por las fuerzas de Flores, que triplicaban sus efectivos. Menos aceptable es la versión de que había regresado al encontrar ya ocupado Salto, pues Flores entró en la ciudad el 28, y en carta de Hernández a "La Reforma Pacífica" del 27 de noche informa: "El Cnel. Piriz se encuentra hoy aquí sin haber verificado su incorporación".

CAPITULO IX

LA PREPARACION DEL ASALTO DEFINITIVO

Debemos ahora referirnos al episodio que significa la culminación de la vida que estudiamos. Episodio en el que podríamos decir que se resume el significado de su vida, como expresión de virtudes personales que, elevadas a un nivel excepcional, se convierten por ello mismo en paradigma universal, en una circunstancia histórica valiosa de por sí, sin que importen mayormente los procesos sociales y políticos que condicionaran su manifestación. El objetivo principal de la historia, es cierto, es el proceso cumplido por ciertos contenidos, pero sería despojarla de su validez humana reducirla a ideología o a un sistema imperturbable de antecedentes materiales, económicos o de cualquier otra índole. Error opuesto sería explicar los acontecimientos por la incidencia de personalidades, o héroes, naciendo y actuando como por obra de un ensalmo. Nuestra posición es más modesta, para quien pueda creer en la posibilidad de explicaciones "científicas", pero es más ambiciosa como expresión de confianza en los poderes transfiguradores de la presencia humana. Y el caso de Leandro Gómez es a ese respecto de una deslumbrante elocuencia; no fue un hacedor de historia, sino a lo sumo un sufridor consciente; más que una acción, fue lo suyo una pasión. Escribir su vida, equivale así a revalidar las mejores de nuestras expectativas. Nadie podría decir hasta qué punto actuó como correspondía, o si sus virtudes brillaron gracias a la ausencia de otras asimismo necesarias. Pero lo que podemos afirmar con total convicción, es que nos mostró con su vida, con sus palabras y con su muerte, ese extremo de entrega y sacrificio cuya validez como total rebasa toda contingencia y sugiere normas de por sí incuestionables. Al vivir su momento en toda su más urgente exigencia, vivió así un momento nunca clausurado; al confundir en una sola su vocación de vida y su vocación de muerte, nos enseñó el camino que conduce a la inmortalidad. Repetimos: no es la exaltación de un personaje,

ni la de un partido, ni la de una posición, lo que estamos intentando; pero sí la exaltación de una posibilidad suprema de lo humano. La vida es ciertamente complicada, y es de otras fuentes que debemos recoger otros motivos de inspiración, tal vez contradictorios en algunos aspectos con los aquí expuestos. Pero esas consideraciones irían más allá de las que corresponden a la naturaleza especial de este trabajo, escrito, por otra parte, en total sumisión a cuanto se conoce objetivamente sobre el tema que desarrollamos.

La caída de Salto, la proximidad de Flores, el bloqueo de Tamandaré y la invasión del ejército de Mena Barreto, convirtieron a Paysandú en el centro en donde debían converger inexorablemente las amenazas consiguientes. Se intensificó en consecuencia la fortificación de la ciudad, o, mejor dicho, del recinto de catorce manzanas que ya hemos descripto como reducto elegido para la última defensa. Se perfeccionó el perímetro de trincheras, agregando parapetos de tablas clavadas sobre postes; se abrieron más troneras para los fusiles en muros y tapias; se agregaron fardos de lana en algunas aberturas; se distribuyeron fusiles, muchos de fulminante, otros muy anticuados, municiones y demás pertrechos; se distribuyeron las responsabilidades entre jefes, auxiliares y departamentos auxiliares, de víveres y de asistencia a los heridos. La población extranjera, sobre todo los argentinos, se había retirado ya en su gran mayoría de las casas situadas fuera o dentro del recinto.

La guarnición de Paysandú se componía de 742 hombres de milicia, a los que se sumó el piquete que vino de Mercedes con su comandante, el jefe político de Soriano Juan María Braga, la caballería del Cnel. Lucas Píriz, un destacamento de Salto, los cien urbanos de Paysandú al mando del Cnel. Tristán Azambuya y la legión argentina del mayor Rojas, totalizándose 1.080 defensores aproximadamente, incluidos sus diez jefes y 81 oficiales. Los jefes principales del Estado Mayor eran los sargentos mayores Larravide y Torcuato González y el jefe político y comandante de los GG.NN. Pedro Ribero. Mandaba la artillería el capitán Federico Fernández, fiel servidor del gobierno aunque era colorado; la infantería, el teniente coronel Estomba; el batallón de GG.NN., el comandante Federico Aberastury, y la caballería, el Cnel. Emilio Raña.

Todos los testimonios coinciden en afirmar la disciplina y el entusiasmo que había infundido Leandro Gómez "con el espíritu incansable que lo distinguía". Nunca se registró un desacato; al contrario: apenas se requerían voluntarios para alguna empresa peligrosa, todos se ofrecían sin vacilaciones, muy en particular los guardias nacionales, "brazo fuerte y consciente de aquella memorable defensa". No ha-

bía necesidad de las guardias que se acostumbran en previsión de deserciones en las que nadie pensaba, aún en los peores momentos del sitio. El compañerismo unía a todos en una unidad indestructible, ayudándose unos a otros ante cualquier contingencia.

La artillería no podía ser más precaria: ocho piezas antiguas, incluyendo las dos colizas de hierro del Villa del Salto, piezas recompuertas a la buena de Dios, con montajes improvisados. El primer día quedaron inútiles casi todas: unas reventaron; otras rompieron las cureñas al graduarse mal los retrocesos y quedaron con las ruedas para arriba. Tres de ellas, dos piezas antiguas de calibre 8 y una de 6, se habían colocado en lo alto del Baluarte de la Ley bajo el control directo de Braga.

Las fuerzas sitiadoras fueron en un principio los tres mil o más hombres de Flores apostados hacia el este y al sur, a orillas del Salto, con cuatro cañones rayados, de los más modernos de entonces, los 500 brasileños de Neto, a los que se agregarían posteriormente los ocho o nueve mil de Mena Barreto, con sus cuarenta cañones, fuerzas que se situarán hacia el norte, junto al San Francisco, y los 600 componentes del batallón de desembarco, apoyados por seis naves mayores y otras de menor porte, y algunos vapores de ruedas armados en guerra, disponiendo todos de abundante artillería de largo alcance, entre ellos el Recife, buque insignia desde donde dirigía Tamandaré. Junto a ellos, algunos barcos que oficiaban de espectadores, como la fragata francesa "Decidée", una corbeta española y otra italiana y dos buques de guerra argentinos, el 25 de Mayo y el Guardia Nacional, a cargo del almirante Muratore.

Frente a la ciudad, algo al norte, junto a la costa argentina, hay una isla entrerriana de unos tres kilómetros de largo, que empezó a conocerse desde entonces como "de la Caridad", y en donde se habían refugiado varias familias, las más argentinas, antes de iniciarse el sitio final.

En cuanto al comando general de las fuerzas defensoras, después de caer Salto Leandro Gómez reunió a los jefes y propuso para dicha responsabilidad al Cnel. Lucas Píriz, por ser el más antiguo y por sus conocimientos de estrategia. Ni que decir que Píriz se opuso, aduciendo que la obra ya realizada en la organización defensiva por Leandro Gómez imponía que fuera reconocido como jefe; le prometió total obediencia y agregó: "Si llegan a flaquear mis fuerzas, desde ya autorizo al Cnel. Gómez a que me haga levantar la tapa de los sesos", palabras que le valieron una aclamación general. Al aceptar el cargo máximo, Leandro Gómez reclamó entonces que, de no cumplir con su deber, hicieran con él lo mismo que reclamara Lucas

Píriz. Se infundió así, desde el comienzo de las acciones, el sentimiento de que la muerte era un destino inscripto dentro de la situación, y que por sobre todo, vivos o muertos, estaba la dignidad de la conducta.



Fotografía de
Leandro Gómez

CAPITULO X

EL TERCER SITIO DE PAYSANDU

El primer día de diciembre los defensores de la plaza vieron asomar por las lomas del horizonte las siluetas de algunos jinetes avanzando lentamente. Pronto se advirtió que se trataba de las vanguardias del ejército de Flores, el que fue tomando posiciones junto al Sacara. Por tercera vez —la primera había sido en diciembre del 63, y la segunda en setiembre del 64— se ponía sitio a la ciudad. A nadie cabía dudas que esta vez se intentaría el asalto definitivo. Y Leandro Gómez sabía mejor que nadie que empezaban días de muerte y destrucción. Como expresara en su proclama, nada pedía a sus hombres, en quienes reconocía *"el valor tradicional de los hijos del inmortal Artigas"*.

Adoptó de inmediato las providencias más urgentes. Distribuyó la guarnición en cuatro cantones, Este, Oeste, Norte y Sur, cuyos jefes serían respectivamente Raña, Ribero, Aberastury y Azambuya, todos ellos bajo la supervisión directa de Lucas Píriz. Determinó la ubicación de los cañones, tres en el Baluarte de la Ley, y los otros cinco en distintas bocacalles, dos de ellos en la que desembocaba junto a la iglesia nueva. Su cuartel general lo estableció en la Azotea de Paredes, ángulo nordeste de la plaza, cercano al Baluarte. Pero lo más del tiempo lo dedicaba a recorrer el recinto, atendiendo todos los sectores, asistiendo heridos y moribundos, tomando y ordenando providencias. Se le veía siempre de casaca punzó, con una banda celeste en diagonal y pantalones blancos.

Al grito de "¡Ejército a la vista!" lanzado por el vigía del Baluarte, sube Gómez, a quien Braga cede el catalejo. La esperada realidad aparece entonces a su vista. Miles de hombres aguerridos, aunque de aspecto heterogéneo, se distinguían al este y al sur de la ciudad. Los primeros días sólo hubo algunos disparos aislados de fusi-

lería. Los sitiadores buscaban las ubicaciones más propicias, algunas casas de azotea abandonadas por sus habitantes, para instalar allí cañones, fortalecían reparos naturales y enviaban algunas descubiertas en tren de exploración.

El día 3 se presentó un parlamentario con una nota enviada por Flores. Reiteraba la propuesta que enviara el 11 de enero: garantía para la vida y propiedad de jefes, soldados y ciudadanos, y permiso para emigrar. Da un plazo de 24 horas. Leandro Gómez no vacila un instante; en el mismo papel envía su contestación: *"Le reitero mi respuesta de entonces: ¡Cuando sucumba!"* Y su firma: *"Leandro Gómez"*. Nada más. Recibe Venancio la respuesta y toma sus disposiciones; entre ellas, la primera, informar al almirante brasileño. Hubiera querido ahorrar la sangre de orientales; pero ahora le urge actuar. Tamandaré, por su parte, envía su respuesta: comenzará el bombardeo y ocupará después la ciudad con su infantería de marina. Se abren los portales de sus naves, puestas ya en posición. Envía su intimación a la plaza; anuncia el bombardeo para dentro de 24 horas. Leandro Gómez deja esa nota sin contestación; le dice al portador que no tendrá respuesta, como no la tendrán los cañonazos, pues sus cañones no alcanzan hasta el puerto. *"Sepan —le agregó— que nos bombardearán impunemente"*. Nada pide; sólo establece hechos y responsabilidades.

Pasan así dos días más, en tensa expectativa, el 4 y el 5 de diciembre. Ya iban cinco días sin que se hubieran abierto las hostilidades. El día 6 era el día señalado por Flores para iniciar su ofensiva. Desde el amanecer se percibieron movilizaciones y aprestos y resonaron algunas descargas cerradas de fusilería. Leandro Gómez, luego de recorrer las trincheras con su Estado Mayor, sube al Baluarte a observar al enemigo. Fue entonces que sonó el primer cañonazo, entrando la granada por la calle 18 de julio hasta explotar junto a los muros de la iglesia. Dispuso entonces Leandro Gómez que la reserva cambiara de posición, saliendo de dicha calle para pasar al lado norte. Quiso el azar que un minuto después, un nuevo proyectil que venía desde la misma dirección diera contra el portón de hierro que cerraba el acceso y se desviara en diagonal, atravesando de lado a lado a la columna y matando finalmente al centinela del cuartel. Relata Orlando Ribero que *"al pasar por dentro de aquella masa de hombres hizo un ruido extraño, como de trapos viejos o algo parecido, que se rasgaban; con la velocidad de su trayectoria había impulsado un reguero de miembros humanos, brazos, piernas, intestinos"*. Desde lo alto del Baluarte, y ante el remolineo que se produjo en la columna, Leandro Gómez, blandiendo la espada, les gritó: *"¡Firmes, carajo!"*.

Y un moreno que había buscado refugio atravesando la plaza, volvió entonces a la columna que se recompuso de inmediato. Once de sus integrantes habían quedado fuera de combate, siendo recogidos los muertos y los heridos por los ayudantes de sanidad. Se dio la orden de guarecerse sin demoras en un callejón que se abría al sur de la plaza, al costado de la iglesia vieja. Allí quedaron todos sentados, comentando el suceso, esperando que se les llamara a ocupar algún puesto de combate. Aquel rudo impacto, sufrido cuando apenas se habían iniciado las acciones, no había debilitado en nada el ánimo de los milicianos.

Casi de inmediato se hacían sentir los cañones de gran calibre de Tamandaré. Al sentir la explosión a sus espaldas, Leandro Gómez se da vuelta y pregunta: *"—¿Qué sucede?"*. Larravide intenta una respuesta humorística: *"—Son los brasileños que nos dan los buenos días"*. El Imperio asestaba así su puñalada por la espalda. Saben que atacan con impunidad. Ya lo había dejado establecido Leandro Gómez: los cañonazos brasileños no podrían ser contestados. El recibirá los cañonazos; el enemigo recibirá el juicio de la historia. A cada uno lo suyo.

Ínútil fue la intercesión de los capitanes de los barcos extranjeros; Tamandaré expresó que era aliado de Flores, y ante el argumento de que no había guerra declarada, no se le ocurrió otra cosa que izar el pabellón oriental, simulacro absurdo que no disimulaba lo insólito de su agresión, agravada por la impunidad con que llevaba a cabo el bombardeo. Por suerte para los defensores, bombas y granadas pasaban con mucha elevación, reventando en el aire sin causar daño alguno, aunque la diversión con que eran presenciadas cesó al corregirse la puntería.

Fuera que los sitiadores creyeran que la sorpresa del doble bombardeo había quebrado el espíritu de los defensores, o fuera producto de un plan prestablecido, fuerzas importantes empezaron a converger sobre algunos puntos: la Comandancia, la Jefatura, la trinchera sur del Banco Mauá y la trinchera oeste de la calle Florida. Verlo y bajar del torreón fue todo uno para Leandro Gómez, quien después de procurarse la bandera de la Guardia Nacional, montó a caballo y, al frente de su Estado Mayor, recorrió los puntos atacados arengando a sus soldados, al tiempo que la banda de música se desplazaba por 18 de julio tocando dianas, y sonaban en profusión en todos lados cornetas y tambores. Ese estrépito marcial y exultante se sobreponía al estallido de las granadas que caían ahora dentro del recinto. Y era digna de verse la forma ordenada y sin pausas con que avanzaban los ba-

tallones enemigos, con las banderas desplegadas. Lucas Píriz recorrió por su parte los diversos puntos alentando a sus guardianes; su presencia recia y serena de hombre curtido en cien combates, era ya de por sí una expresión tranquilizadora de fortaleza y desprecio al enemigo; enemigo de discursos, se limitaba a decir: *"No se acobarden, muchachos, que le vamos a dar el vuelto al indio Flores, al Goyo Geta y a los macacos"*. Aberastury repartió sus reservas entre los puntos más necesitados, y se dio orden de cesar toda descarga. El silencio total que reinó de pronto en el recinto no pareció desconcertar a los que se acercaban, quienes tal vez creyeran en una segura rendición. Por las lomas del noroeste, adelantándose a todos, queriendo sin duda ser los primeros en recoger los lauros del triunfo, venía un gran batallón de 600 hombres de impecable levita azul con pantalón y correaes blancos, en cuatro columnas paralelas, cercanas unas de otras, la banda de música al frente ejecutando alegres marchas, brillantes los broncees, redoblando tambores, y el pabellón brasileño ondeando al viento y al sol, a las once de la mañana de un día luminoso. A casi cuarenta años de Ituzaingó, era la primera batalla que entablaba el ejército del Brasil, y lo hacían a modo de paseo triunfal, a campo descubierto, ante las miradas atónitas de los defensores. *"Como obedeciendo a un conjuro —relata Zenón de Tezanos— cesaron las luchas locales de cantón a cantón, para presenciar aquel avance que, más que ir a una conquista, parecía que desfilara marcialmente en una parada, en medio de la admiración de todos. No se oía otra cosa que la música del batallón en su marcha hacia el nervio de la heroica defensa"*. En el recinto todos se mantenían entre tanto sin aliento, presagando lo que iba a ocurrir, impacientes, las bocas de sus fusiles asomando por las aspilleras.

Se les dejó acercar hasta a una cuadra, y de pronto se oyó la voz de fuego. El cañoncito de a 6, desde la bocacalle, fue el primero en disparar, y enseguida una descarga cerrada partió de la Comandancia, de las trincheras cercanas y del cantón formado al costado norte de la iglesia, así como de las ventanas de la sacristía situada al fondo, en donde estaba apostado Estomba con cincuenta hombres. En total eran 107 los que debían resistir el ataque del brillante batallón de marina brasileño, fueron así 107 fusiles los que dispararon casi al mismo tiempo contra los incautos infantes. Al disiparse el humo, sólo se vio un tendal de muertos y de heridos, y un abanico de fugitivos que se desbandaban poseídos de un tremendo pánico, deshechas completamente sus filas perfectas, *"corriendo como gamos a guarecerse entre los cercos de las casas y quintas más próximas"*, sin que nadie atinara a contestar el fuego recibido. Y así continuaron retirán-

dose, de un muro al otro, hasta cerca del puerto, en donde intentaron recomponer sus filas. Algunos rezagados que intentaran formar cantones en casas fronterizas al recinto, debieron también desalojar sus posiciones ante el fuego cruzado que les llegaba de la iglesia y las trincheras. Entre los atacantes venía un grupo de 39 voluntarios mandados por Gregorio Castro, los que sufrieron gran mortandad, salvándose su jefe gracias a su cota de malla. Así lo reveló el mismo Castro, quien expresó a su regreso: *"Me enorgullezco como oriental de la defensa heroica de Paysandú, por la bravura con que han peleado"*.

Tan contundente como fácil victoria no alcanzaba sin embargo para disimular lo precario de la situación. Se intentó no obstante aprovechar la momentánea confusión del enemigo; un grupo de veinte hombres al mando del teniente Encina, sin orden superior, intentó así al empezar la tarde una salida, obligando a fugar a una cincuentena de brasileños que habían quedado refugiados en casas cercanas, y trayendo a su regreso, como trofeos de guerra, tambores, cornetas y otros instrumentos, en lo que vino a ser el triste epílogo de las marchas triunfales. Hubo ese día múltiples duelos calle por medio, contra cantones que lograba organizar el enemigo frente a las trincheras. Uno de ellos pudo ser desalojado por un grupo que salió con Lucas Píriz al frente peleando a sable limpio. Juan L. Cuestas dice en sus memorias que *"El bravo Lucas Píriz era el brazo, así como Leandro Gómez era el espíritu y la cabeza, los dos a cual más valiente"*. En otra salida se logró desalojar la casa del receptor de aduanas, quien se había mantenido en ella con su esposa y su hija. Mandó dicha operación el Cnel. Raña, con un grupo de guardias armados de lanzas y viejas tercero-las; guiados por el capitán Cortés, lograron deslizarse sin ser vistos a lo largo de cercos vecinos hasta llegar así a la puerta de calle que echaron abajo, infligiendo grandes pérdidas a los 50 brasileños allí guarecidos, mientras huían los restantes, lográndose así rescatar a la familia que estaba en una de las habitaciones. Muchos jefes y oficiales, en aquel día de intenso calor, agravado por las explosiones y algunos incendios, debieron combatir en paños menores, todos cargando su fusil o su modesto trabuco, con el facón en la cintura. El Cnel. Píriz, reacio a quedarse a la defensiva, hizo varias salidas a caballo, montado en pelo, con lanza y puñal, en procura de encuentros personales.

El fuego de la artillería enemiga se había convertido entre tanto en el peor enemigo, prosiguiendo sin pausas con su atronador estrépito hasta las cinco de la tarde. Las parecedes de muchas casas, el Banco Mauá, el Ancla Dorada y otras más, resultaron deshechas o tronchadas, los techos desplomados, las puertas arrancadas, saltando rejas y abriéndose boquetes que se trataba de cubrir con bolsas de tierra o de

harina, o con fardos de lana. Ese día quedaron más de cien defensores fuera de combate, la mitad, por lo menos, alcanzados por la artillería de tierra, entre ellos el capitán Hernández, apostado en la Comandancia. Una bala de cañón le pasó entre ambas piernas quemándole las pantorrillas, quedando así inutilizado para el resto del sitio. En carta fechada el día 24 expresa estar algo mejor; *"fue una bala de cañón que me llevó parte de la pantorrilla derecha, la renga, pero sin afectar el hueso [...]. Es lo que se llama una herida blanca, y que yo llamaré herida de lujo, por ser más original"*. En cuanto a Leandro Gómez, incansable, yendo de un punto al otro, se salvó como por milagro al ser alcanzado y muerto el caballo que montaba por una bala de cañón. Teniendo en sus manos la bandera nacional, se hacía visible al enemigo, habiendo entre ellos un tirador, un herrero inglés de apellido Ardiff, de gran puntería, que confesaba haber dirigido contra él 150 disparos sin haber podido alcanzarlo, aunque matándole dos veces el caballo. Ese día Raña resultó también herido de consideración, no pudiendo asistir al pasarse lista al fin de la jornada.

La atención de los numerosos heridos estaba a cargo del Dr. Vicente Mongrell, sacrificado médico español que, ayudado solamente por la viuda del médico Berengell, junto con su joven hija y tres hermanas de caridad, hizo milagros en el Hospital de Sangre improvisado en el edificio de la escuela, en una labor que debió desarrollar sin un respiro durante muchos días. Conocido como "el Padre de los pobres", atendía a todos, sin mirar divisas ni esperar recompensas. Ni los peores bombardeos lo hicieron abandonar un momento su puesto de trabajo.

Una de las balas de mayor calibre lanzada a las dos de la tarde por la escuadra brasileña, dio de lleno en la columna de mármol de Carrara de tres metros de alto que Pinilla había erigido hacía cuatro años. La coronaba un busto de la Libertad de poco más de un metro, el primer monumento de ese tipo levantado en el país, anterior incluso a la columna de la Plaza Cagancha de Montevideo. Construida en Italia, había sido costeada por suscripción popular. Tenía un basamento cuadrado traído desde Buenos Aires, en cuyas caras se leía: "Erigida en 1859", "La Educación es la base de la Libertad", "La Constitución asegura todas las libertades" y "Conservemos la Constitución", leyendas que coincidían con los ideales de la defensa. Al verla destruida, Leandro Gómez exclamó de inmediato: *"Levantaremos nuevamente la estatua, sobre una pirámide hecha con las balas enemigas"*. E impartió sobre tablas a los jefes de cantón la orden de recoger todas las balas que encontraran. Una parte del busto que coronaba el monumento fue donada posteriormente al almirante argentino Muratore.

Una de las pérdidas más lamentables de ese día fue la destrucción casi total de la artillería. Varios de los soldados que servían en las

piezas ubicadas en la explanada superior del torreón resultaron muertos, y fue necesario que un guardia nacional de Mercedes, Juan José Díaz, bajara y subiera por la rampa para transportar los cartuchos de pólvora depositados en el polvorín, hasta que él mismo debió abandonar la tarea al ser alcanzado por una granada en una pierna. Ese primer día cayeron sobre el recinto fortificado 2.500 bombas y balas de sesenta libras, lanzadas desde las naves imperiales. Los muertos fueron sepultados durante la noche en algunos aljibes y quintas linderas. Como por tácito acuerdo, ningún disparo interrumpió el silencio de esa noche.

Al amanecer del segundo día, 7 de diciembre, se reinició el bombardeo. A los cañones de Flores se agregaron otros traídos por los brasileños desde los buques, batiendo sin descanso contra las trincheras de las bocacalles. A la menguada artillería de la ciudad, cuyo alcance no llegaba a las diez cuadras, le resultaba imposible replicar. Un destacamento revolucionario se aventuró a salir y logró situarse en algunas casas fronterizas a la jefatura. Salieron en dos grupos mandados por Estomba y Ribero, asaltando dicha casa desde el zaguán y un muro lateral. La lucha se entabló a facón y a sable, reconquistándose el lugar a costa de dos muertes, luego de poner fuera de combate a quince de los sitiadores. No se verificó ese día ninguna otra intentona, continuando sin intermitencias el fuego destructor de los cañones enemigos.

Las bombas y granadas con que se reinició el ataque al día siguiente, caían así sobre una ciudad reducida en gran parte a escombros. Cada disparo con el que muy de tarde en tarde contestaban los sitiados con sus pequeñas piezas, provocaba como inmediata respuesta violentas andanadas de proyectiles enemigos. La guarnición debía buscar reparo entonces tras los muros semiderruidos; pero apenas alguna fuerza sitiadora se adelantaba, los defensores emergían entre los escombros y las paredes en ruinas, arrostrando la lluvia de metralla, granadas y cohetes a la congreve, que diseminaban metralla incendiaria, y que caía sobre ellos. Una de esas granadas dio de lleno en un muro de la base del Baluarte, abriéndole un boquete a pesar de su espesor de más de un metro. Si no estalló el polvorín, fue gracias a que se atascó providencialmente el tornillo de la mecha al dar contra el torreón, pudiendo así ser sacada cuando aún estaba caliente. Se resolvió entonces mudar el polvorín, acondicionando su contenido en dos aljibes que se desagotaron y recubrieron con tablas.

Esa mañana se produjo una pequeña pausa, la que aprovechó el comandante de la cañonera francesa para dirigirse a la plaza a ofrecer su mediación y gestionar una capitulación honrosa. Leandro Gómez, de pie y empuñando la bandera oriental, llamó a su Estado Mayor, fijó en tierra el asta, y junto con todos los jefes desenvainaron sus sables y los elevaron frente al pabellón. En una escena de sabor romano, aque-

llos inflexibles Horacios juraron entonces solemnemente "*vencer o sepultarse bajo los escombros de Paysandú*". El comandante francés "estrechó en silencio las manos de esos valientes sin poder articular una palabra, pero las lágrimas que corrían por sus mejillas atestiguaban su emoción".

Los marinos extranjeros lograron concertar ese día una suspensión del fuego para el día siguiente, a fin de permitir que salieran del recinto las familias y extranjeros que habían quedado, y a quienes ellos mismos se comprometieron a transportar a tierra argentina.

Un cañonazo afortunado abrió ese día una gran brecha en el cerco de troncos que rodeaba el corralón de la hacienda reservada para el consumo de los defensores. Se incendió además su techumbre de paja, y se produjo la estampida de los animales, que huyeron en todas direcciones hasta perderse en los montes y cuchillas. Se perdía de ese modo el alimento principal de que se disponía; perjuicio irreparable, cortadas como estaban todas las comunicaciones, debiéndose recurrir desde ese día a la pequeña reserva que se tenía de carnes saladas y otros víveres secos, y a las galletas que podían fabricarse con la escasa harina disponible.

En la mañana del día 9, pues, y merced a la intercesión de los marinos extranjeros, se pudo disponer de unas horas de tregua a fin de que evacuaran la plaza las familias que así lo deseaban, aunque no eran muchas en verdad las que quedaban dentro del recinto. La despedida se efectuó con la emoción consiguiente. Madres, esposas, hijos, novias, se abrazaban a quienes pensaban que tal vez no vieran más. También abandonaron el recinto cuatro de sus defensores cuya decisión se había debilitado, sin que se les pusiera ningún obstáculo. Hubo en cambio diez o doce mujeres que decidieron quedarse a compartir las vicisitudes de la defensa, unas por no poder resistir el alejamiento de sus familiares, otras para servir en distintas tareas, como enfermeras, limpiadoras, cocineras y para el acarreo de pertrechos. Entre quienes entraron ese día en la plaza estaban los padres de Ribero, quienes vinieron a cerciorarse por sí mismos de que sus cuatro hijos seguían con vida: Orlando Ribero, padre del relator homónimo de los sucesos de entonces, había visitado el campamento de Flores, de quien era amigo. Flores había pedido a Ribero que convenciera a sus hijos que no se sacrificaran inútilmente, pues la toma de la plaza era inevitable. Orlando Ribero, les dijo sin embargo, al despedirse: "*Vayan, hijos, a continuar en el cumplimiento de su deber; es preferible morir antes que defeccionar de sus filas*". "Y Orlando Ribero era *brasileiro*", agrega su hijo al relatarlo.

Los evacuados de Paysandú fueron, en su gran mayoría, transportados en lanchones a la isla situada frente a la ciudad, en donde ya

había muchas familias acampadas. La comisión de socorros enviada por Aguirre informó que eran 1.428, número en realidad mayor, pues los niños se contaban dos por uno. El gobierno les mandó alimentos y medicinas, pero la ayuda más importante vino de Entre Ríos, cuyos pobladores organizaron colectas, y de Urquiza, que envió desde sus estancias la carne indispensable. Los barcos extranjeros contribuyeron por su parte con carpas y toldos, y promovieron una colecta en sus legaciones de Montevideo, lo que permitió el envío de más alimentos y de vestimenta. Está demás describir la angustia con que, desde su forzoso observatorio, veían los familiares de los combatientes cómo caía sobre el pequeño recinto una lluvia continua de proyectiles, muchos de ellos lanzados con grandes explosiones desde los barcos brasileños cercanos a la isla. Ese día L. Gómez aprovechó la tregua para escribir a su amigo el P. Ereño, que estaba en Concepción; incluía en su carta una frase impresionante: "*El combate sigue. Antes que rendirme, he resuelto hacer volar a Paysandú*".

Una vez terminado el plazo acordado, lo que se anunció con un repique de campanas, el cañoneo de la ciudad recommenzó. Muchas casas habían quedado abandonadas, fuera y dentro de trincheras, dando así lugar a saqueos a cargo de patrullas que se adelantaban con tal fin. Dentro del radio atrincherado Leandro Gómez hizo conocer la orden de pasar por las armas a quien se sorprendiera robando en los comercios que habían quedado abandonados.



JUAN M. BRAGA

El blanco preferido por los artilleros atacantes era el Baluarte de la Ley. Un cañonazo certero sepultó en escombros a su jefe, el comandante Braga, a quien se dio por muerto. Pudo salir sin embargo con algunas heridas, retomando su puesto como si nada hubiera pasado. *"En la tarde del siguiente día —relata Orlando Ribero— encontré al comandante Braga que bajaba por la explanada con un libro en la mano, y le pregunté: ¿Qué hace, mi comandante? Nada, me respondió; me han inutilizado la última pieza que me quedaba, y por entretenerme estoy en mi puesto leyendo y cuidando la bandera. Y las balas de cañón enemigas continuaban desmontando el torreón"*.

Y mientras el impasible Braga continuaba leyendo su librito, los proyectiles enemigos pasaban junto a él y los defensores podían así ir amontonando grandes filas de balas de tres calibres, y hasta 80 bombas sin reventar, *"palanquetas y balas acollaradas con cadenas, en tan grande cantidad, que el día 9 podía ya hacerse con ellas el pedestal del monumento, como dijera Leandro Gómez"*.

Llegó así el quinto día del bombardeo, 10 de diciembre. Ese día Leandro Gómez envió una nota al presidente Aguirre: *"Si la pólvora se nos acaba, las lanzas y bayonetas están aguzadas, las espadas y facones cortan y entonces el combate será cuerpo a cuerpo, pero Paysandú, convertido ya en ruinas, no se rinde; tal es mi voluntad y la de todos estos orgullosos y bravos orientales que me rodean, cuyo valor se reanima mil veces contemplando el Pabellón de la Patria que tremola en los edificios más altos de la ciudad"*.

CAPITULO XI

UNA PAUSA EN LA LUCHA

El 11 de diciembre sobrevino una calma inesperada. Los cañones y fusiles callaron, y los jefes extranjeros acudieron a saludar a Leandro Gómez, haciéndolo objeto de efusivas felicitaciones, asombrados por la entereza con que conservaba su ánimo de resistencia en medio de aquellos montones de escombros a que se reducía la ciudad, sin transigir con debilidades de ninguna clase.

El día 12 Leandro Gómez intentó comunicarse con Saa. Hizo salir para ello en la oscuridad de la noche un mensajero, dándole instrucciones para que se deslizara sin ser visto entre los efectivos enemigos, comprara un caballo aperado con seis onzas que le dio, entregara luego la nota a Lanza Seca, y volviera con la respuesta. De ese modo ganaría un galón.

En la mañana del día 13 se empezó a sentir la escasez de fulminantes para la detonación de los fusiles. Los almacenes en donde se esperaba encontrar, habían sido saqueados. Orlando Ribero recordó haber usado tiempo atrás fósforos con excelentes resultados. Ensayó con su rifle, le sacó el pistón, puso un fósforo, apretó el gatillo y salió el tiro. Trajo diez cajones con 60 latas cada uno del comercio de su padre, y los sitiados pudieron entonces seguir efectuando disparos durante el día utilizando fósforos, reservando los fulminantes para los casos en que había que proceder con rapidez, de noche o fuera de trincheras.

Ese mismo día el gobierno firmaba un decreto por el que se elevaba a Leandro Gómez al grado de General, declarando Beneméritos de la Patria a los defensores de Paysandú.

En la tarde del 13 se vio venir desde el puerto un grupo al parecer de señoras con hábitos religiosos; todos pensaron que con ellas venía el Vicario, como se había hecho creer. Al llegar a unas seis cuadras del portón oeste, doblaron hacia una bocacalle y "empezó a disparar desde allí una pieza que los sitiadores habían traído disimu-

lada detrás de la columna". Cada vez que en lo sucesivo sonaba el cañón, los defensores gritaban "Ahí viene la bendición del Vicario". Fue necesario salir en dos compañías apoyadas por el cañón de a 8 colocado en el portón, para que el grupo de "señoras" se replegara con su cañón a la rastra.

Al día siguiente; "el Vicario" reanudó sus "bendiciones", pero ahora desde mayor distancia. Los sitiados habían aprendido a distinguir los estampidos de cada pieza; cuando sentían así el silbido propio de las piezas lisas, comentaban: "Ahí viene una empaquelada".

Digna de señalarse es la activa participación que tuvo en la defensa el jefe político Pedro Ribero; se le veía con frecuencia en las azoteas, desde donde avizoraba a los tiradores enemigos, cuya dirección indicaba entonces a sus compañeros. Acompañado siempre por un ayudante que le sostenía la caldera con agua caliente, Ribero se cebaba serenamente el mate mientras las balas silbaban a su alrededor. Su camisa blanca lo hacía visible a la distancia, pero inútilmente los fusileros enemigos hacían fuego contra él; Ribero seguía tomando tranquilamente su mate, ante la desesperación de los tiradores floristas, los que llegaron a creer que estaba embrujado y que era invulnerable. Desde su hazaña con el Villa del Salto, en cuya oportunidad saliera ileso ante los mismos cañones brasileños, su fama iba creciendo, sin que él mismo pareciera dar ninguna importancia al peligro que corría.

Ese día Leandro Gómez informa al Presidente que continúan "con el enemigo a la vista", produciéndose "guerrillas diarias y amenazas de bombardeo", y sabiéndose que habían llegado desde los buques brasileños surtos en Buenos Aires más proyectiles para continuar "la obra cobarde e infame iniquidad que se llama bombardeo". Paysandú, "saqueado, convertido en ruinas", ofrece un "espectáculo grandioso por lo imponente y por la resolución que he tomado de perecer antes que rendirme, lo que ha tenido eco entre mis bravos compañeros, cuyo entusiasmo llega al delirio". Todos —repite— "estamos resueltos a morir; tal es lo que sucede a Paysandú; tal es, señor, lo que me sucede a mí". "Lo que me sucede", dice como poseído por una inspiración que le viene de lo alto, más allá de su propia voluntad. Informa además que los muertos y heridos no pasan de cien; "ningún jefe ha muerto: herido levemente en la cabeza, yo; el Cnel. Piriz una contusión". Aunque dice no tener noticias de Saa, deduce que está cerca por los movimientos de los enemigos. Y en cuanto a los brasileños, "si se viniesen tres o cuatro buques paraguayos desaparecería la escuadra brasileña". A fines de ese día 14, llega al fin una noticia alentadora: el ejército de Saa había cruzado el Río Negro y se acercaba a la ciudad.

Alentado por la buena nueva, el día siguiente, Gómez, con Raña y otros jefes, hace una salida con 500 hombres y obliga a retirarse a

algunas avanzadas enemigas, incursionando después por la costa, de donde traen como botín de guerra mucho armamento, así como diversos enseres abandonados por los floristas. Siguiéron cuatro días de calma, no pasando de 40 o 50 los tiros de cañón caídos en la plaza. El Cnel. Piriz pudo efectuar otra salida persiguiendo a las guardias sitiadoras más de media legua, contramarchando luego por sospechar una celada, tras lo cual el enemigo reocupó algunas posiciones sin intentar ningún acercamiento.

En carta fechada el 17, Leandro Gómez relata al presidente los sucesos de días anteriores: "*Señor V.E. ya lo sabe, venga el ejército cuando quiera que nos encontrará en nuestros puestos o habremos perecido todos. Desde el 14 no ha habido que una u otra guerrilla; pero en medio de estas ruinas, la actitud de mis valientes hermanos, mis queridos compañeros, es imponente. He prohibido toda comunicación con el enemigo: vino un parlamento y lo rechazamos; nadie se mueve de sus puestos; nadie se descuida; el fusil, la espada, el revólver, es su compañero. A cualquier hora del día o de la noche estamos prontos. Es magnífica señor la resolución de morir por la Patria y cuando se ha tomado esta resolución, difícilmente se deja de triunfar*".

Le informa además que de los "500 bandidos" de Netto se han ido muchos, satisfechos del saqueo efectuado; que la escuadra brasileña está silenciosa, y que él ha vuelto a montar cuatro piezas de artillería. Pide que se extremen precauciones para hacerle llegar comunicaciones del gobierno, pues piensa que algunas fueron interceptadas. Informa que, por su parte, había hecho llegar las suyas por intermedio del vapor Uruguay.

En la mañana del 19 se reanuda el bombardeo desde una batería situada en las lomas del noroeste. Ocurrió ese día un incidente digno de relatarse. A las diez de la mañana se estaba a punto de pasar por las armas por resolución del Consejo de Guerra, a un artillero correntino conocido por Norita, sorprendido el día anterior cuando estaba robando unas botas en una zapatería abandonada. A punto de ser fusilado, impartidos ya los últimos sacramentos por el P. Belando, el reo pidió permiso a Leandro Gómez para hablar, quien asintió, previniendo que redoblaran los tambores si incurría en inconveniencias graves. Desde lo alto del Baluarte, Norita, cargado de grillos, arengó entonces a sus compañeros: "*Sirvales de ejemplo lo que me pasa por no cumplir con lo ordenado por nuestro valiente general. Defiendan la Patria hasta morir; por mi desgracia no puedo seguir haciendo fuego al enemigo*". Quiso el azar que un proyectil enemigo deshiciera en ese momento el andamiaje que se había erigido en lo alto de la iglesia, en donde se había construido un refugio de madera para los vigías. El jefe de los vigías, capitán Peña, resultó entonces alcanzado por una esquirla que le abrió una herida en la frente y la mejilla. Bañado en sangre,

bajo Peña entonces y se dirigió a Leandro Gómez: "*—Señor General: por esta sangre que corre por mi cara, pido gracia para el reo*"; a lo que Leandro Gómez contestó de inmediato: "*—Sí, capitán; ya le ha sido concedida*".

Y llegó el 20 de diciembre, día en que, apenas aclaró, se advirtió con gran sorpresa que las fuerzas de Flores habían abandonado el asedio, permaneciendo solamente un escuadrón de caballería y el batallón de marina brasileño, cuyos cañones habían sido reembarcados. Lucas Píriz dispuso entonces una salida con 300 hombres, cayendo "como un rayo" —expresa Leandro Gómez— sobre los brasileños, quienes después de sufrir algunas pérdidas huyeron despavoridos para precipitarse finalmente hacia sus buques, desde donde se hicieron algunos disparos de cañón para proteger a los fugitivos. En dicha acción, según el parte de Leandro Gómez, se tomaron 250 fusiles a los brasileños, habiéndose logrado además recoger y tropear hasta la plaza 300 cabezas de ganado. Algunos defensores llegaron hasta a arrojar al río a fin de poder insultar de cerca a los tripulantes de los barcos brasileños, debiendo intervenir algunos botes de españoles para devolverlos a la costa.

Ya desde el día 13, en oficio que pudo hacer llegar a Saa, informaba Leandro Gómez que había notado en los sitiadores preparativos para retirarse, "tal vez creyendo o sabiendo la proximidad de V.E. con su valiente ejército". Pedía además a Saa que lo informara acerca del punto en que se hallaba, y le informaba que Flores tenía cuatro piezas de artillería y "como 1.500 hombres largos, pero muy desmoralizados con el rechazo y con el botín que llevan del saqueo". El futuro presidente Juan Lindolfo Cuestas, testigo ocular, recordaba a Leandro Gómez como un hombre "*violento, de gran excitación nerviosa*", a quien una dolencia al pecho no dejaba dormir tranquilo. "*Dormía sentado en un banco de la plaza, envuelto en un amplio poncho de vicuña*". "*Sus tos de enfermo se oía en todos los cuarteles y resonaba en el terreno sonoro de la plaza*".

El día 20, en efecto, Flores se dirigía hacia el sur dispuesto a detener a Saa, de cuyo avance había recibido informaciones. Pero dicho avance no se realizaba con la celeridad que muchos esperaban. Recibido el parte de Leandro Gómez del día 13, el jefe argentino, tranquilizado acerca de la situación de Paysandú, decidió acampar en el Paso de Yapeyú, sobre el Río Negro, esperando la incorporación de la División San José y de la División Laguna. El Cnel. Laguna había licenciado su tropa con la esperanza de congregar después un número mayor, propósito que, lejos de cumplirse, facilitó muchas deserciones, al punto que al reincorporarse en Yapeyú al ejército de Saa tenía menos gente que la que tenía al separarse. Y en cuanto a los maragatos de Rafael Rodríguez, sólo le llegaron algunos, confesando Saa no entender la razón de tal incumplimiento, cuya causa no era otra que la resistencia que pro-

vocaba en jefes y soldados orientales el mando concedido a Lanza Seca. Viendo la cortedad de sus fuerzas, el 19 escribió Saa a Servando Gómez pidiéndole el envío del Cnel. Bastarrica con 300 hombres, indispensables para oponerse a los dos o tres mil hombres que suponía sumaban los efectivos de Flores y de Netto. La desmoralización cundía entre sus tropas, y así fue que, hostigado por las fuerzas de Máximo Pérez, debió desistir del cruce del Río Negro que ya había comenzado, para finalmente retroceder y dejar librada a su suerte a la guarnición de Paysandú.

Al enterarse Flores de que Lanza Seca se alejaba, regresó a Paysandú desde el arroyo Rabón, dispuesto a dar el golpe definitivo. Durante cinco días, desde el 20 al 24 de diciembre, sólo se habían producido algunos cortos bombardeos y combates de guerrillas aisladas. Recién el 24 pudo regresar el oficial a quien Leandro Gómez encomendara entrevistar a Saa, quien, con fecha 15, mandaba decir que quedaba a la espera de los refuerzos que solicitara. Como ya habían pasado nueve días, se pensó en la plaza que el ejército de Saa estaba a punto de llegar, festejándose esa Noche Buena con la consiguiente animación.



PEDRO RIBERO

CAPITULO XII

SE REANUDA EL ASEDIO LEANDRO GOMEZ AISLADO

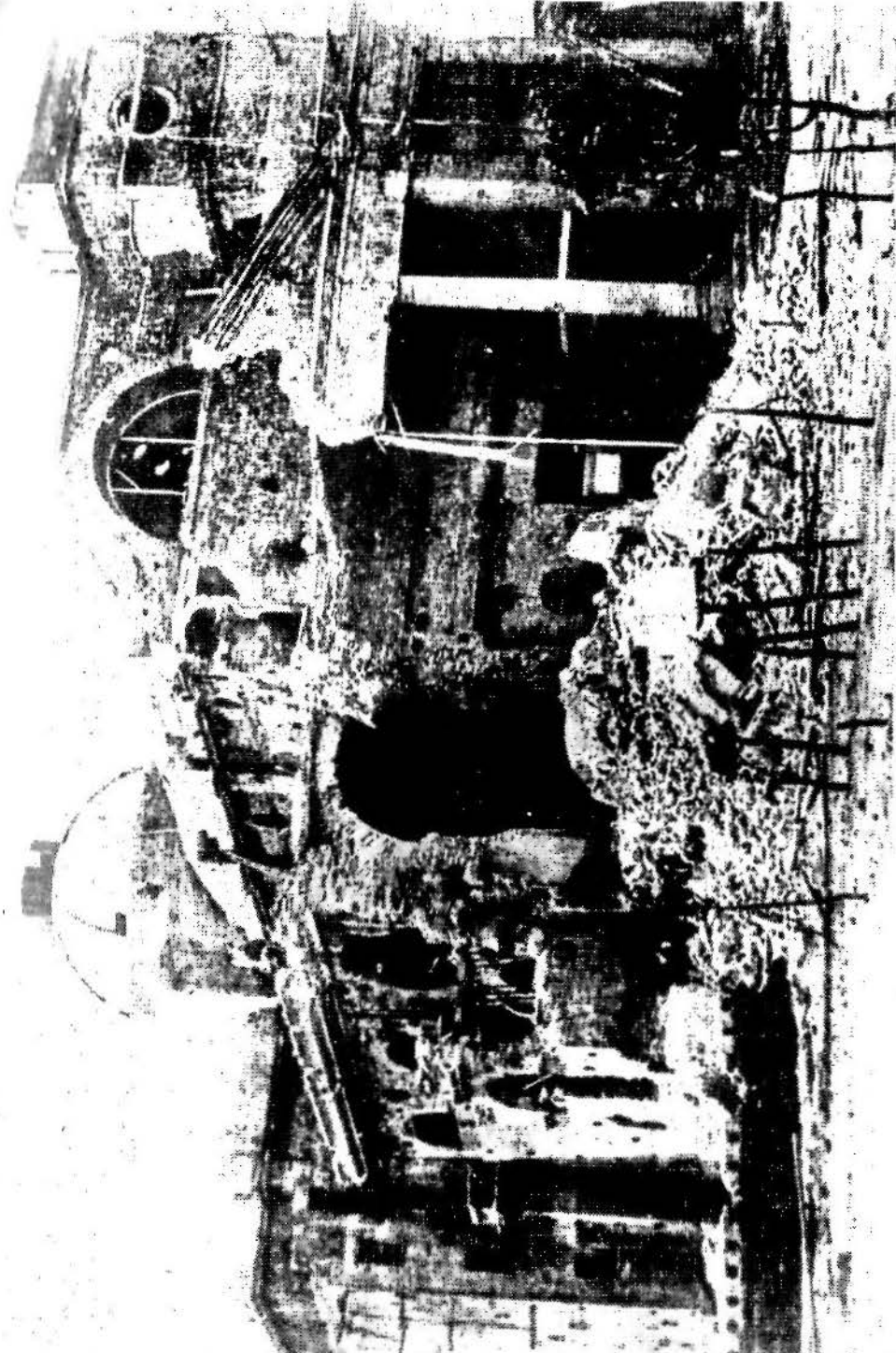
En la mañana de Navidad pudo verse el grueso del ejército de Flores que retomaba posiciones al sur de la ciudad. Se creyó que venía huyendo de Saa, aunque no dejó de extrañar que arriesgara quedar entre dos fuegos. En la tarde se reinició el bombardeo. Flores quedó acampado como a una legua, junto a la caballería del Gral. Netto. Entre quienes salían de la plaza a provocarlos, se hacía ver sobre todo el capitán Máximo Lamela, cuyo valor a toda prueba lo llevaba a tirotearse a corta distancia con las patrullas enemigas.

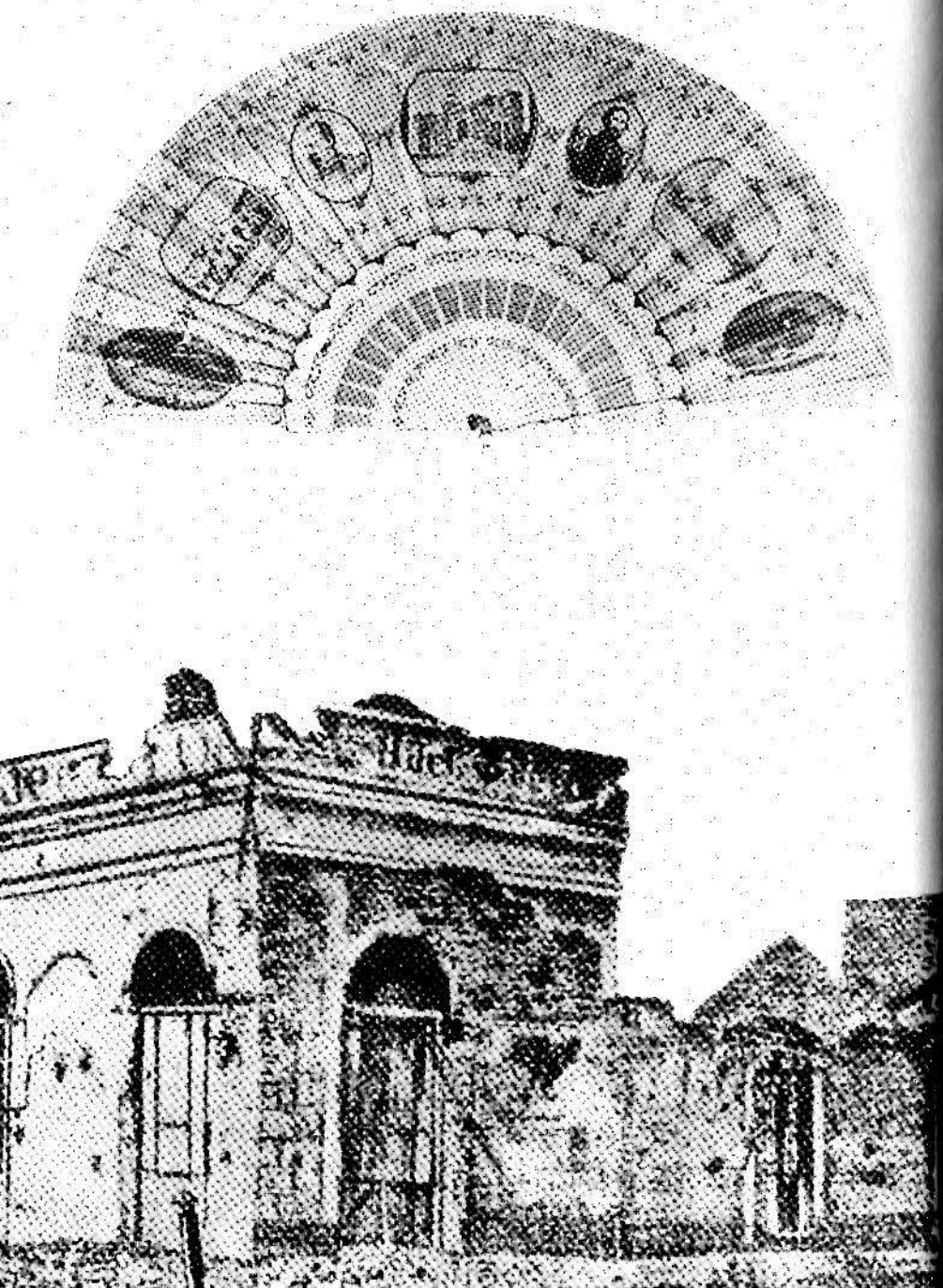
El día 26 la ofensiva florista arreció. Tronaron los cañones sin descanso, y un fuego nutrido de fusilería se descargaba sobre todas las trincheras y edificios, desde donde los sitiadores disparaban contra todos aquellos que intentaban acercarse.

El día siguiente pareció traer otra vez anuncios de esperanza. Pasado el mediodía, los vigías apostados en la iglesia lanzan un grito que atrajo la atención de todos: "¡Ejército a la vista!".

Acuden entonces desde la comandancia Gómez, Píriz y Larravide. No tienen dudas: es Saa. El vigía repite su anuncio: "¡Ejército a la vista! ¡Tres columnas vienen hacia Paysandú!".

Hubo disparos de cañón, repicar de campanas, redobles de tambores, clarinadas augurales. El día ansiado del desquite había llegado. Vivas estruendosos eran coreados en todos los cantones. Gómez, Píriz y Larravide suben al Baluarte y observan con el catalejo. Una verdad desoladora aparece entonces ante sus ojos: entre las columnas que se acercan, ondea la bandera brasileña. No se trata del ejército de Saa, sino del ejército imperial, dividido en tres inmensas columnas. Imposible calcular su número: unos dicen 7.000, otros 9.000, algunos llegan a contar 11.000. Y traen una considerable artillería: 36 cañones bien visibles, y otros más a lo lejos, en donde se divisan las reservas. Y bien. En Leandro Gómez sólo se observa una mayor fir-





meza en su actitud. *"No es Saa; es inútil esperarlo. Es el grueso del ejército del Brasil el que ha llegado. ¡Pelearnos contra ellos! ¡Contra Flores, contra la escuadra y contra todos los ejércitos que nos mande el Imperio! Y si nos toca morir, aquí moriremos por la Independencia de la Patria. Que cada cual vaya a su puesto de honor. ¡Independencia o Muerte!"*; y todos corean su exclamación con la misma decisión, con la misma grandeza.

Detengámonos un momento. La Defensa de Paysandú empieza a convertirse desde ese mismo instante en una gran tragedia. Aunque sin declaración de guerra, Brasil y Venancio Flores, ahados pero en cierto modo en competencia, mostraban la inequívoca intención de acelerar la acción de guerra, de aplastar la resistencia. Pero la resistencia continúa. Desde ese momento, ya no se trata para Leandro Gómez de vencer o ser vencido. Victorioso, en su más cabal sentido, ya lo es, y para siempre. Porque las dos opciones, "Independencia o Muerte", una u otra, son igualmente expresión de victoria. Porque no se trata de él, de un triunfo de Leandro Gómez; la victoriosa será la Patria. Y para que la Patria sea invencible, sin lo cual no sería Patria, para que siga viva en la muerte, sólo necesita mantenerse firme en su resolución. Lo aprendió de Artigas: "La energía es el recurso de las almas grandes"; "respetamos nuestro ser cuando obramos con carácter", "embriagados en nuestra propia resolución". Actúa para la posteridad, su "mejor testigo", lo único que cuenta. Al presente, sólo cabe entregarle la decisión, el compromiso sagrado. Pase lo que pase, se mantendrá sobre sus pies. ¿Por qué "muerte"? Porque es la otra alternativa de la Independencia. Muriendo, la Independencia permanece. Otras manos la construirán sobre la tierra. Y es para que esas otras manos tengan algo que defender, que el hoy exige el sacrificio. La muerte de hoy, es la vida para siempre.

La trama de la agresión cerraba su proceso. Y el "destino" a que se entregara Flores, lo incluía en ese momento mortal. Su secretario se había trasladado esos días a Buenos Aires, a donde fue también Tamandaré, a fin de planear "un desenlace fulminante"; tal lo que revelaba Andrés Lamas al Dr. Castellanos en "carta reservadísima" del 24 de diciembre. ¿Qué podía esperar Leandro Gómez? Saa había debido retroceder ante fuerzas ocho veces mayores que las suyas. El gobierno oriental sólo podía hacer llegar anuncios de gloria y títulos honoríficos, enaltecer "los grandes servicios" de los defensores de Paysandú, y prometer más "honores y premios" a los jefes y a las tropas: el 13 de diciembre, luego de calificar de "ultraje" la agresión imperial, declaraba "rotos, nulos y cancelados" los tratados del 51, y al día siguiente decretó "su extinción por medio del fuego", acto cuya ejecución llevaron a cabo los ministros de Guerra y de Gobierno el día 18 en la Plaza Independencia, en "acto solemne", con la asistencia

de las máximas autoridades y de numeroso público, del que partieron vivas estruendosos a Leandro Gómez y a los defensores de Paysandú. En cuanto al gobierno paraguayo, recién el 12 de diciembre se resuelve a dar el pasaporte al embajador brasileño, comunicando al cuerpo diplomático que se hallaban en conflicto con el Imperio por la invasión consumada al Uruguay. Las esperanzas de ayuda paraguaya, que habían aumentado al llegar a Montevideo el barco de guerra Tacuarí el 26 de octubre, se fueron desvaneciendo gradualmente; la ocupación a mediados de diciembre de algunos puntos fortificados de Brasil en Matto Grosso y la ocupación en enero de San Borja, aparte de ineficaces y tardías, no sirvieron sino para dar más pretextos al Imperio. Y para completar el cuadro, Mitre rompía relaciones en esos días con el gobierno oriental.

Los acontecimientos se precipitaron al tiempo que las esperanzas amenguaban, al punto que la llegada de Mena Barreto a Paysandú significó un corte abrupto de toda expectativa. Leandro Gómez había nacido para esas situaciones extremas, para las circunstancias sin salida. Solamente en el peligro, y en el peligro mortal, llegaba a ser él mismo, en su más reveladora integridad. Desde que se sentía defensor de la verdad, exigía el triunfo como única situación aceptable. Y si no, morir. Fue al ver aquel enorme ejército a su frente, las bocas de cuarenta cañones y por detrás los de Tamandaré, fue al saber además que no podía contar ya con auxilio alguno, que se sintió a la altura de lo que acontecía. Su terquedad requería ese círculo de muerte, a la medida de su resolución. Necesitaba esa amenaza para sentirse unido con los suyos. Los llamará entonces "*mis hijos*", su ternura brotaba entonces como una hermandad definitiva. Ya no quedaban más alternativas, sino una sola opción y, ante ella, la confraternidad auténtica de los que van a morir juntos. Torpeza es imputarle obcecación suicida. En términos de conveniencia, había una que absorbía a todas: la Libertad. "Patria, Ley, Libertad; vaya usted a contar ante ellas muertos y sobrevivientes. ¿Sobrevivir a qué? Sin Independencia, más valía morir; nuestro Himno no lo dice en vano. Y no cabía otro razonamiento. Sublime obcecación, peligrosa locura; pero su conciencia no admitía otra conveniencia".

El testimonio de Orlando Ribero no deja dudas acerca de la claridad de sus sentimientos ante el destino de sus compañeros. Desde los primeros días del sitio Leandro Gómez había previsto salir de la ciudad en momento oportuno, buscando la anexión del ejército oriental; había dado órdenes de aprontar recado y poncho, porque se pensaba salir en cualquier noche. Si hubiera habido otra conveniencia para resistir, la hubiera adoptado. No se trataba de morir por morir. Se trataba de no rendirse, de conservar indemne la capacidad de decisión, y la muerte puede ser a veces más útil que la vida si se trata

de la Patria. Si ya al final del asedio no aprobó la propuesta de Aberastury de evacuar la ciudad, fue, en primer lugar, porque era ya imposible abrirse paso sin sufrir pérdidas tal vez totales; y además porque, según expresara entonces, no podían abandonar a una suerte que podía ser fatal a los numerosos heridos que deberían quedar en la ciudad. Todo, pues, se confabuló para que se consumara la inmola-ción final, magnífica por otra parte, único desenlace compatible con la dignidad e ideales de quien, como Leandro Gómez, no podía concebir otra estrategia, al no haber otra salida, que la del sacrificio voluntario y total de su persona.

En la tarde del 28 de diciembre se advierte que el ejército sitiador se moviliza. Dos grandes columnas de cinco mil hombres y dieciséis cañones cada una, se dirigen, una hacia el Arroyo Sacra, y la otra hacia el puerto, en donde toman posiciones. El día 29 pasa en relativa calma, conservándose los sitiadores en los puestos elegidos. Ante la aparición de un grupo de oficiales que se adelantan en tren de reconocimiento hasta lo alto de las lomas cercanas, el cañoncito del Baluarte les dirige dos disparos que no llegan a alcanzarlos.

Ese día Flores mandó un parlamento. Se reunió el Estado Mayor y, cuando se debatía una posible capitulación, Lucas Píriz la rechazó de plano, alegando que la sangre vertida por los compañeros los obligaba a morir junto con ellos: "*Ese parlamento debe ser rechazado a balazos*", tal fue lo que dispuso Leandro Gómez. Pero no se le tiró a matar, como alguien afirmara, sino para hacerle entender que las leyes de la guerra no obligan a escuchar parlamentos del enemigo.

El día 30 pasa también sin novedad. Pero esa noche se sintió un ruido inusual de carretas y otros vehículos. Enviado con veinte hombres a descubrir la causa, el capitán Marote se adelanta por demás y cambia varios disparos con los sitiadores, que estaban instalando una batería en la colina llamada Bella Vista, a unas doce cuadras al norte de la plaza. Leandro Gómez imparte órdenes de desalojar el punto al amanecer; "a cañonazos —agrega— pues no quiero que salga nadie de trincheras". Los cañones de que se disponía eran entonces dos de hierro de calibre 12 y otro de bronce de a 8, sin contar el de 6, que sólo podía disparar algún tiro en caso extremo. Se refuerzan las barricadas. Todos quedan firmes en sus puestos. Ni pensar en dormir.

Dos horas antes de que amaneciera el día 31, un toque de diana recorrió todos los cuerpos de la guarnición. Larravide sube al Baluarte y ordena al teniente Díaz, que ocupa dicho puesto desde que Braga quedara fuera de combate, que dispare al aclarar sobre Bella Vista. Los otros dos cañones, manejados por los artilleros Pons e Irrazábal, al mando de Federico Fernández, esperan también prontos en dos esquinas de la plaza.

Apenas se escuchó el toque de diana de los sitiadores, Díaz envía el primer disparo. Más de treinta cañones, desde Bella Vista y otros puntos, contestan al unísono con un diluvio de hierro y plomo candente dirigido al Baluarte y a la iglesia, "Balas rasas, granadas, metrallas, cohetes a la congreve y balas de fusil", y además el bombardeo desde el río, convierten en escombros la comandancia, la iglesia y el torreón, así como otros edificios. La plaza queda envuelta en una nube de humo; caen cascotes de todos lados, causando heridos y hasta muertes. Todos ayudan a los artilleros, tapan boquetes, recogen heridos; y gritan vivas fervorosos a la Nación, al Gobierno, a la Independencia, a los Jefes. La comandancia debe trasladarse a otra esquina de la plaza, desplazándose entre escombros. Los fusileros esperan que haya enemigos a tiro; permanecen agazapados detrás de las paredes que quedan en pie, sintiendo silbar las balas y las granadas sobre sus cabezas, viendo caer junto a ellos a algunos compañeros.

Uno de los cañones del Baluarte es alcanzado y destruido. Otra bala destroza una rueda del cañón de a 6; la cambian por otra del armón, y ponen al armón una que sacan de un carro de municiones. Son las diez de la mañana, van cuatro horas de bombardeo, cuando una torre de la iglesia cae derrumbada, causando varias víctimas con sus escombros. El Baluarte parece a punto de caer. El cañón de a 6, reparado, vuelve a hacer fuego.

A las once, el fuego cesa casi de golpe. Disipado el humo, se ve avanzar a la infantería brasileña. No ya como el día 6, a la descubierta, sino en guerrillas, buscando reparos en los cerros y en las casas, abriendo troneras en sus paredes para tirar desde allí con sus fusiles. El ataque es contra las trincheras del Este. Allí están Gómez y otros jefes. Se refuerza la línea en ese punto. El fuego de uno y otro lado es violento. En algunos lugares se llega a pelear pared por medio; los atacantes son rechazados dejando muchos cadáveres contra los muros. Cada victoria es celebrada con dianas de clarín o de tambor. Se oyen varias, en distintos puntos, y los vivas de los vencedores. Cincuenta guardias logran contener y derrotar a todo un batallón de brasileños. Los dos cañones pequeños son llevados de un lado al otro, a donde se necesitan para desalojar a los contrarios, abriendo troneras con barretas para que pasen sus disparos. Falta a veces metralla; se cargan entonces con piedras y cascotes. Los oficiales se arman con los fusiles de los enemigos muertos y tiran a la par de sus soldados. Tres horas continúa el ataque empecinado; son ya las dos de la tarde y ningún cantón ha cedido. Los asaltantes rodean ahora el recinto y cargan por el Oeste, del lado que da al puerto. Allí está Lucas Píriz, y a su izquierda Pedro Ribero, el invulnerable, en el edificio de la jefatura; el jefe en su oficina. Se renueva allí la lucha, y vuelven

a producirse prodigios de valor, rechazándose todos los ataques. La esposa de Torcuato González cruza por entre las balas y alcanza baldes de agua a los cantones, para que aplaquen la sed los defensores, que desde el día anterior sólo comieron algunas galletas y algo de café. Inútilmente su esposo le pide que se vaya: "—¿Tú no estás cumpliendo tu deber? —le responde— pues yo cumplo el mío en donde está mi esposo. No te abandono por más que me lo exijas". La heroína rasga sus ropas y venda las heridas; los más graves son llevados al hospital, en donde Mongrell, ayudado por dos o tres mujeres, continúa su tarea inacabable.

A las tres de la tarde los sitiadores se apoderan de la Aduana. El coronel Píriz ordena que se les desaloje. Acude él mismo, y dice al oficial del cantón: "—Estoy a sus órdenes, señor oficial. Mande usted". El oficial manda "a la carga", y Píriz, empuñando su pistola, carga como un soldado más, en la primera fila, y se obtiene la victoria después de uno de los entreveros más violentos del sitio. De regreso de la acción. Píriz se sentó tranquilamente a comer unos damascos, y el comandante de la cañonera francesa, que venía con un parlamento y había visto su hazaña, corrió hacia él y lo estrechó en fuerte abrazo.

Aunque Píriz obedecía fielmente las órdenes de Gómez, era siempre partidario de salir a pelear a campo abierto. Muy pocas veces se le vio de uniforme, sino de particular, con una alta galera, dentro de la cual guardaba dos o tres pañuelos, muchas veces en zapatillas. Su pachorra y serenidad eran asombrosas. Y digna de mencionarse la proclama que difundió el 26 de diciembre, la única que no firmara Leandro Gómez. Dice en ella a sus "compañeros de armas": "*El enemigo quiere ostentar, con aparatos, que trae más fuerzas para pelearnos, y no son más que los mismos a quienes vosotros habéis acobardado y corrido vergonzosamente. Ojalá se animaran a acercarse a nuestras trincheras, para probarles una vez más nuestro patriotismo y decisión, concluyendo con esos miserables; pero no lo harán por cierto, porque bien que vosotros habéis dado ya un ejemplo con vuestra bravura*". Si hablamos aquí de Lucas Píriz, como de otros personajes, es porque al hablar de ellos hablamos de Leandro Gómez, pues era el espíritu que les había infundido éste lo que obraba en ellos. La Defensa de Paysandú se llama Leandro Gómez.

Son ya las cuatro del día 31, y el fuego y la pelea se hace general en el Norte y el Oeste. Desde las troneras que abren en todas las paredes, los atacantes fusilan prácticamente a los defensores. A cada momento se oye un toque de clarín de los sitiadores cuyo significado no se conocía. Se supo después que quería decir "¡Siga el fuego!". Varias casas con techos quinchados de paja resultan incendiadas; un humo asfixiante inunda todo. Calle por medio, los duelos se suceden: aso-

marse una cuarta significa la muerte. Relata Ribero que al asomarse un compañero le tiró de la camisa y le ordenó sentarse, y que cuando lo hizo estaba sin cabeza; se la había llevado una granada. Había que permanecer sentados o echados en el suelo; a menos de un metro de altura, las balas barrían con todo, por sobre los restos de pared. Son muchos los que caen. Pero los que quedan no desfallecen. Y los vivas a Artigas se suceden: "*¡Seremos tus dignos compatriotas, heroico Jefe de los Orientales!*".

Al filo de las cinco de la tarde, una bala perdida hiere gravemente en el abdomen a Lucas Píriz. Sigue peleando, pero pierde mucha sangre, y se le conduce a una casa aún techada. Su ausencia deja un vacío irreparable; pero nadie deja por eso de pelear. Leandro Gómez, presente en todos lados, prodiga sus exhortaciones, empuñando siempre en su mano derecha la bandera oriental, hecha jirones por el plomo enemigo. A su vista, los defensores prorrumpen en victoriosos.

Cae la noche de aquel día tremendo, y el fuego graneado continúa sin decaer un instante. Los atacantes, en número veinte veces superior, pueden reemplazarse, no así los quinientos defensores aún en pie, que deben atender su lugar sin desfallecimientos y hacer frente a los doce mil hombres que tienen en total los enemigos. Los sitiadores acercan entonces sus cañones a fin de abrir brechas en la plaza, y sus descargas son ahora atronadoras. Centran el fuego en el cantón norte de Azambuya, atacando con tropas de relevo, las que descargan sus fusiles sin interrupción. Ya es noche cerrada, y se imparte orden a los defensores de contestar con fuego lento, pues empiezan a escasear las municiones. El cansancio abruma, pero el enemigo acecha calle por medio y puede atacar ante el menor desfallecimiento. Y toda esa noche siguió el fuego de fusilería. Apenas si se tenía tiempo de pegar algún mordisco a la única galleta que se distribuyó ese día y tomar un poco de café con azúcar.

Al amanecer del nuevo día, 1º de enero del 65, se vio que los brasileños habían levantado en el costado Oeste espesas barricadas, con bloques, bolsas de lana y de tierra y otros materiales, sobre las que habían izado la bandera auriverde del Imperio. Desde un rancho cercano, un cantón enemigo hace estragos con su fuego cruzado. Tiene techo de paja, y con lanzafuegos encendidos en la boca del fusil, se logra incendiar el rancho y acribillar entonces al enemigo que huye.

El fuego sigue con infernal intensidad. Las bajas aumentan, y desde algunos cantones se manda pedir refuerzos. No hay casi de donde sacarlos sin debilitar posiciones, y es así necesario correrse de un lado al otro, a los lugares en donde el fuego arrecia, sobre todo en los numerosos boquerones abiertos por los cañonazos. El cansancio y la escasez de alimento debilita cada vez más a los exhaustos defensores. Casi

todos tienen el hombro derecho tumefacto y dolorido de tanto hacer fuego, y deben apoyar la culata en el hombro izquierdo.

Ese día la lucha se hizo más enconada en el Banco Mauá y en la Jefatura, en donde los tiros suenan continuamente a pocos metros. Se pelea desde los restos de edificios de las esquinas de 8 de Octubre, Treinta y Tres y Florida, de puerta a puerta y de ventana a ventana, entre montones de escombros. A la una de la tarde, el bravo Azambuya cae muerto de un balazo; era brasileño, así como Lucas Píriz era argentino, de Entre Ríos; también del lado de adentro de las trincheras había una Triple Alianza.

A esa hora, la guarnición se había reducido a la mitad. No hay ya tiempo ni para enterrar los muertos, y ahí quedan, como dormidos, al pie de la trinchera. Ante el hambre que sufre su gente, Torcuato González recuerda que al fondo de la comandancia se guardan dos patos; manda por ellos, un asistente va y los mata y pone agua a calentar para desplumarlos; tendido en tierra mientras esperaba, una bala de cañón termina con su vida. Y allí queda muerto, y con el trajín y el peligro constante ya nadie se acuerda ni de él ni de los patos.

Entre los episodios más dignos de recordación, no puede omitirse el protagonizado por el teniente Encina. La bandera que flameaba en la cúpula de la iglesia había sido abatida de un cañonazo, y Encina se ofreció para volverla a su sitio. Debía cruzar para ello por sobre la bóveda de la nave central y subir por la escalera que llevaba a la parte superior, en medio de las balas que repiqueteaban a su alrededor. Llegó, puso la bandera en su sitio, y venía ya cruzando de vuelta la bóveda, cuando una bala de cañón la deshizo en parte, estando Encina a punto de caer por el boquete. Aunque tambaleando, pudo llegar a tierra sano y salvo. Y allá arriba la bandera volvía a flamear como un símbolo de la resistencia.

Ese mismo día, Raña caía gravemente herido por una bala de fusil, en momentos en que alentaba a sus soldados. Uno a uno iban cayendo los heroicos jefes. También Argentó, apostado en el cuartel de artillería, es alcanzado por una bala de cañón que le lleva las dos piernas. Revolcándose en el suelo, viva a la Patria y a la guarnición. Lo llevan en una camilla al hospital; "Compañeros —dice entonces— peleen hasta morir. Les recomiendo mi familia". Y muere cuando aún no habían salido de la plaza.

La situación se agrava por momentos. El recinto era ya un montón de ruinas, ya casi indefendibles ante las fuerzas continuamente renovadas de un ejército formidable. Por todos lados se oían quejidos de heridos que no podían atenderse. Y la pestilencia producida por los cadáveres, en aquel día de gran calor, se volvía insoportable. Ya no quedaban casi municiones ni alimentos. Leandro Gómez no quería ni oír hablar de rendición. Pero el cuadro era dantesco; los soldados

caían abrumados por el hambre, por la sed, por un tremendo cansancio; y fue solamente ante las terribles penurias que amenazaban terminar con todos, que resolvió convocar finalmente a los jefes del Estado Mayor.

Son las nueve de la noche. Allí están Aberastury, Ribero, Estomba, Larravide, Torcuato González, García, Benítez, Hernández y Castellanos; Gómez los consulta. Intercambian opiniones. Todos coinciden en que es imposible resistir un día más; había varios puntos desguarnecidos y era evidente que a la primera carga todo se desmoronaría.

Aberastury propuso negociar entonces una rendición; pero Leandro Gómez rechazó dicha propuesta. Propuso pedir una tregua de 24 horas para enterrar los cadáveres. Inmenso conflicto interior lo atormentaba: rendirse, jamás; pero no podía disponer de la vida de los compañeros, que habían dado de sí cuanto la patria podía reclamarles. Se pensó que Flores pediría una rendición sin condiciones. Gómez preguntó su opinión a Larravide, a quien se le ocurrió una solución desesperada: salir en columna cerrada, dirigirse al río y luego dispersarse; morirían muchos, pero algunos podrían escapar; y de ese modo no habría rendición. Creyó tal vez satisfacer de esa manera los deseos de Leandro Gómez. Pero el heroico jefe, a esa altura, consideraba con calma impresionante la realidad en que se hallaban: "*Eso no es posible. Tenemos muchos compañeros heridos y no los debemos abandonar. Flores, en último caso, nos concederá una capitulación como la merecen nuestros heroicos soldados, y saldremos de Paysandú con todos los honores de la guerra, como dice el comandante Aberastury*".

Luego de algunas observaciones de Larravide, y posteriormente de Ribero, quien propuso pedir dos horas de tregua, se acordó solicitar ocho. Se escribió la nota, la firmó Leandro Gómez, y se envió como parlamentario al mayor florista Arroyo, que había sido tomado prisionero. Lo hicieron salir por la esquina de la Jefatura, con una bandera blanca y un farol encendido, luego de indicársele las precauciones que debía tomar a su regreso. Al volver a su cantón, Torcuato González dio su versión de lo conversado en la reunión: "*El viejo está encaprichado en continuar la pelea, pero ya no podemos resistir, pues no nos queda gente para defender las trincheras*". Al resplandor de los incendios de diez casas que ardieron esa noche, los sitiados permanecían en sus puestos como sonámbulos, en tanto el enemigo tomaba posiciones cada vez más cercanas.





CAPITULO XIII

EL ULTIMO DIA DE LA DEFENSA

El tiroteo continuaba mientras tanto en rachas continuadas. Pasan tres, cuatro horas, y el comisionado no regresa. Se duda ya que lo haga. Y llegan así las cuatro de la mañana del día 2 de enero.

Al amanecer, Gómez remite una segunda nota, ahora con el Coronel Atanasildo Saldanha, otro de los jefes prisioneros. Llega en ese momento la noticia de que el estado de Lucas Píriz se ha agravado, lo que provoca gran consternación. Gómez se apresura a acudir junto a su lecho; el bravo guerrero herido, ya sin fuerzas, moribundo, sólo pensó en recomendarle que cuidara la defensa en el costado Oeste, junto a la Jefatura, punto en el cual se estaban concentrando los ataques. Poco después expiraba, habiendo cumplido con sus deberes de guerrero hasta el último minuto de su vida.

Con las primeras luces, la artillería brasileña había reiniciado su cañoneo, cada vez más cerca, mientras la infantería tomaba posiciones fuera del alcance de los fusileros sanduceros. A las siete de la mañana se produjo otra baja sensible: Azambuya, que mandaba el cantón apostado en una casa frente al Banco Mauá, intenta cruzar al Ancla Dorada y es alcanzado por una bala, muriendo de inmediato. Rafael Ribero logra recuperar el cuerpo y llevarlo al Ancla Dorada, desde donde se retira al edificio de la Jefatura. El asistente de Azambuya corre a comunicar la muerte de su jefe a Gómez, quien se dispone a ir, pero el asistente lo disuade explicándole el peligro que corría. Gómez le pide entonces que le traiga los objetos que pudiera tener Azambuya, y que trasmita a Pedro Ribero la orden de sustituirlo. Poco después regresa el asistente con algunos papeles y un reloj de cadena, en tanto Pedro Ribero se apresta a ocupar el sitio de Azambuya, desde el cual no llega ningún ruido, como si no hubiese quedado nadie con vida, o como si esperaran en silencio el asalto de los brasileños para combatir contra ellos cuerpo a cuerpo. Ribero debe abrirse camino haciendo un boquete en una pared lintera, para después atravesar un espacio ba-

tido por la fusilería y la metralla. Se abotona su blusa blanca y, herido como estaba en una pierna, traspone el boquete con dificultad. Cruza el ancho baldío saltando casi en un pie, salvándose una vez más de las descargas que lloven sobre él. Llega así a un refugio casi destruido en donde están agazapados algunos pocos defensores. Le queda todavía un ancho baldío para llegar al cantón de Azambuya, pero Ribero lo cruza, esta vez sin mayor prisa. Por la mitad del trayecto, una descarga cerrada y seca hace estremecer su cuerpo. Se pone rígido un momento, y luego cae. Queda tendido inmóvil. Entre los ramajes de sauce de la acera de enfrente se asoman asombrados algunos soldados: han abatido al hombre invulnerable, al de la blusa blanca. Se acercan al pretil de la azotea, gozan su triunfo. Pero se produce lo increíble: el cuerpo de Ribero empieza a moverse, apoya su cabeza en la tierra, luego los codos: queda de rodillas, y logra ponerse finalmente en pie, firmemente erguido. En su camisa blanca, una mancha roja aparece como una condecoración que le cubre poco a poco todo el pecho. Y avanza hacia la azotea fronteriza empuñando su pistola, sin ni siquiera cojear.

Varios soldados enemigos, paralizados primero de terror, huyen de pronto como poseídos. Un sargento que se anima a quedarse apunta contra él, pero Ribero se le adelanta y el atacante cae como fulminado. Otro grupo descarga entonces con furia sus armas, y el jefe político de Paysandú vuelve a caer, después de disparar de nuevo su pistola. Esta vez, el cuerpo de Ribero queda definitivamente inmóvil. Sus hermanos corren y logran recogerlo y llevarlo. Su blusa blanca es ahora completamente roja.

Apenas enterado de su muerte, Leandro Gómez envía la orden de poner bandera blanca en todos los cantones como señal de parlamento, y suspender al mismo tiempo el fuego. Ordena también arriar la bandera punzó del torreón, señal de combate, de la que solamente queda un jirón flameando. Debe ponerse en su lugar una bandera blanca, pero la orden es imposible de cumplir, pues las drizas están rotas y vuelan con el viento. Si bien había orden de cesar el fuego, debía intimarse a retroceder a todo enemigo que avanzara. Pero al ver las banderas blancas, y al suspenderse el cañoneo, la infantería brasileña se empezó a adelantar sobre el costado Este.

En ese instante vuelve Saldanha, quien cumplió dignamente su palabra. Trae una nota que firman Flores, Tamandaré y Mena Barreto, dirigida "Al Señor General Don Leandro Gómez": *"Después de la obstinada resistencia hecha por la guarnición de su mando, sin esperanza alguna de salvación, no puede hacerse lugar a la tregua que Ud. solicita en su nota de ayer, que acabamos de recibir, no obstante los derechos de guerra que invoca"*. No aceptan alargar por tantas horas *"las calamidades de la guerra"*, la responsabilidad de cuyas muertes

y ruinas *"pesa exclusivamente sobre V.S."*. Ríndase con la guarnición de su mando, en calidad de prisionero de guerra, en cuya condición serán tratados con las consideraciones debidas: *única proposición que podemos hacerle. Dios guarde a V.S. muchos años*". "Muchos años" que no serían en realidad sino muy pocas horas.

Debe hacerse notar que los tres jefes firmaban como un comando unificado. Y eran los tres, con igualdad de autoridad, quienes imponían el rendimiento incondicional.

Entre tanto, muchos sitiadores, casi todos desarmados, se acercaron en varios puntos a las trincheras. En algunos no había defensores, en otros no se había recibido la orden de la comandancia de cesar el fuego, la que dio lugar por otra parte a confusión de uno y otro lado. Hubo cantones que pensaron resistir, pero el enemigo venía desarmado, muchos ya habían entrado por el Ancla Dorada, y como las órdenes no llegaron, o llegaron mal, nadie entendía lo que pasaba. Para colmo se vio ondear por algunos momentos el pabellón brasileño en lo alto del Baluarte, sin que nadie supiera quién lo había izado, volviendo al poco rato a aparecer la bandera oriental. Algunos defensores, desconsolados y quebrantados como estaban por el cansancio, se dejaron caer literalmente derrengados. Los testimonios acerca de lo sucedido en esos momentos dramáticos sólo ofrecen momentos parciales. Cada uno cuenta lo que pudo ver, y la confusión era demasiado grande como para abarcarlo todo. Al dar nuestra versión, nos atenemos estrictamente a los detalles que pueden coordinarse con alguna coherencia.

CAPITULO XIV

EL FUSILAMIENTO

Atanasio Ribero fue el que corrió a avisar la entrada de los brasileños a Leandro Gómez, quien lo hizo sentar para que escribiera al dictado una carta dirigida a Venancio Flores. Como la mano de Ribero temblaba, debió ocupar su lugar Ernesto de las Carreras. En esos mismos momentos reingresaba a la plaza el capitán Areta con un grupo de hombres de una incursión fuera de trincheras, y al ver a un piquete de brasileños, sin saber lo que pasaba, les intimó rendirse, pero fue sorprendido y atacado desde una bocacalle lateral por otro grupo numeroso al mando del Cnel. Bello, quien lo redujo de inmediato. Bello preguntó a Areta en dónde estaba Gómez, a quien deseaba hablar, y Areta le indicó el lugar. Así fue que, apenas de las Carreras se aprestaba a escribir la nota que le empezara a dictar Gómez, entró Bello con su gente sorprendiendo a todos sin darles tiempo a nada. El coronel brasileño dijo a Gómez que la guerra había terminado en Paysandú y que lo tomaba prisionero, garantizándole la vida en nombre de sus jefes. En vano algunos jefes gritaron reclamando el cumplimiento de la tregua y que se enviara la contestación que se estaba redactando. La actitud de los brasileños fue irreductible. Afuera aumentaba el tumulto. Ya nada era posible, y Leandro Gómez, a quien se le aseguró además que se le llevaba para hablar con Flores y con Tamandaré, les entregó entonces su espada y les contestó que nada pedía para él, sino para sus oficiales y soldados. Le advirtió Bello que en algunas trincheras se seguía combatiendo, y Gómez volvió entonces a enviar la orden de que se pusiera la bandera blanca en todos los cantones, de que se retiraran todos a la plaza y pusieran las armas en pabellón. Junto con Gómez estaban Braga, Fernández, Acuña, Atanasio Ribero, Estomba y de las Carreras, quienes no pudieron ni pensar en resistirse, ante lo imprevisto de la aparición de los brasileños, los que habían entrado por 8 de Octubre, tomando luego por 18 de Julio hasta llegar a la Co-

mandancia, instalada en el Cuartel de los Guardias Nacionales, en el costado Oeste de la plaza. Agreguemos que nunca se conoció el tenor de la carta que Gómez había empezado para Flores.

La entrada en tropel de los brasileños, y con ellos varios grupos de soldados floristas, impidió que algunos cantones pudieran replegarse a la plaza, quedando cortados en sus ubicaciones. Muchos de ellos, a los que no pudo notificarse, gritaban "¡Traición!"; los oficiales rompían sus espadas, y los soldados arrojaban desesperados los fusiles contra el suelo, después de 53 horas ininterrumpidas de lucha. En algunos puntos los intrusos abrazaban a los defensores viviendo a Gómez y a la guarnición. La palabra "hermanos" brotaba de muchos labios y se desvanecían así algunas resistencias. Muchos de esos grupos, que entraban desarmados, hubieran podido ser reducidos fácilmente; pero su actitud amistosa desorientó y desarmó a la vez a los defensores, de los cuales poco más de un centenar pudo reunirse en la plaza.

Leandro Gómez y sus oficiales salieron de la Comandancia custodiados por el destacamento de Bello, siguiendo por 18 de Julio rumbo al portón del Oeste, que daba hacia el puerto. A poco andar se encontraron con el comandante Belén y otros jefes colorados, quienes abrazaron a Gómez con efusión, asegurándole que Flores y los jefes brasileños garantizaban su vida y la de sus compañeros. Belén lo reclamó entonces como su prisionero, invocando órdenes de Flores y de Gregorio Suárez. Se opusieron los brasileños, y Leandro Gómez, conmovido por sentimientos de reconciliación fraternal entre los orientales, expresó entonces que prefería ser prisionero de sus compatriotas, con quienes continuó su trayecto. Según una versión, se cruzaron con treinta jinetes floristas al mando de Gregorio Suárez, quien les habría dicho: "*—¿A dónde llevan Uds. a ese hombre? ¿Hasta dónde han de llegar las condescendencias y compadrazgos que hasta lo llevan del brazo? Entréguenlo Uds. a esos muchachos*". Y como no obedecieran su orden, agregó: "*—Está bien, llévenselo; pero allá lo veremos*". Al pasar por la bocacalle de la Jefatura, Belén pidió al capitán Trueba que le cediera su escolta para custodiar mejor los presos; Trueba le dejó seis infantes, un sargento y un cabo, quienes habrían sido los que fusilaron a Leandro Gómez.

El grupo de los prisioneros dobló luego por la calle Comercio hasta detenerse junto a la trinchera de 8 de Octubre. Presintiendo seguramente su sacrificio, Leandro Gómez sacó el reloj de su bolsillo y se lo regaló a Belén, hacia quien se sentía agradecido por la consideración que creyó le había demostrado. Belén lo mostró en alto, diciendo: "*—Señores; este reloj me lo regaló el Gral. Gómez*", lo que éste confirmó, agregando: "*—Si señor; se lo regalo*". Hizo después girar su anillo, y se le oyó decir: "*—Esto debo llevarlo, vamos*".

Y se continuó por 8 de Octubre hasta llegar a Treinta y Tres, deteniéndose en la casa paterna de los Ribero, casa compuesta de dos cuerpos: un almacén y dos piezas con cochera y caballeriza al fondo, y las habitaciones de la familia sobre 8 de Octubre.

Los prisioneros, que a la sazón habían quedado reducidos a cinco, fueron conducidos a la caballeriza. De allí fueron solicitados por el capitán Rodríguez, sobrino de Suárez, siendo conducidos ante el Tribunal que integraban entre otros Gregorio Suárez e Isaac de Tezanos. Debe suponerse que si Belén se dirigió a la casa de Maximiano Ribero, era porque sabía que allí estaba Suárez. Según el práctico brasileño Dugros, cuando Belén le comunicó que le llevaba los prisioneros, Suárez exclamó: "*¡Quítelos de mi presencia, carajo! ¡No los quiero ver! ¡Páselos para el fondo y cumpla allí con su deber!*". Y Belén dispuso entonces el fusilamiento, sin que se efectuara ni siquiera un simulacro de enjuiciamiento. La orden de Suárez, dicha tal como se le atribuyó, tenía la ambigüedad suficiente como para que después pudiera negar que había dado orden de fusilamiento. Lo cierto es que aceptará más tarde su responsabilidad, aunque su señora viuda, al ser entrevistada por Rómulo F. Rossi muchos años después, dijera que el fusilamiento había sido "una decisión personalísima de Belén".

De la caballeriza, Leandro Gómez fue llevado al huerto, y fue fusilado sin más trámite contra la pared de la casa que daba al Oeste, a la izquierda de la salida. Recibió todos los disparos en el pecho, cayendo muerto en el acto. De sus heridas no salió ni una gota de sangre, quedando solamente las marcas de las balas. En una mano tenía la nota en la que Flores, Mena Barreto y Tamandaré le ofrecían garantías por su vida. Así cayó Leandro Gómez mortalmente herido; pero no en su carne viva, sino solamente en la superficie del acontecimiento, al que fuera conducido como a ese borde definitorio en donde él era más él que nunca. Los ciento cincuenta disparos del fusilero Ardifi no habían dado tampoco con su cuerpo. Y si las balas de sus verdugos no le sacaron sangre, es porque no le quitaron sino la muerte que él ya había ofrendado, pero no la vida, que estaba más allá de toda circunstancia. Al fin de cuentas, es con muertes así que se construye la verdadera Independencia.

Los otros cuatro jefes prisioneros oyeron las detonaciones desde la caballeriza. Vino enseguida el mismo jefe en busca de otro; como se dirigiera a Acuña, que era el más cercano, Braga se adelantó y dijo que antes le correspondía a él, por ser el de más alta graduación. Y como demoraban en tirarle, les gritó: "*¡Tiren, cobardes! ¡Piensan que estamos aquí para conservar la vida!*". Y rubricó sus palabras con una sonora carcajada. Luego fueron fusilados Acuña y Federico Fernández. Fernández se sacó su poncho de verano y la blu-

sa y se los dio a sus custodias, diciendo que a él ya no le servirían, y que así se evitaba que se agujerearan y mancharan de sangre. En cuanto al quinto prisionero, Atanasio Ribero, se negó a sacarse su poncho de vicuña: "*—No; el poncho no me lo dejo quitar. Después que me maten, tómelo quien quiera*". Su aplomo impresionó tanto, que un jefe presente ordenó: "*—No maten a ese petiso, que es un valiente*". Y allá se fue Ribero con su poncho.

Los cadáveres quedaron tirados en el suelo, expuestos a la curiosidad de cuantos quisieron verlos. Entre los presentes, se acercó el comerciante Eleuterio Mujica, blanco y amigo de Gómez, a quien cortó la barba con una tijera, atándola con una cinta celeste; su propósito, común en esos años, era entregarla a sus deudos, lo que verificó, conservándose actualmente.

Eran las nueve de la mañana de un día muy caluroso. Esa tarde se llevaron los cuerpos en carretilla al cementerio viejo, hoy Monumento a Perpetuidad, y se arrojaron en el osario común.



TRISTAN AZAMBUYA

CAPITULO XV

LOS RESPONSABLES

Una vez dentro de la plaza, el ejército sitiador fue tomando prisioneros a jefes, oficiales y tropa, sin que nadie atinara a enfrentar la situación, la que por otra parte no admitía ya ninguna resistencia. Obedeciendo a lo ordenado por Leandro Gómez, y como ya estaba convenido, varios grupos se dirigieron a la plaza, abatidos y desconcertados, sin saber qué iría a ser de ellos. Los jefes y algunos soldados brasileños los trataron con toda corrección. A todo esto, el almirante argentino Muratore había obtenido esa madrugada una nota de Flores concediendo a Leandro Gómez una hora y media para rendirse, y ofreciendo todas las garantías a jefes y oficiales; pero a pesar de la prisa con que subió a su calesa y acudió a la plaza, no pudo llegar a tiempo. En su trayecto iba diciendo a todos los jefes y oficiales que encontraba que había conseguido garantías y pasaportes para todos. Cuando llegó a la plaza, siempre con un latiguillo en la mano, se dirigió a los defensores allí apostados y les garantizó sus vidas, alabando calurosamente su valentía y espíritu de sacrificio. Desembocó en ese momento en la plaza el Goyo Suárez a la cabeza de un grupo florista, y empezó enseguida a recriminarles a los gritos: "*¡Cobardes, infames; gritarles macacos a una nación honrada. Si no fuera por el almirante Muratore los fusilaba a todos ahora mismo!*". El almirante argentino lo increpó entonces con firmeza: "*—Señor coronel: está Ud. ante prisioneros rendidos y desarmados, que las leyes de la guerra respetan y son dignos de consideración por el valor de que han dado pruebas*". Suárez conminó entonces a que se adelantaran quienes fueran oficiales; demoraron en hacerlo, pues era claro que abrigaba el propósito de fusilarlos. En ese momento, según una versión, le habría llegado un mensaje escrito de Venancio Flores que leyó cruzando una pierna sobre su caballo, y fue entonces que desistió malhumorado de su decisión. Pero ya su gente, alen-

tada por su actitud burlona y ofensiva, empezó a cometer violentas agresiones. En el atrio semidestruido de la iglesia, el capitán Lamela debió defenderse con su extraordinario arrojo ante un grupo de atacantes que pretendían ultimarlos, hasta que el jefe florista Dionisio Yrigoyen, atraído por su valentía, se interpuso y lo llevó consigo, invitándolo a que lo siguiera como ayudante. Fue así que Lamela militó en lo sucesivo con los colorados, y quiso su destino que, cinco años después, muriera degollado por los blancos cerca de Dolores.

Entre los presentes en la plaza reconoció Suárez al capitán Enrique Olivera, a quien un amigo florista había hecho poner un sombrero con divisa colorada, y lo insultó y golpeó con el asta de la bandera que llevaba, conminándolo a descubrirse; de nuevo debió intervenir Muratore para reprocharle su violencia y obligar a otro oficial a que guardara la espada que había desenvainado en actitud agresiva. Suárez cambió entonces de tono, diciendo que era "una cohardía haberse rendido con muchachos tan valientes". Junto con él había venido la señora de Torcuato González, enarbolando en un palo de escoba una toalla blanca, tratando de apaciguar los ánimos y de confortar a muchos de los defensores, hasta que Suárez resolvió irse con su gente. Muratore entonces se retiró, llevando consigo a varios oficiales. Pero apenas se fue, volvieron a perpetrarse nuevas escenas de violencia, a cargo en muchos casos de soldados brasileños, mientras sus oficiales, en cambio, adoptaban actitudes de suma consideración, intentando reprimir los excesos, saqueos, atropellos y asesinatos que siguieron produciéndose durante largo lapso en toda la ciudad. Se vio cómo un pelotón llevaba al teniente Arcas para fusilarlo. El sargento Marote, que yacía muy herido en su lecho, fue apuñaleado por otro grupo. El capitán Benavidez, que estaba desarmado, debió defenderse a ladrillazos ante quienes intentaban ultimarlos, lo que lograron finalmente. Más suerte tuvo el comandante Benítez, que pudo escapar defendiéndose a escotazo limpio para refugiarse finalmente en un cuerpo brasileño, cuyo jefe le salvó la vida. En actitud sorprendente, como queriendo tal vez cerrar de algún modo la extraordinaria página de historia que se había vivido, algunos defensores se acercaron a la verja que limitaba la destruida pirámide y tocaron dianas con sus clarines.

Varios jefes colorados demostraron gran solicitud para salvar a jefes y oficiales prisioneros. Según el capitán Areta, se produjo "una carnicería horrible". Si Areta se salvó fue porque el Cnel. Olave lo sacó de un brazo y lo acompañó hasta el puerto. Ventura Rodríguez —algunos lo niegan— amparó a varios prisioneros acosados, en especial al Cnel. Raña, gravemente herido, que habría de morir dos días después. También los hermanos Gregorio y Enrique Castro prodigaron su protección a cuantos encontraban en peligro. Varios de-

fensores lograron escapar mezclándose con los invasores, validos de que los floristas no usaban uniforme. Los jefes brasileños, por su parte, recorrían las calles impidiendo los desmanes de su gente, reunieron a los oficiales de la defensa y los acompañaron hasta la costa bajo la custodia de un batallón; allí los dejaron libres de embarcarse para la Argentina, accediendo a la solicitud de Urquiza, mientras sus bandas ejecutaban marchas y rendían honores al enemigo vencido. Muchos de los que partían lloraban al recibir ese marcial saludo. Como sucede en las situaciones extremas, se puso en evidencia en suma lo peor y lo mejor de lo que contiene el corazón humano.

Horas después, los prisioneros concentrados en la plaza que pudieron salir indemnes, eran llevados fuera del recinto a la casa de azotea de Servando Gómez, en donde se les dio de comer. Quienes tenían amistad con los jefes colorados resultaron liberados, como los hermanos Ribero. Poco después llegaban allí Flores y Tamandaré. Flores empezó por reprocharles una resistencia que calificó de "inútil", atribuyéndolo a un capricho de los jefes, cuyo único resultado había sido la muerte de muchos orientales y la ruina de la ciudad. Les habló en tono "paternal", elogiándolos por su valentía y anunciándoles que quedaban en libertad. Agregó que podía emigrar el que quisiera, pero les aconsejó quedarse en el país, recordando su propia y penosa experiencia. Tamandaré creyó necesario conminarlos a que no intervinieran en la guerra que, según él, había desencadenado el Paraguay invadiendo el Brasil, pero el silencio de Flores tranquilizó a todos acerca de la libertad ya concedida.

A las cinco de la tarde Flores visitaba Paysandú, en donde se interesó por la salud de Raña. Entre los prisioneros cuya liberación dispuso, figuraba Tomás Gómez, el mismo patriota que colaborara en el cruce de los Treinta y Tres, y que a pesar de sus setenta años había querido compartir las vicisitudes de la defensa. Menos suerte tuvieron los defensores sin grado alguno, los que habrían de ser conducidos a combatir al Paraguay.

Sobre la responsabilidad de Suárez y de Belén en el fusilamiento de los jefes de Paysandú, Flores supo muy bien a qué atenerse. El mismo Suárez —según relata Zenón de Tezanos— aceptó su culpabilidad ante Flores y Tamandaré, si bien trató de justificarse alegando que tenía hondos agravios que vengar. Los blancos habrían hecho víctima a su familia en varias ocasiones "de castigos corporales, de ultrajes y del despojo de sus bienes". Relató que después de atar a su madre con maneadores en el horcón de su rancho en Polanco del Río Negro, le prendieron fuego para que muriera. Al recoger "los restos calcinados de mi pobre vieja —agregó Suárez— juré ser rígidamente severo en las guerras con mis contrarios". "Por esto, es que odio a los blancos". "¿Qué hubiera hecho Ud. en mi lugar?",

preguntó a Tamandaré, quien permaneció callado. Si en Paysandú salvó a Estomba y a de las Carreras, fue por "*deberes de amistad*". Cuando Suárez murió, estaba construyendo una iglesia en memoria de su madre, en el mismo lugar en donde se levantaba el rancho incendiado. Según otro testimonio que recogen Pons y Erausquir, Suárez habría afirmado que fueron "*ejecutados por su inicuo proceder, el Cnel. Leandro Gómez, el teniente coronel Eduviges Acuña, el comandante Juan M. Braga y otros varios*". Los oficiales muertos fueron 25, muchos de ellos asesinados en agresiones inconsultas. Los oficiales evacuados fueron 85.

En cuanto a Belén, Flores no quería ni verlo; "*—¿En cuanto te vea en el campamento te haré fusilar!*", le habría dicho según Zenón de Tezanos. En la marcha posterior hacia Montevideo, se podía ver a Belén seguir al ejército de lejos, hasta que por intercesión de Regules se le permitió acercarse, no sin antes hacérsele objeto de severos reproches y amenazas.

Suárez conservó con respecto a Flores una prevención no siempre reprimida, y es casi demostrable su participación decisiva en la muerte infligida a Don Venancio el 19 de febrero de 1868. De todos modos, Flores no tomó ninguna medida contra los culpables de un acto que, por los menos, fue de grave insubordinación. Nada, sin embargo, autoriza a pensar que la idea de fusilar a Leandro Gómez pudiera entrar ni en sus sentimientos ni en sus cálculos. ¿Qué podía ganar Venancio Flores, en efecto, con aquellas muertes y con aquellas ruinas, con tan ominosas sombras arrojadas sobre una victoria que era ya segura?

La insubordinación de Suárez se cometió también contra Tamandaré, quien, con Mena Barreto, compartía de hecho el mando de las operaciones. El parte de Mena Barreto del mismo día, 2 de enero, lo expresa sin ambages: "*El ejército y la escuadra imperial, en combinación con las fuerzas al mando del distinguido general don Venancio Flores, triunfaron valerosamente el 2 del corriente sobre los muros de Paysandú. [Dicho combate] ha de figurar en nuestra historia como el primer hecho de armas del ejército brasileño [...]. Siendo nuestra misión de honra, como lo es, prisioneros, piezas, municiones y pertrechos existen en poder del valiente jefe de la cruzada libertadora*"; a lo que agrega Tamandaré: "*No pude contener la indignación al ver manchar así una tan espléndida victoria*". Aunque dice que habían recibido "*grandes afrentas*", "*yo quería que su vida fuera respetada [...]. Pero la fatalidad lo empujó a su destino, haciéndole dejar por su orgullo la protección de la bandera brasileña, sin recordar que los odios políticos son siempre más crueles que los nacionales*".

El propio ministro Paranhos, en reunión del Senado realizada en junio de ese año, reprochó el fusilamiento de los jefes de la defensa,

contestando el Ministro de Negocios Extranjeros que "el Gobierno juzga conveniente que V.E. solicite del General Flores el castigo de Goyo Suárez y de los otros subordinados al mismo general que concurrieran para que tuviera lugar semejante atentado que tanto empaña la victoria que obtuvimos en Paysandú".

Interesa no obstante consignar la manera diferente con que fue recibida en Brasil y Argentina la noticia de la caída de Paysandú. Mientras en grandes sectores de la Argentina, en especial de Entre Ríos, la hazaña de Leandro Gómez al frente de un grupo reducido de orientales, conteniendo a poderosos ejércitos de más de diez mil brasileños apoyados por su escuadra, suscitó general simpatía y reacciones contrarias al Brasil, en casi todo el Imperio, en cambio, se festejó con entusiasmo lo que se consideró una victoria gloriosa para la nación.

Entre las personalidades argentinas que expresaron su adhesión a Paysandú, merecen párrafo aparte dos destacados escritores. Uno de ellos fue Carlos Guido y Spano, quien publicara exaltados artículos en la prensa durante y después de la defensa. Al caer la ciudad, dijo entre otras cosas: "*Consumatum est. ¡Paysandú ha caído; sus más nobles defensores perecieron! No: Paysandú se ha eternizado; esos héroes viven y vivirán perpetuamente en el corazón de los hombres libres. [...] L. GOMEZ, PIRIZ... La tierra regada por vuestra sangre generosa, es un altar. Postrémonos ante ella. Pidamos nobles inspiraciones a vuestra memoria venerable. Ejemplo a vuestra vida. Ejemplo a vuestra muerte.*" También expresó su adhesión el futuro autor de "Martín Fierro", José Hernández, quien enfervorizado por el heroísmo de los defensores, viajó a Paysandú con la intención de incorporarse como soldado, llegando a la isla de la Caridad el mismo día en que caía la ciudad. Allí, junto con Guido y Spano, recibió a su hermano Rafael, aún convaleciente. También Olegario V. Andrade escribió encendidos poemas en homenaje a Paysandú y sus defensores. Dijo allí:

*"¡Leandro Gómez y Piriz! semidioses
de la moderna edad, en la batalla
creció, creció vuestra soberbia talla,
se volvió vuestro nombre colosal."*

CAPITULO XVI

EL HOMENAJE AL HEROE

En cuanto a nuestro país, Montevideo sintió con intensa emoción la suerte corrida por Leandro Gómez y el martirio a que fue sometida la ciudad. El presidente Aguirre, apenas conocida la noticia, publicó un manifiesto en el que decía: "*Las fuerzas brasileñas unidas a los traidores que acaudilla Venancio Flores, han cometido un acto de repugnante crueldad y barbarie. La heroica Paysandú sucumbió al fin, después de haber luchado como luchan los héroes por la independencia de la patria. Los bárbaros y cobardes vencedores tuvieron la vileza de mandar fusilar a los héroes Leandro Gómez, Estomba, Braga y Fernández.*" Termina formulando un voto de "venganza". Con fecha 11 de enero, emite un decreto por el cual se designa Brigadier General a Leandro Gómez, así como a Lucas Piriz, cuyos hijos recibirían "instrucción profesional por cuenta de la Nación". Se promovió a todos los jefes y oficiales de línea de la Guardia Nacional, asignándose pensión a las viudas e hijos de los desaparecidos. Se resolvió además realizar "solemnes exequias en la iglesia Matriz", a la que asistirían las principales autoridades nacionales, y "todas las fuerzas de guarnición de gran parada". Dicha exaltación no podía sin embargo alterar el curso de los acontecimientos. Pocas semanas después, en efecto, Tomás Villalba entregaba sin defensa la ciudad, y el 20 de febrero entraba el ejército imperial. Así fue que invadieron el país en el aniversario de Sarandí, y ocuparon la capital en el de Ituzaingó.

La figura de Leandro Gómez fue adquiriendo con los años valor simbólico, arraigando en la conciencia general como un paradigma de valor y sacrificio. Visto con respeto por los adversarios, se constituyó en bandera para los blancos, con lo cual se contrarrestaba la que levantaban los colorados con la "Hecatombe de Quinteros".

La culminación de esa devoción partidaria, que aspiraba con títulos respetables a convertirse en sentimiento nacional, se produjo en

1884, año en que se rindieron espectaculares homenajes al héroe de Paysandú. Dicha conmemoración estuvo precedida por circunstancias dignas de rememorarse, empezando por lo acontecido con los restos mortales desde que fueron arrojados al osario común, en la tarde misma del 2 de enero de 1865, día de su fusilamiento.

No pasaron muchos días sin que los restos de Leandro Gómez fueran exhumados por su suegro Pedro Lenguas, quien debió interceder para ello ante su amigo Mariano Pereda. La identificación se hizo rápidamente, así como la de Braga, gracias a la intervención del Dr. Mongrell, quien lo reconoció por su conformación dentaria y una cicatriz en la cabeza. Los restos del héroe fueron entonces sepultados a pocos metros del lugar.

Meses después, y temiendo una profanación, el Dr. Mongrell extrajo los restos, y previa limpieza con agua de cal y aguardiente cubano, los guardó en un pequeño baúl de cuero que conservó algún tiempo en un desván de su casa, en un pequeño cajón de madera forrado con hule por el propio doctor Lenguas. Tiempo después el cajón fue transportado a Concepción del Uruguay. Cambió luego de custodios en varias ocasiones, el P. Ereño, Pedro Aramburu y Carolina Britos, hasta que pudo intervenir Leandro Gómez, hijo primogénito, consiguiendo por medio del Dr. Mongrell que le fueran entregados los restos mortales de su padre. Diversas gestiones, en las que participaron los doctores Juan José de Herrera y Domingo Aramburú, culminaron en su repatriación. Y fue así que el 2 de enero de 1884, a los 19 años de su muerte, los restos de Leandro Gómez pudieron ser finalmente depositados en el hermoso túmulo que fuera construido en 1866 en el Cementerio Central.

Los actos conmemorativos de 1884 alcanzaron extraordinarias proporciones. La catedral rebosaba de público, y al paso del cortejo las calles, balcones y azoteas desbordaban de gente. La oratoria en el cementerio fue extensa y muy calificada. La comitiva partió a las nueve de la mañana de la casa de la familia Gómez, en la calle de Cámaras, siendo conducidas las cenizas del héroe en una urna de nogal. Estaban presentes sus hermanos Francisco y Juan Ramón, sus dos hijos, el hijo político Alberto García Lagos y otros parientes. (*)

(*) De su primer matrimonio con Faustina Lenguas, Leandro Gómez tuvo dos hijos: Leandro, casado en Buenos Aires sin descendencia y Faustina, casada con el Dr. Alberto García Lagos, con quien tuvo cuatro hijos: Faustina, Elina, Dora y Alberto; la única que tuvo descendencia fue Faustina, casada con el Dr. Joaquín Secco Illa, once hijos, ocho de ellos casados, con muchos hijos y nietos. De su segundo matrimonio con Carmen Lenguas, Leandro Gómez tuvo otros dos hijos: César Andrés, casado en Concordia con Elena Jurado, y Luz, que falleció soltera. César tuvo diez hijos, todos radicados

Ante la urna conteniendo los restos de Leandro Gómez hicieron guardia de honor antiguos defensores de Paysandú, entre ellos los sargentos mayores Doval, Larravide y Rafael Hernández, así como sus biógrafos y también excombatientes Rafael Pons y Orlando Ribero. Presidía la Comisión de Homenaje Avelino Lerena, de quien se leyó un extenso discurso. Admitió "la efervescencia de sus pasiones y la exageración de sus delirios políticos", pero aunque "la impetuosidad de su carácter le hiciera extralimitar ciertas barreras", dijo, con Boileau, que "hasta en sus defectos mismos sabía mostrarse heroico". "Toda su vida fue un cúmulo de contrariedades y decepciones"; para "su naturaleza fogosa" no había "justo medio". Pero nada era imposible para él. Y no incurrió en excesos, tuvo el "genio" necesario para infundir su aliento con impulso irresistible. Habló después Nicanor García Leguisamón, quien evocó con fidelidad su figura viva, su "impasibilidad estoica", describiéndolo como "alto, enjuto, con frialdad en el rostro, la frente surcada por movimientos rápidos y nerviosos, con el relampagueo de los altos ideales y de los sentimientos ardientes".

Eduardo Acevedo Díaz pronunció a continuación una hermosa elocución. Dijo en una de sus últimas frases: "Esta urna no encierra tan sólo restos helados; ella simboliza los principios invencibles de la verdad y de la justicia, que sobreviven a los hombres y a los tiempos, principios invencibles de que el héroe fue carne y acción, y que en este día de apoteosis por aquí vagan con su sombra, como genios tutelares de nuestra vida y de nuestro pensamiento".

Habló luego Rafael Hernández con su estilo fluido y fervoroso. Dijo, entre otras cosas: "El sentimiento de la dignidad humana tenía en su ánimo tan profundas raíces, que cada vez que extendía su mirada hacia la frontera, lo estremecía el espectáculo de un imperio esclavócrata, y no ocultaba su esperanza de dignificar su suelo natal con una misión redentora. El general Gómez, que había militado desde capitán en la República Argentina, robusteció siempre los vínculos de amistad con ella, y su ideal era elevar la suya por los sacrificios a la libertad, considerándola predestinada a una empresa humanitaria a la que debíamos asociarnos todos".

en la Argentina, con numerosos hijos y nietos, quienes donaron documentos y objetos, algunos de Leandro Gómez, al Museo Histórico Nacional. Leandro Gómez Jurado conserva en La Plata algunos de valor estrictamente familiar. De los hermanos de Gómez descienden numerosas familias de Montevideo: Gómez Folle, Gómez Ruano, Gómez Larravide, Gómez Gavazzo, Arteaga, Arocena, Artagaveytia, Hughes, Hordeñana, etc. Fueron con cuñados de Leandro Gómez Cándido Juanicó y Luis Lerena, casados respectivamente con Sixta y Justina Lenguas.

El momento de mayor emoción en dicho homenaje, al que se asociara el gobierno de Santos rindiéndole honores de General, lo constituyó la exhibición de la bandera oriental que flameara en Paysandú, y cuya devolución obtuviera el Dr. Andrés Lamas del Brasil, siendo traída a Montevideo por el distinguido historiador Clemente L. Fregeiro, jalón fundamental en la reivindicación de Artigas. El público presente pidió que se levantara la bandera, la alzó en sus manos el Dr. Sienra y Carranza, y una aclamación saludó aquel pabellón en jirones, acribillado por las balas. El martirio del héroe apareció de ese modo impreso en la misma bandera por cuya defensa había sucumbido. El símbolo de la patria resultaba así ennoblecido por la expresión visible de uno de sus momentos más gloriosos. Esa bandera nacional que se ofrecía a la veneración de todos, fue tal vez, al levantarse por sobre los restos ilustres y por sobre la muchedumbre allí reunida, la expresión más fiel de un sentimiento que Carlos M. Maeso expresara en "Glorias Uruguayas" con ajustada concisión:

"La defensa de Paysandú no es un galardón de partido; es una gloria oriental".

Como dijera Acevedo Díaz, "nadie podría remontar la corriente de nuestra historia contemporánea sin sentirse profundamente subyugado ante este ejemplo de virtud cívica, porque nunca se confió a más esforzado prócer el honor de la república, ni a brazo más robusto el mástil de su bandera".



Esquina de 18 de Julio y Treinta y Tres, llamada del Banco de Mauá

Tales palabras, aparte de los motivos que las inspiran, tienen además otra justificación: y es la de que la muerte de Leandro Gómez sellaba con insuperable dignidad la última ocasión en que los orientales debieron combatir en su propio suelo contra fuerzas de un país extranjero. Pero más allá de toda circunstancia, su vida y su muerte, en unidad inseparable, ilustraron con fuerza deslumbrante con qué plenitud es posible llegar a la ofrenda íntegra de lo que se es, como sacrificio ante lo que se cree y lo que se quiere. Leandro Gómez se convirtió, en tal sentido, en la expresión insuperable de la devoción ideal, y en ejemplo cabal, de todo lo que el hombre puede llegar a concretar: la hazaña de ser, con su cuerpo y con su sangre, íntegramente, el depositario de una convicción y un ideal.

La suya no podía llegar a ser, claro está, esa clase superior de heroicidad a la que Scheler denomina genialidad y que, además, apunta, como la de Artigas, a la creación y salvaguardia de una comunidad más vasta. Era por ello inevitable que se extralimitara dentro del mismo hecho, habitándolo en su máxima posibilidad, como si fuera una totalidad, pero sin llegar a trascenderlo. Arrebatado por su propia intrepidez, su meta no era vencer, sino cumplir con su exigencia de ideal. Por otra parte, nada más lejos del aventurerismo: no lo atrae la acción, sino los hechos: y el hecho sólo vale para él como un todo autosuficiente. De ahí la radicalidad de sus planteos: si no hay Independencia, que haya Muerte. Si alguna vez ha de rendirse, será "cuando sucumba". No fue la menor de sus virtudes la de saber decirlo como lo sentía. Su conducta y sus palabras resultan de ese modo inseparables. Por todo lo cual, más que un portavoz o simple expresión de virtudes ya existentes, fue un ejemplo vivificante de virtudes que, siendo eminentemente suyas, se incorporaron de modo indeleble a la conciencia nacional.

SELECCION DOCUMENTAL

REIVINDICACION DE ARTIGAS

[Artículo publicado en "La República" del 20/XI/1856 con la firma L.G.; la redacción aclara que se trata del mayor Leandro Gómez. Se transcriben cuatro fragmentos.]

"De qué manera ha cumplido la República Oriental el sagrado deber que le imponen los sacrificios dedicados con admirable abnegación y generoso desprendimiento por el inmortal General Don José Gervasio Artigas?

¿De qué manera, decimos, ha correspondido el Pueblo Oriental a esos grandes servicios, que en vano han querido desconocer sus encarnizados detractores y que nunca, jamás, serán olvidados por los orientales de corazón?

¿Qué ha hecho la Nación Oriental en honor a su gran patriarca, a aquel distinguido oriental, que fue el primero que le enseñara un día el espinoso camino de la libertad y de la gloria, luchando enérgicamente, ya con la tiranía y la dominación extranjera, ya con la inquietud y la perfidia de ambiciosas pretensiones, hasta que un conjunto fatal de sucesos, que la historia imparcial señalará un día, le obligó a abandonar la Patria para siempre?"

[...] "El cansancio que esas malditas luchas ocasionan a los pueblos, el estéril sufrimiento por que han pasado, la miseria que es consiguiente a este estado fatal, todo lo conduce a esta especie de egoísmo, que viene generalmente acompañado de la mayor indiferencia por la causa pública, en cuya situación, nada pelagra más que la independencia de la nación.

Cuando los pueblos son llevados a esta terrible situación, se pierde hasta el recuerdo de lo justo, olvidando lo que se debe a los ciudadanos que la sirvieron con lealtad y honradez".

[...] "El esclarecido General Don José Gervasio Artigas, el aclamado protector de los pueblos libres, el libertador de su patria, aquel generoso oriental que concibió el hermoso pensamiento de engrandecer su país colocándolo a la altura de las primeras naciones de la América del

Sud, aquel genio fecundo por el honor, la gloria y la prosperidad de su patria, debía alejarse de ella para siempre, abandonado y perseguido con la más inaudita crueldad!

Debía ser calumniado, villipendiado villanamente por los enemigos de todo lo que es oriental, por aquellos cuya audacia escarmentó mil veces.

Debía sufrir la miseria, el olvido y hasta la ingratitud, y por fin, la muerte en el destierro, sin que una lágrima emanada de un dolorido pecho humedeciese su triste y solitaria tumba!...

¡Tal fue el destino del General Don José Gervasio Artigas! ¡Tal es generalmente el destino de los hombres magnánimos y generosos!"

[...] "Véase, por fin, hoy al Pueblo Oriental conmovido y enlutado ante la majestad de los honores fúnebres que se dedican a la memoria del magnánimo General Artigas, cuyos preciosos restos reposarán de hoy en más al pie de la gran cruz del Redentor, colocada en el centro del Cementerio Público de la Capital, y sobre las cuales se elevará en breve una gloriosa y merecida inscripción en conmemoración de sus virtudes."

LA PALABRA DE LEANDRO GOMEZ

[Transcribimos las últimas expresiones escritas de Leandro Gómez: dos cartas al presidente Aguirre, y su última proclama.]

"Excmo. Señor Presidente de la República Don Atanacio C. Aguirre. Paysandú, diciembre 14, de 1864.

Mi distinguido amigo: mis últimas fueron del 8 y 10 que confirmo. El 11, 12, 13 y hoy 14, estamos con el enemigo a la vista.

Guerrillas diarias, amenazas de bombardeos; dicen que ha ido un vapor a Buenos Aires y traer de los buques brasileiros allí surtos, unos proyectiles para continuar consumando la obra cobarde e infame iniquidad que se llama bombardeo de esa asquerosa canalla brasileña.

Mientras tanto, el espectáculo que presentaba Paysandú saqueado, convertido en ruinas, sin más población que sus defensores, pues que las familias, o han salido o las han expulsado de sus casas para robarlas más impunemente; ese espectáculo es grandioso por lo imponente y por la resolución que he tomado de perecer antes que rendirme, lo que ha tenido tanto eco entre mis bravos compañeros, que su entusiasmo llega al delirio.

¡Ah! Señor Presidente, no hay como dedicarse exclusivamente al servicio de la Patria, para que los patriotas y virtuosos orientales rodeen al que manda y llenos de abnegación se resuelvan a pelear por aquella hasta morir: tal es lo que sucede en Paysandú, tal es, señor, lo que me sucede a mí.

Aún no tengo noticias del Ejército, que lo conceptúo cerca por los movimientos del enemigo que vigila mucho la parte de la campaña, a donde han mandado fuertes partidas.

Si se viniesen tres o cuatro buques al Uruguay, desaparecería la escuadra brasileña.

Conceptúo la pérdida del enemigo en no menos de 500 hombres, incluyendo en ellos los brasileiros del Batallón Primero.

Sin tiempo para más, me repito de V.E. verdadero amigo.

Leandro Gómez.

N.B. — El hospital de sangre lo tengo muy atendido, y los heridos van salvando. Tengo como diez sin brazos o piernas, un soldado del Defensores le faltan las dos; ya dije a V.E. que mis muertos y heridos no pasan de cien; jefe, ninguno ha muerto, herido levemente en la cabeza yo, el coronel Píriz una contusión.

Leandro Gómez."

"El general Leandro Gómez a sus valientes compatriotas.

PROCLAMA

¡Soldados de la Patria! — Hoy hacen catorce días que el traidor Venancio Flores con sus bandidos y tropas brasileñas, atacó esta heroica ciudad defendida de una manera tan gloriosa por vosotros, y hoy también hacen catorce días que la escuadrilla del pérfido gobierno brasileño bombardeó por el curso de diez horas simultáneamente con aquel ataque. La lucha duró de sol a sol y toda la parte exterior de nuestras trincheras quedó cubierta de cadáveres de traidores y de esclavos del Imperio, mientras que la sangre generosa de los defensores de la independencia nacional, regó nuestras calles y salpicó la frente de nosotros que aún vivimos para vengarlos y para llevar la muerte y el exterminio ya sea a ese imbécil imperio brasileño, ya sea a los traidores adonde quiera que se encuentren.

¡Mis queridos hermanos! ¡Mis compañeros! — Aquella noche nos ocupamos de sepultar a los que tan gloriosamente murieron en aquel día tan memorable, y en preparar nuestras armas para seguir el combate el día siguiente. Tal fue nuestra preocupación y la recuerdo con placer.

¡Mis amigos! — Desde el día 6 la lucha siguió hasta hoy con más o menos violencia por la marina brasileña que arrojaba sobre esta ciudad sus granadas y balas como el asesino mata alevosamente, contando con la impunidad de su crimen, como el cobarde que hiere a traición; pero la salida que hicieron hoy parte de las fuerzas de defensa encomendadas por mí al valiente coronel Píriz, dio un término glorioso a esta situación arrojando a balazos y bayonetazos lejos de Paysandú a más de 600 traidores y cobardes brasileños que aún se conservaban a nuestro frente.

¡Soldados! — Ellos huyen despavoridos para la campaña y pronto tendréis la fausta nueva de que el ejército de reserva, habrá consumado vuestra gloriosa obra.

Mis amigos. — El cielo os bendiga, porque tal vez sobre las ruinas de Paysandú debido a nuestra resolución de morir por la patria habéis salvado la república.

¡Mis amigos! ¡Mis hijos! — El recuerdo de vuestro heroísmo en defensa de la independencia oriental queda grabado en mi corazón para siempre.

Leandro Gómez.

Ruinas de Paysandú, Diciembre 20 de 1864."

"Excmo. Señor Presidente de la República Don Atanacio C. Aguirre, Paysandú, diciembre 25 de 1864.

Mi distinguido amigo:

La última carta que recibí de V.E. es del 14 y debo confesar que los amigos que se encargaron de la correspondencia no son muy exactos en enviármela, cuando siempre hay quien entre a esta plaza.

Por el siguiente viaje del vapor "Uruguay" recibirá el gobierno el parte detallado de los hechos de armas que han tenido lugar en todo este mes en esta ciudad, especialmente los días 6 y 8, en que los enemigos fueron rechazados victoriosamente.

El día 29 ordené una salida de 250 hombres entre los que iban 60 de caballería, todos al mando del Coronel Piriz, los que cayeron sobre el enemigo como un rayo, mataron porción de ellos, huyendo los demás despavoridos lejos de aquí. Nuestras fuerzas llegaron al mismo campamento de los traidores y regresaron con 46 fusiles, sables, carabinas, porción de instrumentos de la banda de músicos, monturas, etc., etc.

Desde el 6 tenemos en nuestro poder unos 260 fusiles que en su fuga han tirado aquellos miserables y casi toda la música, dos cajas de guerra, machetes, etc., del batallón brasileño.

Desde el 20 hasta la fecha nada ha ocurrido de particular, a no ser la aparición del traidor Flores el 22. Acampó como a una legua de aquí y a la oración de ese día se embarcó el batallón brasileño.

Hoy está acampado por las Puntas del San Francisco, teniendo consigo las fuerzas de Netto. Esto me hace presumir la aproximación del ejército de reserva, del que no he tenido noticias hasta ahora, a pesar de haber mandado hasta cinco chasques.

La escuadrilla brasileña sigue inmóvil; dicen que esperan a Mena Barreto, pero si este caballero se presenta, ¿qué hemos de hacer, Excmo. Señor? Pelearemos también con él, y allá veremos cómo nos va y cómo les irá.

Por el "Uruguay" no he tenido el gusto de recibir cartas de V.E.

A 129 llegan mis pérdidas, esto es hombres fuera de combate desde el 6 hasta el 20; pero de éstos ya hay más de 20 prontos para el servicio. Tengo 7 oficiales muertos, entre ellos el bravo capitán Romero y mi ayudante Centurión, que fue la primera víctima.

Han perecido debajo de los escombros ocasionados por el bombardeo, algunas infelices mujeres y niños de corta edad. Esta es una gloria más para el infame gobierno brasileño.

Queda de V.E. amigo verdadero,

L. Gómez."

LA PROCLAMA DEL INVASOR.

"Cuartel General, Enero 15 de 1865.

Brasileños. La patria y la humanidad nos llama a otro punto del Estado Oriental.

Nuestros enemigos no son la briosa nación oriental, sabéis que la gran mayoría de ésta está con nosotros. Nuestros enemigos son éstos que ofenden la dignidad de nuestra patria y niegan justicia a sus compatriotas y a los nuestros, sacrificando a pasiones bastardas la paz y unión de este pueblo vecino y amigo.

¡Brasileños! Vamos a combatir por el Brasil y por la República Oriental, al lado del ejército que comanda el distinguido General Flores y de los bravos soldados que han derramado su sangre con la vuestra ante la trinchera de Paysandú.

Valiente esfuerzo contra el enemigo, generosidad para con los vencidos, respeto a todos los neutrales y a todas las propiedades. Cuidad con escrúpulos vuestros blasones de soldados brasileños. No os dejéis arrastrar por el ejemplo de vuestros enemigos en sus excesos.

¡Ejército brasileño; cuento con vuestra disciplina y valor, contad con el desvelo y empeño de vuestro General y amigo!

¡Viva la nación brasileña! ¡Viva el emperador del Brasil! ¡Viva la nación oriental! ¡Vivan los ejércitos aliados!

Juan Propicio Mena Barreto."

CRONOLOGIA

1811

—Abril 13. Nace Leandro Gómez en Montevideo, hijo de Roque Gómez y María Rita Calvo.

1824

—Emigra a Buenos Aires en donde se emplea en un comercio.

1833

—Noviembre 21. Establece sociedad comercial con su hermano Francisco, encargándose de la sucursal en Buenos Aires.

1837

—Noviembre. Liquidación de la sociedad comercial. Se incorpora como Guardia Nacional en Montevideo.

1838

—Obtiene el grado de alférez en la Guardia Nacional.
—Octubre 23. Es ascendido a teniente primero.
—Octubre. Emigra a Buenos Aires acompañando a Oribe.

1839

—Milita en el ejército federal mandado por Oribe.

1840 y 1841

—Realiza gestiones en el Uruguay a favor de la política de Oribe.

1842

—Sienta plaza con grado de capitán en el ejército de Oribe que opera en Entre Ríos.
—Adquiere la espada que obsequiara a Artigas la provincia de Córdoba.
—Diciembre 6. Interviene en la batalla de Arroyo Grande.

1843

—Febrero 19. Se incorpora al sitio de Montevideo.

1845

—Es designado capitán del puerto del Buceo.

1848

—Contrae enlace con Faustina Lenguas en la Unión.

1852

—Actúa como agregado al Estado Mayor General.
—Desarrolla actividades como representante del Proveedor del Ejército Avelino Lerena.

1853

—Junio. Envía nota al Gobierno ofreciendo la espada de Artigas.
—Setiembre. Es dado de baja a raíz de la caída de Giró.

1854

—Desbaratado el movimiento revolucionario de los blancos, establece sociedad con Avelino Lerena en negocios rurales, radicándose en Salto. Integra el grupo de fundadores del Partido Nacional.

1855

—Marzo 19. Contrae enlace en segundas nupcias con Carmen Lenguas.

1856

—Febrero 29. Obtiene bajo el gobierno de Pereira el grado de sargento mayor graduado de caballería con destino en el Estado Mayor.
—Noviembre 8. Reitera su ofrecimiento de la espada de Artigas, el que es aceptado por el Gobierno.
—Octubre y noviembre. Colabora con el presidente Pereira en sus trabajos preelectorales.

1857

—Reanuda sus actividades comerciales en el litoral.
—Recibe distinciones del gobierno francés por su actuación descolante durante la epidemia de fiebre amarilla en Montevideo.

1858

—Marzo 1º. Es promovido a teniente coronel.
—Participa de diversas iniciativas: balizamiento del Río Uruguay, ferrocarriles, etc.

1860

—Febrero 29. Es ascendido a coronel graduado de caballería.
—Julio. Es designado adjunto al Estado Mayor General.

1861

- Enero 12. Es designado Oficial Mayor de la secretaría de Guerra y Marina.
- Junio 3. Es declarado cesante en dicho cargo.

1863

- Junio 25. Es mencionada con elogios su actuación en la batalla de Paso de Vera, arroyo Las Cañas, perdida por Diego Lamas ante Flores.
- Julio. Es puesto al frente de la División de Salto.
- Octubre 23. Persecución del ejército revolucionario que sitiaba Salto.
- Noviembre 3. Desbarata una ofensiva revolucionaria contra Paysandú.
- Diciembre. Es designado Comandante Militar de Paysandú.

1864

- Enero 1º al 18. Primer sitio de Paysandú.
- Enero 23. El gobierno premia a los defensores de Paysandú con una medalla que tiene la inscripción "Defensa de Paysandú".
- Mayo. Se formaliza la alianza argentino-brasileña en ayuda de Flores.
- Agosto. El cónsul brasileño Saraiva presenta un ultimátum al gobierno oriental.
- Setiembre 6 al 21. Segundo Sitio de Paysandú.
- Setiembre 7. Heroica acción en el puerto de Paysandú.
- Octubre 12. Invade la república el ejército de Mena Barreto.
- Noviembre 1º. Es designado Comandante Militar al norte del Río Negro.
- Octubre 20. Flores y el Barón de Tamandaré firman un tratado de alianza.
- Noviembre 11 al 16. Organiza la defensa en Salto.
- Noviembre 28. Flores se apodera de Salto, defendido por su jefe político Palomeque.
- Diciembre 1º. Empieza el tercer sitio de Paysandú.
- Diciembre 6 al 10. Ofensiva y bombardeo de Paysandú.
- Diciembre 11 al 19. Calma relativa en Paysandú.
- Diciembre 20 al 24. Flores abandona el sitio para enfrentar a Saa; quedan fuerzas continuando el asedio.
- Diciembre 25. Reaparece Flores ante Paysandú.
- Diciembre 26. Llega frente a Paysandú el ejército de Mena Barreto.
- Diciembre 27 al 30. Calma relativa en el frente.
- Diciembre 31. Se reinicia la ofensiva contra Paysandú con gran intensidad.

1865

- Enero 1º. Continúa la intensa ofensiva contra Paysandú.
- Enero 2. Ultimátum de Flores. Entran fuerzas brasileñas. Apresamiento y fusilamiento de Leandro Gómez y otros jefes.

BIBLIOGRAFIA

- RAFAEL PONS y DEMETRIO ERAUSQUIN: "La Defensa de Paysandú", Montevideo, 1887.
- EDUARDO ACEVEDO: "Anales Históricos del Uruguay", t. 2, Montevideo, 1933.
- JUAN E. PIVEL DEVOTO y ALCIRA RANIERI DE PIVEL DEVOTO: "Historia de los Partidos Políticos en el Uruguay", t. 1, Montevideo, 1942.
- LUIS ALBERTO DE HERRERA: "El drama del 65", Montevideo, 1927.
- ORLANDO RIBERO: "Recuerdos de Paysandú", Montevideo, 1901.
- ALFREDO R. CASTELLANOS: "Leandro Gómez", Montevideo, 1972.
- PABLO MONTERO ZORRILLA: "El sitio y la defensa de Paysandú", en "Guerra y Revolución en la cuenca del Plata", Montevideo, 1967.
- "UN REPUBLICANO": "Nueva Numancia" (Defensa y Toma de Paysandú), Concordia, 1865.
- FRANCISCO DE OLARTE: "El general Leandro Gómez y el sitio de Paysandú", Montevideo, 1964.
- JOSE PEDRO BARRAN: "Apogeo y crisis del Uruguay pastoril y caudillesco, 1839-1875", Montevideo, 1975.
- ALFREDO LEPRO: "Años de Forja. Venancio Flores", Montevideo, 1962.
- AUGUSTO I. SCHULKING: "Historia de Paysandú, Diccionario Biográfico", Buenos Aires, 1958.
- FRANCISCO R. PINTOS: "La Defensa de Paysandú", Montevideo, 1964.
- BELISARIO GARCIA VILLAR: "Los 33 días", Montevideo, 1963.
- ANTONIO H. CONTE: "La Cruzada Libertadora", Montevideo, 1891.
- ROMULO F. ROSSI: "Episodios Históricos. Bombardeo y Toma de Paysandú", Montevideo, 1963.
- HERMOGENES DE MASANTE: "Diario del Sitio y Defensa del capitán H. de Masante, Jefe de Escolta del general don Leandro Gómez", incluido en Pons y Erausquin, op. cit., pp. 340-371.
- JOSE MARIA FERNANDEZ SALDAÑA: "Diccionario Uruguayo de Biografías", 1810-1840, Montevideo, 1943.
- JUAN ALEJANDRO APOLANT: "Génesis de la familia uruguaya", Montevideo, 1966.

JACINTO R. YABEN: "Biografías argentinas y sudamericanas", Buenos Aires, 1938-1940.

Se utilizaron documentos proporcionados por D. Joaquín Secco, bisnieto de Leandro Gómez residente en Montevideo, y una carta a Urquiza transcripta por Aníbal Barrios Pintos en el suplemento de "El Día" del 28/XI/1976, cuyo original está en el Palacio San José de Concepción (Repca. Argentina).

Leandro Gómez Jurado conserva en La Plata documentos y objetos de Leandro Gómez de interés particular, habiendo donado los de interés general al Museo Histórico Nacional. Existe otra importante donación del Dr. Alberto Gómez Ruano.

INDICE

Capítulo I. Su niñez en la Montevideo sitiada	5
Capítulo II. Años de lucha bajo la égida de Oribe	10
Capítulo III. La presidencia de Pereira	18
Capítulo IV. La revolución de Venancio Flores	26
Capítulo V. Las primeras intervenciones de Leandro Gómez	32
Capítulo VI. El primer sitio de Paysandú	38
Capítulo VII. El segundo sitio	48
Capítulo VIII. Paysandú bloqueada por la escuadra brasileña	55
Capítulo IX. La preparación del asalto definitivo	61
Capítulo X. El tercer sitio de Paysandú	65
Capítulo XI. Una pausa en la lucha	75
Capítulo XII. Se reanuda el asedio. Leandro Gómez aislado	80
Capítulo XIII. El último día de la defensa	89
Capítulo XIV. El fusilamiento	92
Capítulo XV. Los responsables	96
Capítulo XVI. El homenaje al héroe	101
Selección documental	107
Cronología	112
Bibliografía	115

HISTORIA URUGUAYA

SEGUNDA SERIE - LOS HOMBRES

Volúmenes de 128 a 144 pp. ilustrados con pliegos en color y láminas en offset.

Primeros títulos:

1. "ARTIGAS. La causa de los pueblos", por Tabaré Melogno.
2. "LAVALLEJA. La patria independiente", por Aníbal Barrios Pintos.
3. "RIVERA. Un oriental liso y llano", por Marta Canessa de Sanguinetti.
4. "ORIBE. El Drama del Estado Oriental", por José de Torres Wilson.
5. "FLORES. Un caudillo trágico", por Washington Lockhart.
6. "LEANDRO GOMEZ. La defensa de la soberanía", por W. Lockhart.

De próxima aparición:

- BERNARDO BERRO, por Ernesto Berro.
- BATLLE, por Luis Hierro López.
- SARA VIA, por Enrique Mena Segarra.
- HERRERA, por Alberto Lacalle.
- LATORRE, por Washington Reyes Abadie.
- JULIO HERRERA Y OBES, por Washington Reyes Abadie.

En preparación trabajos sobre:

- Timoteo Aparicio.
- Luis Batlle.
- Máximo Santos.

Se terminó de imprimir el
día 28 de enero de 1977
en la Imprenta Rosgal S.A.
Ejido 1622, teléfono 8 54 36
Montevideo — Uruguay.

Comisión del Papel. Edición
impresa al amparo del
Art. 79 de la Ley Nº 13.346

Depósito Legal 113.772/77

El profesor Washington Lockhart, autor del estudio sobre Venancio Flores publicado en esta misma colección, es un conocido ensayista e historiador. En ensayos heredado entre otros: "El mundo no es absurdo", "Bases filosóficas de C. Vaz Ferreira", "Rodó" (Premio Nacional de la Unesco) etc. En historia: "Máximo Pérez, caudillo de Soriano", "Vida de dos caudillos: los Galarza", etc. Fue fundador de las revistas "Asir", "Cuadernos de Mercedes" y "Revista histórica de Soriano". / La figura de Leandro Gómez, indisolublemente unida a la defensa de Paysandú, ilustra un momento decisivo de nuestra historia: la lucha de los orientales frente a las fuerzas de un país extranjero. Pero más allá de toda circunstancia, su vida -su muerte- encarna la total entrega a un valor fundamental del ser nacional: Independencia o muerte.



Carátula : VILLA
Dibujo: CHANQUET